Luciana Sousa

CUANDO NADIE NOS NOMBRE

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Cuando nadie nos nombre

Cuando nadie nos nombre

Luciana Sousa

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Cuando nadie nos nombre

Sousa, Luciana
Cuando nadie nos nombre / Luciana Sousa. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-739-8
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2022, Luciana Sousa C/O Agencia Literaria CBQ SL
Ilustración de cubierta: Ángela Corti

© 2022, Tusquets Editores S.A.
Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-739-8

Para Alicia

no es para quedarnos en casa que hacemos una casa
no es para quedarnos en el amor que amamos
y no morimos para morir
tenemos sed y
paciencias de animal.
JUAN GELMAN

siempre moriremos lejos
de una persona de una ciudad
los regresos son ilusiones que engañan

siempre moriremos lejos.
JUANA BIGNOZZI

El ventarrón golpea con violencia la reja del frente y espanta a los aguiluchos. Una ráfaga solitaria. Asomo la nariz a la puerta e inspiro ese aire nuevo. Después inclino la cabeza, pongo el cigarrillo entre los labios y hago un hueco con las manos protegiendo la llama débil y azulada que baila sobre el encendedor. Calo profundo, como no lo hacía en mucho tiempo, y exhalo el aliento venenoso hacia afuera, al mundo abierto tras esa puerta y, más adelante, la reja, el camino de tierra y el campo baldío, enfrente.

—Ya se durmió.

Mamá pasa a mi lado y se sienta en uno de los sillones de mimbre de la galería, el único que todavía conserva un almohadón. Las dos, en silencio, miramos el camino desierto.

De reojo, veo que cruza una pierna sobre la otra y enciende su cigarrillo, tal como lo hice yo un minuto antes. Después se echa hacia atrás, hasta descansar el cuello sobre el respaldo. Se toma la frente y cierra los ojos. Fuma con los dedos estirados, rígidos, sin alejar la mano de la boca fruncida en lo alto del mentón.

Apoyada sobre el marco de la puerta, miro el cuerpo encogido, arrugado y marrón de mi madre.

Un cuero animal.

Las raíces oscuras le crecen entre el pelo reseco y descolorido, como la maleza de las tierras baldías. Estoy tentada de extender mi mano y tocarlo. Ver cómo lo han endurecido los años y sentir en ella el paso del tiempo, la aspereza de ese pelo viejo, que imagino como la viruta de ciertas esponjas.

Pero no lo hago.

En cambio, descanso la vista sobre la cerca. El sol, oculto tras las nubes bajas, se siente en esa luz blanca y porosa que calienta el camino hasta dilatar los contornos del paisaje. Y del tiempo, elástico y absorbente, que pasa en este lugar como el eco tardío de algo que sucede lejos.

Un minuto después, el viento ya no corre. Ni siquiera una brisa. El sol apenas inclinado fija sobre el horizonte la quietud de todas las cosas. El temple oscuro del cielo, como una manta, va cubriendo

los campos por el oeste. De nuevo es como si un bloque de aire vaporoso y espeso se hubiera instalado a la altura del pecho, sofocando el poco oxígeno.

—¿Qué te dijo el médico? —le pregunto al fin, evitando mirarla.

—En los estudios no sale nada.

—Pero un neurólogo, ¿la vio?

—No ve nada raro.

La voz se le vuelve un vidrio astillado.

Me rasco la nuca y le digo que voy a preparar unos mates. Apenas cruzo la puerta, me traga la espesa oscuridad de la casa. A tientas, los ojos todavía buscando la claridad, reconozco ese aroma íntimo y agrio, y el fresco de la baldosa bajo las alpargatas.

Cierro los ojos: camino a ciegas. Adivino el mapa de muebles, puertas y pasillos que se abren en la arquitectura de la casa, y hasta el dominó de portarretratos familiares, juntando tierra sobre las repisas, entre suvenires descoloridos y figuras llenas de polvo.

Tropiezo en el camino con un montón de cajas, bolsas de consorcio mal cerradas y otros bultos de formas irregulares, como lámparas, almohadones y zapatos, que entorpecen el paso. Están desparramados en la sala desde hace días. Mamá también tropieza de tanto en tanto con ellos, pero igual los deja ahí: dice que son cosas que hay que tirar, aunque no las tire todavía. Mientras tanto, quedan en el limbo que es el pasillo angosto que organiza la casa, como una especie de signo del desacomodo de estos días.

En la cocina, el ventanal de vidrio esmerilado filtra la luz grisácea de la tarde. Hay un silencio frágil, como de cáscara de huevo.

Sobre el postigo se seca la piel de una naranja, junto a una rama mustia de cedrón. Los olores se mezclan en ese espacio que de chica recuerdo enorme, y ahora me parece diminuto: el hedor de un queso que se macera sobre la heladera, el durazno hervido dentro de la olla, listo para hacer dulce, y el agua con jabón, empozada y podrida, en el hueco que se forma detrás de la canilla.

Sobre el primer estante, a la altura de mis costillas, veo la hilera de frascos de vidrio. Están rotulados, con cinta. La letra es de

mamá.

No hay café y la avena se llenó de gorgojos.

Más arriba, entre las alacenas, se levanta el enchapado sepia de la melamina y deja ver hilos de pegamento amarillo que ya se han secado.

Pienso que tendría que limpiar un poco este desorden; volver a buscar el brillo de las superficies, tirar la basura, airear el espacio. En cambio, prendo la hornalla, lleno de agua la pava y descargo el peso de las caderas en la mesada de granito. Tengo la mente en blanco: como una mancha, el mismo sentimiento recorre el cuerpo hasta desprenderse por la punta de los dedos, por goteo. Me descalzo y apoyo la planta entera del pie sobre el piso, dejando que el frío trepe por las piernas, como una descarga eléctrica.

Por un momento lo logro: no pienso en nada.

Antes de que silbe el hervor, saco el agua del fuego. El primer sorbo, amargo, lo escupo en la pileta. El segundo lo mantengo en la boca: un buche quieto, antes de tragarlo. Todavía estoy apoyada sobre la mesada cuando aparece la abuela. Lleva el camisón blanco, acampanado y traslúcido, cubriendo su cuerpo pálido y venoso.

—Tengo que hablar con vos. Tengo que pedirte un favor —me dice, apretando mi mano entre las suyas, heladas.

La invito a sentarse y le acomodo el pelo blanco revuelto detrás de las orejas. Tiene la cara filosa y diminuta de un pajarito. Los pómulos se levantan acentuando el hueco en sus mejillas. Atrás, como alfileres, se hunden un par de ojos vidriosos.

Le sirvo el agua para el té en una taza descascarada que saco de la pileta.

—Quiero que me ayudes —dice susurrando—, y que esto quede entre vos y yo.

Asiento con la cabeza, aunque no tengo en claro de qué me está hablando. El día que llegué me confundió con mamá toda la tarde.

A partir de entonces, nada más, dejó de nombrarnos.

Su cabeza se volvió un pararrayos. Por momentos entran dos o tres ideas con una fuerza capaz de sacudir todo su entendimiento. A veces olvida, a veces recuerda demasiado. La mayoría de las veces

termina turbada. Perdida.

El episodio puede durar lo que un parpadeo. O llevarle toda la tarde. Pero acaba, en algún momento. Después no pasa más nada, no queda ni siquiera el rastro.

Comenzó poco antes de la muerte del abuelo, cree mamá. Hasta entonces había estado lúcida. Después empezó a tener problemas de sueño, a dormir a deshoras y a despertar desorientada. A confundir sueño y vigilia. A olvidar el fuego prendido y el agua corriendo, la puerta abierta y la ropa, sobre la cama, aquella noche de calor infernal en que murió el abuelo, cuando decidió salir de la casa, alejarse de ese cadáver y esconderse, hasta entrada la madrugada, entre las plantas del vivero.

Su comportamiento errático me tiene obsesionada. Desde que llegué, la persigo por la casa. La miro cocinar, voy tras ella por las habitaciones, la oigo hablar entre los arbustos. La espío mientras duerme, siempre de a intervalos, y casi nunca de noche. Indago en su desmemoria: los blancos, los grises, las zonas a oscuras. Por momentos su cabeza es un avispero, el mundo extraño y arenoso de otra anciana. De a ratos, no. De a ratos, es la de siempre.

Conocerlas, entender cada versión de ella, me ha llevado su tiempo. Todavía, a veces, me confunde y hablo con esa mujer nueva, recién venida; su otra mitad. Incluso, por momentos, ocurre que cuando hablo con mi abuela siento que nos referimos a otra gente, otro pasado que no compartimos.

Y me hace dudar.

Por eso también, a veces, aun estando con ella, la extraño.

Al principio buscaba pistas, señales de ese tránsito entre una y otra. Una suerte de frontera. O una revelación. Pero no existe un día igual a otro, ni gestos propios de una que de pronto no haga la otra, y a veces las dos mujeres se asimilan, se ensamblan, como si hablaran entre ellas.

Mi abuela y su doble.

Mamá, en cambio, no se confunde. Dice que alcanza con mirarle los ojos; ver cómo ese verde, del color de ciertas piedras preciosas, se vuelve de repente gris y acuoso.

Yo la miro y la miro, y no lo veo. La desmemoria transforma hasta la propia mirada. Todo cambia, de todo se duda. Por eso, cuando las pruebas fallan, cuando no sé con cuál de ellas estoy hablando, hago silencio: trato, como si fuera posible, de oír sus pensamientos.

Sobre la mesa de luz, junto a la caramelera, la abuela lleva en una libreta muy vieja, de tapa azul, algunas notas en una letra quebradiza, escolar. Fue la primera recomendación del médico: que anotara sus rutinas en un diario. En cambio, la abuela, entre recetas, listas de compras y números sueltos, sin ninguna referencia, escribe las cosas que no debe olvidar.

Yo reviso la libreta mientras se baña o anda por el frente. En la primera página, sobre otro montón de anotaciones viejas, el trazo grueso del lápiz registra: «Mi marido murió hoy. Su nombre era Jacinto. Lo quise (casi todo el tiempo)».

Sobre esta nota no hay fecha.

A algunas hojas les arrancó las puntas. Otras tantas forman con su pliegue ciertas flechas que señalan datos arbitrarios, viejos, como el antiguo número de línea.

En ocasiones, cuando nos quedamos a solas, le pregunto cosas poco importantes, cosas como la hora a la que se levantó, el cruce de dos calles o el nombre de algún familiar lejano. La pongo a prueba. Cuando no sabe o no puede, hace ese gesto tan suyo de morderse el labio inferior. La boca entera le late. Y me dice, mirando hacia algún otro lado: Anita, a quién le importa, o qué cambia.

Pero por momentos acierta. Adivina la hora, el día de la semana o el año. Algunas pocas veces también es capaz de recordar detalles sobre un hecho cualquiera.

Entonces me embronco, y busco confundirla. Mezclo de nuevo caras e historias, niego episodios muy vívidos e invento cosas que nunca pasaron.

Yo también, a veces, me porto como alguien más: le hablo como una desconocida. Es que su desvarío me llena de rabia. Porque no conozco mujer más sabia que mi abuela. Alguien capaz de señalar

un punto en el espacio y decir norte, u oeste, como quien, al mirar el cielo oscuro, dice la noche. Alguien que olfatea la lluvia llegando, la inminencia de una peste o la madurez de ciertos frutos extraños.

Y porque al verla, cada vez, no puedo evitar preguntarme: ¿qué o quién nos eslabona al pasado? ¿Quiénes somos sin él?

A veces, su cuerpo recuerda lo que su mente confunde, y parece tener un tipo de memoria que perdura, dormida, entre músculos y tendones. Bajo las uñas, entre los pliegues rugosos de sus rodillas, como si aceitara sus articulaciones.

Un cuerpo que no reconoce pasado, puro presente, que sin embargo se mueve como un viejo sabio, lleno de certezas.

Un cuerpo que habla.

Un tipo de recuerdo de lo sensible que habita en sus manos llevando el pelo a la nuca, en el gesto de disgusto que hace con su boca, y en cada pequeña rutina, cada detalle que repite a diario. Algo que tampoco domina. Una fuerza instintiva y salvaje, como un rayo, que blanquea y ordena todo lo demás; un idioma que habla por ella cuando balbucea, cuando le faltan palabras, y ni ella misma se reconoce.

Eso es lo que siento en la cocina, cuando la escucho respirar como un bicho acorralado. El músculo de la memoria.

—No quiero seguir viviendo —me parece escuchar.

La voz se quiebra y me aproximo un poco más.

—Ayudame.

El cuerpo se me encoge, le aprieto las manos.

—¿Qué dice, abuela? Está cansada. ¿Por qué no se acuesta?

Me incorporo y la tomo por los hombros, esperando que ella también se pare. Pero, en cambio, con la fortaleza de una enredadera, se aferra aún más a la silla. Mira hacia adelante. Suspira. Me dedica una expresión grave.

—Te estoy hablando en serio, Ana.

Del lugar del que me fui ya no queda nada. O casi nada. Solo mi casa, aislada y sola, en el corazón del medanal, como el único rastro de un mapa imaginario. Las chacras y quintas fueron desapareciendo entre los campos enormes que se administran a distancia, como esos autos para chicos que se manejan a control remoto.

Las demás casas, ya vacías, se vendieron poco después de la inundación. Casi ninguna quedó en pie.

También los animales faltan: los criaderos y tambos se transformaron en galpones para guardar tractores y semillas. Alrededor de ellos, dos o tres lotes hacia cada lado, se extienden las casillas de la empresa. Más allá, como esquirlas, hay unos cuantos ranchos vacíos.

Las vías del tren, que llevan la cosecha con el paso cansado de los elefantes, están semienterradas entre el yuyerío. Todavía la locomotora, con su andar arremansado, se abre paso entre la enramada, dibujando un túnel verde entre la arboleda. El pueblo sigue a un costado, varios kilómetros después.

Buena parte de los conocidos, como yo, ya se han ido. La única escuela cerró por falta de alumnos, y con las máquinas nuevas que fueron llegando a los campos no hay tanto trabajo.

Con los que quedaron, los menos, tuve encuentros erráticos. Un compañero del colegio, la hija del dueño del almacén, el casero del campo lindante. La gente me parece muy vieja, o demasiado joven, como si la tierra se hubiera tragado a toda una generación. Las mujeres, en su mayoría, cargan con críos. Los hombres todavía pasan largo rato en el bar.

También hay quienes me ven y no me reconocen. Y otros tantos, estoy casi segura, me charlan aun sin saber bien quién soy.

Las conversaciones son más bien incómodas. Las frases se espacian y se superponen, como malos pasos de baile. Las personas me miran con cierto detalle, aunque sin ninguna empatía, y luego de marcarme lo cambiada que estoy con el pelo corto, me dan el pésame por la muerte del abuelo. Como si nos hubiéramos

encontrado apenas después de un par de días. Señalan algo minúsculo y trivial, en donde el tiempo sí pasa, como la cerca ya crecida de una casa o la peste que avanza sobre el abdomen de un árbol. Comentan la suerte de algún vecino, o comparten su opinión del clima, la cosecha o la gestión municipal. Después se disculpan, sugieren visitarme o volver a cruzarnos, y piden permiso para ir: tienen mucho que hacer.

La zona, nuestra zona, ya no es igual, y desde hace unos años, además, cambió de nombre. Poco después de irme, un grupo de chicos de la escuela encontró cerca de nuestros terrenos restos muy viejos de lo que parecía una casa. Partes de botellas rotas, botones, candados. Monedas. Buscaban por la tarde, entre el pastizal, cuando los peludos revolvían la tierra y las piezas brillaban bajo la luz oblicua del sol.

Me contó mamá que al tiempo llegó más gente. Gente de la universidad. Pidieron permiso para buscar en los campos una vez que acabara la cosecha. Los serenos los dejaban pasar.

Se movían bien tarde, un rato antes de que se acabe la luz. Marcaban un lote, rastrillaban la tierra. La agrupaban según el color y la espesura y, después de hacerla añicos entre los dedos, la tamizaban, como si fuera harina de cocina. Así aparecieron otras tantas piezas chiquitas, escondidas en la tierra revuelta: un postigo roto, una llave, el mango de una pala.

Más tarde, entre la siembra, frente a la estación, distinguieron cimientos muy antiguos y dos pozos profundos de agua, que nacían como gargantas en el centro del terreno.

Muchos otros campos, en los alrededores, fueron rastrillados.

Así supieron que casi un siglo atrás, en estas mismas tierras, existió un pueblo. Otro. Una estación de tren, varios terrenos loteados y una hacienda central, alrededor de la cual se instaló una comunidad de inmigrantes, que llevó, como era costumbre entonces, el nombre del patrón: Mariano Miró.

Recuerdo que, apenas empezó el revuelo, mamá me mandó unos recortes de los diarios locales en los que se veía nuestra casa bien

atrás, en medio del arenal. Así parecía mucho más chica de lo que en verdad era. Una casa cualquiera. También publicaban fotos del campo sembrado, la alameda que acompaña el camino hacia la ruta y los corrales. Fotos que no decían nada de ese pueblo, o de nosotros.

A veces incluían también imágenes de las piezas que iban apareciendo en los campos. Pero los contornos se empastaban en el grano negro de la tinta y no era posible distinguir el vidrio de la hojalata o el acero.

Cada día, en la radio provincial, entrevistaban a personas que apenas conocíamos. Contaban la historia según lo que habían oído, o lo que imaginaban. Yo llegué a escuchar muy pocas de esas grabaciones. A veces me parecía que hablaban de una antigua tribu. Los últimos habitantes de ese pueblo.

Otros decían que lo había desaparecido un malón.

Porque antes, no tanto antes, también hubo indios.

Al principio, con lo de Miró, todos andaban entusiasmados. Las noticias llevaron gente nueva al pueblo. Curiosos y algunos turistas. En los bares, los hombres se demoraban en ese asunto: los negocios aumentaron sus ventas y hasta hubo quien —dicen— pudo levantar aun varias piezas valiosas del terreno.

Miró había sido uno de los tantos parajes que se formaron con el siglo a la vera del tren: terrenos que se poblaban rápido y que, con la misma premura, desaparecían, dibujando y borrando nuevas fronteras.

Eso es lo que pasó con Miró. Murió apenas diez años después de nacer. Hay quien dice que fue cuando el dueño de la estancia vendió las tierras que comenzó la despoblación. Otros piensan que pudo haber sido el agua, como pasó con otros pueblos, como Ojeda. El agua mala.

Lo cierto es que primero se fueron las familias y los hombres de oficios. Dicen que los últimos, los que salieron por la fuerza, tiraron abajo lo poco que quedaba antes de irse. Los dueños del almacén se instalaron al sur, en lo que hoy es Alta Italia. Otras tantas familias partieron en carretas hacia el oeste y fundaron otro pueblo, el

nuestro, también sobre las vías.

Como fuera, lo singular, para mí, no era tanto la posibilidad de fundar un pueblo como la voluntad de demolerlo. Desaparecerlo, como pasó con Miró.

Me conmovía esa vocación destructora: me inspiraba belleza.

Cuando aparecieron las cámaras y empezaron a hacer preguntas sobre la tierra, el abuelo mandó a cercar los campos.

Pasaron otras cosas. Siempre pasan.

Por un tiempo, al menos, dejó de hablarse del tema.

¿Cómo se esconde la historia de un pueblo durante tanto tiempo? ¿Es posible olvidar con tanta fuerza?

Mamá no se hacía esas preguntas, ni le importaban las respuestas. Los años fueron ordenando las cosas, me dijo entonces. Y la necesidad. Hay mucha gente que necesita olvidar. Empezar de cero.

Luego hizo una pausa. Quizás también ella pensara en las cosas que habría de dejar atrás. En el silencio de los últimos años.

Se ató el pelo en un rodete y dijo: Ana, la historia se hace de olvidos.

Así nace y muere un pueblo en la pampa.

Cuando vivíamos acá, todos juntos, decíamos en el pueblo que éramos de las afueras. Que la casa estaba unos kilómetros al este, junto a las vías. Si, en cambio, el que preguntaba no conocía el lugar, decíamos, sin más detalles, que vivíamos en el campo.

Ahora, aunque nadie hable más de eso, la zona pasó a llamarse, de nuevo, Miró.

El municipio mantuvo el viejo cartel sobre las vías e hicieron una parada del interurbano en la ruta.

Busco el camino al pueblo en el localizador del teléfono. Es una línea finísima y breve que parece nacer justo debajo del espacio en el que se lee «Mariano Miró». Pero cuando me acerco y quiero ver el paisaje, la ruta desaparece.

Si, en cambio, toco el señalador rojo del mapa, se abre una ventana con el cartel en el yuyal. El artículo se refiere al pueblo en

pasado.

A mí todavía no se me hace costumbre hablar de Miró. Por eso a veces se me escapa y, en vez de decir que soy de Miró, repito su ubicación en relación con otras ciudades o el kilometraje de ruta, recurro a la leyenda del pueblo arrasado, o vuelvo a decir así, sin más, que soy del campo.

La misma tarde que llegué, después de almorzar, me alejé de la casa buscando señal para llamar a Mara. Tenía cierto apuro: había dos mensajes de voz que no podía escuchar.

Anduve deambulando por caminos nuevos, llenos de recodos y desvíos que se abrían entre las chacras, como un laberinto. No había nadie y, aun así, en ese campo desierto, sentía que me faltaba espacio.

Cuando llegué a la vera de la ruta vi, a lo lejos, un bulto oscuro. Era una mujer: vestía de negro. Acababa de bajar del colectivo que se alejaba hacia el este sobre el asfalto. La figura rengueaba y hacía bailar a su sombra. Cuando se acercó un poco más, reconocí a mi primera maestra. No recordaba su nombre. Caminaba por el medio del camino, encorvada, formando un ángulo recto sobre un bastón de tres patas. Levantaba tierra seca a su paso: andaba como envuelta en una nube de polvo. Me acerqué despacio, para no asustarla, y me incliné un poco. Las líneas angulosas de su cara parecían dibujadas con carbonilla. Al reconocerme, tres surcos profundos sobre la frente se fruncieron en una sola línea. Querida, tanto tiempo. Me agarró la mano con fiereza. Sus labios se estiraron en una sonrisa. Dijo que sabía que me había ido, y que había hecho bien. Después, con la misma frialdad, me preguntó si ya había sido madre.

—Tendrías que apurarte.

Iba camino a la escuela. Noches atrás, el sereno de la estación había escuchado tiros. Por la mañana, encontró unas cuantas nutrias muertas. Y faltaba el tanque de agua.

Me disculpé y la despedí. El teléfono enganchó señal y los mensajes cayeron uno tras otro, haciendo vibrar el aparato.

Recordé su nombre.

Una vez que se alejó unos metros, me di vuelta para mirarla. Se había parado en medio del barrial a recuperar el aire.

Después, retomó el paso.

Una aguja de luz perforó el vientre de la tarde anubarrada. Parecía obra de gracia: cruzaba el cielo hacia el norte. No creo que ella llegara a verla: no inclinada como estaba sobre la tierra. Se alejó todavía más y empezó a borronearse, como esas cosas que caen al fondo arenoso del río y se mezclan en el agua tinta hasta que dejan de verse.

Con la abuela aún en la cocina, las dos paradas, sostenidas una con la otra, pienso en irme. En desaparecer. O en pedir ayuda. Pienso todo eso a la vez: pienso como si gritara. Pero no hago nada. Me quedo ahí, con mis dos brazos conteniendo los suyos, como si al soltarla fuera a desmoronarse.

La tarde, afuera, destiñe el paisaje.

Mamá entra, deja unos paquetes sobre la mesa y me pregunta qué pasa.

—¿Qué? —le digo.

—Que qué pasa, qué están haciendo.

Recién entonces me alejo de la abuela y lo veo: tiene los ojos líquidos, perdidos y grises.

La tomo por la cintura, acompañando su cuerpo con el mío. Dice que está cansada, que si se puede sentar. Mamá sigue parada junto a la puerta. Pregunta otra vez: qué pasa. Yo entonces insisto en que es mejor que la abuela vaya un rato a acostarse.

Ya en su pieza, la ayudo a apoyarse en el borde de la cama, frente al espejo con marco de hierro que tiene desde que recuerdo. Ella se descalza y ahí se queda, mirando la punta de sus pies hinchados, que encoge y estira en un vaivén. Como si jugara. Después, inclina un poco la cabeza y le saca la lengua a su reflejo. Se ríe y se tapa la cara.

En su libreta, escrito a grandes trazos, leo: «Hablar con Ana».

La letra se va haciendo cada vez más grande. La A del final se estira hacia arriba. Hacia abajo, un espacio en blanco y dos líneas gruesas.

La miro. Todavía sentada, se le cierran los ojos. Las manos, apoyadas a ambos lados de sus caderas, sostienen el movimiento pendular del cuerpo.

Los labios tiemblan. Pareciera que está a punto de decir algo, pero calla.

Aunque distinto, en igual silencio, ella también piensa a los gritos: la lengua confusa de sus ideas.

Le acaricio el pelo sedoso y blanco hacia atrás. Pienso que podría recortarle las puntas, pero ella prefiere tenerlo así. Ya me lo dijo y no quiero insistir.

La abuela entrecierra los ojos. Se afloja la mandíbula y empieza a caer. La boca se abre y la cabeza se estira hacia atrás. La piel apergaminada del cuello se tensa.

No la toco: creo que duerme.

La luz de la tarde forma un prisma brillante sobre la cama: refleja en el pelo de la abuela todos los colores.

En la cocina, mientras tanto, truenan en un arranque de tos los pulmones de mamá.

Muy despacio, la siento entre las almohadas sobre la cabecera de la cama y tapo sus piernas con un cobertor de lanilla. En una bandeja que apoyo sobre sus muslos, le sirvo el té con unas galletitas de agua rotas que ella hunde en la taza, todo mezclado con leche y miel. Es un engrudo marrón que, apenas se enfría, se cristaliza y brilla, como el caramelo. La abuela lo come de a cucharones, hasta que ya no queda nada. Después le doy la medicación.

En el cajón de la mesa de luz hay pastillas para la artrosis, la presión y el corazón. También hay calmantes y unas cuantas radiografías. Los estudios son del abuelo. Retratan el torso afantasmado, perforado de haces de luz blanca en el centro del pecho.

Los dejo sobre la bandeja para tirarlos después, junto con el resto de los papeles que tiene mamá en la sala.

Corro la bandeja hacia el costado inmaculado de la cama, ese donde dormía el abuelo y en el que las sábanas quedan siempre intactas, siempre estiradas, como si la abuela no pensara entrar nunca más ahí. Me siento y lo aplasto con mi peso.

La abuela me cuenta entonces que desde hace un tiempo desaparecen los perros.

Que ya van cinco perros que desaparecen, aunque ella dice que vio a uno volver, muy mal herido.

El tema la preocupa.

Dejo que termine la merienda y la abrigo. Le prometo que voy a

averiguar más cuando vaya al pueblo. Es otra de esas promesas que olvido apenas termino de nombrar, porque espero que ella también la olvide.

La abuela parece conforme. Pide mate, pero le digo que no, que no puede, por lo de los dientes. Hace unos días se sacó la dentadura postiza y no recuerda dónde la dejó. Mamá la busca por toda la casa porque así, desdentada, se le hunden las mejillas, se le agrieta la piel y se le marcan aún más los pómulos altos. La cara se desfigura en una mueca. También le cuesta hablar. Y aunque no lo mencione, no se le ocurre mencionar esa palabra, mamá la busca, desesperada, porque así como está la abuela se parece un poco a un cadáver.

Es de noche. Afuera el cielo tiene el color del acero. Pese al calor, cenamos las tres en la cocina, apretadas. El salón principal hace tiempo que no se usa: la mesa central, como la casa, toda, se fue llenando de bolsas, cajas y libros. También de facturas impagas y anotadores, tornillos y botones, fracciones de otras tantas cosas que la abuela apoya al pasar, mientras busca algo, y no vuelve a levantar jamás.

Toda una vida revuelta.

Las cosas se pierden, a todo le falta una pieza, y es inútil intentar buscar algo en especial: los objetos aparecen de forma arbitraria, y de igual forma desaparecen.

Lo mismo pasa con su cabeza, la de mi abuela. Es como un volcán que se despierta después de cientos de años sin actividad, pero a cada rato. Y puede que todo le resulte nuevo e irreconocible, o que cada cosa arrastre un recuerdo, o varios, que van quedando también sobre la mesa, junto a otros, que olvida apenas se aleja de ahí. Las mismas cosas se mezclan bajo otro orden, amontonadas, superpuestas o encimadas, listas para ser descubiertas una y otra vez. En el medio de esta tristeza, me gusta pensar que la abuela, aun al final de su vida, puede mirar algunas cosas como si las viera por primera vez.

Mientras todo eso ocurre, sigue ocurriendo, cenamos en silencio en el rincón que forma la mesa extensible de plástico junto a la mesada. Una de las bombillas de luz se quemó, así que nos alumbra

el resplandor gélido de una luz blanca de tubo que cuelga en lo alto del techo. Una luz como de hospital u oficina pública.

—No comas eso —me dice, señalando el budín de verdura.

Miro el tenedor, sosteniendo en el aire el bollo verde. Uno como el que mamá ya tiene en la boca.

—¿Qué tiene el budín?

—Así se enfermó tu abuelo. Y se enferman todos. No lo comas.

La abuela fija la mirada en la pared de mosaicos blancos, mientras mordisquea un pedazo de pan. Tiene el plato intacto. Mamá deja los cubiertos en el plato y traga con dificultad.

—Se te va a enfriar la comida —le dice a la abuela.

—No la voy a comer.

—Mamá…

—Fijate cómo te puso a vos la piel en un par de días.

Mamá hace un gesto de hastío, pero igualmente se toca la erupción en los dedos y el cuello. Después cruza los brazos, escondiendo las manos entre las axilas.

Apoyo también los cubiertos sobre el mantel de hule y respiro profundo. Levanto los tres platos, llenos de comida. Abro el tacho y tiro todo a la basura. Mamá se acerca y me susurra:

—¿Qué hacés? ¿No te das cuenta que está diciendo cualquier cosa?

—Igual no estaba rico —contesto.

Prendo la radio, la voz del locutor va y viene. Amontono los platos junto a la pileta; los enjabono y enjuago. Después los seco con el repasador. Abro un paquete de galletas dulces y sirvo tres tazas de té. Me siento entre ambas y observo cómo cruzan los brazos sobre la mesa. Un gesto inequívoco. Las manos de la abuela, como dos peces descamados, siguen apenas apoyadas en el antebrazo. Mamá, inquieta, desarma la postura para mordisquearse las uñas cortas pintadas con esmalte anacarado. Después golpea la mesa con la punta de sus dedos.

Ninguna prueba el té.

El silencio se instala como un globo que se va hinchando a cada segundo entre las tres. Parece a punto de estallar, pero no estalla.

La radio se vuelve una interferencia ruidosa y lejana, un susurro que se apaga solo, rayando de vez en cuando la membrana acústica de la noche.

En medio del silencio, el nuestro, también escucho el roce insistente de una mosca sobre el filo de la ventana, el zumbido del motor de la heladera y hasta el parpadeo intermitente del tubo de luz.

El sonido de esta hora, pienso, tiene la textura de un enjambre.

Un imán se desprende de la puerta del freezer y cae cerca de mis pies. Es el de la remisería que usábamos hace tiempo, y que ahora no existe más. Al menos, no con ese nombre. Recuerdo de memoria el número de teléfono y el tono de espera de la llamada, pero intuyo que eso también habrá cambiado.

Me agacho para levantar el imán. Me incorporo todavía pensando en eso, en la remisería. Creo que era de una familia, o una pareja. Ella solía atender el teléfono y tomar el pedido; él, más parco, un hombre grande ya, hacía los viajes. Usaba guantes para manejar. Guantes negros. Solíamos viajar con ellos el último tiempo.

En algún momento mi propio recuerdo, como si fuera un hilo, se corta.

Ellas, las dos, seguro saben qué pasó con la remisería y quiénes la atendían. Pero así como están, enojadas, no me dicen nada. La abuela dobla varias veces sobre sí misma una servilleta de tela apenas manchada. Mamá no la mira, ni a ella ni a mí. Se sienta de costado y cruza las piernas fuera de la mesa. Es el paso previo a levantarse.

Enojada, algo cansada, resoplo y anuncio:

—Si siguen así, me voy.

Ninguna hace caso. La abuela guarda al fin la servilleta dentro de la panera y mamá, mirándose de nuevo las uñas, ya casi sin rastros de esmalte, me señala las manos y me dice que lo pegue de nuevo, que tape la mancha amarillenta que sobre la puerta del freezer, alrededor del imán, formó el paso del tiempo.

Primero es mamá la que sale de la casa. Fuma resguardada bajo el

alero de la galería, como si fuera a quemarla la luz incandescente del cielo.

Yo, en cambio, arrastro una reposera hasta el medio del jardín. La abro casi del todo, hasta dar la boca contra las estrellas, y recojo las piernas, cruzadas, sobre la lona a rayas verdes.

Recuerdo que entonces, de chica, evitaba venir al frente a estas horas. Apenas el sol aflojaba, aparecían primero unos mosquitos de patas larguísimas. Picaban como espinas, todos juntos, hasta hacernos levantar de las sillas.

Al rato, cuando oscurecía, se escuchaban los grillos y las chicharras en un canto monótono y ensordinado que se parecía mucho a una alarma. Las moscas y los mosquitos tintineaban sobre el farol de noche. Croaban los sapos, salidos de los pozos, en el útero de los arbustos bajos, y hacia el fondo, entre las ramas del cerco, se sentían los arañazos de las comadrejas.

Ese era el paisaje sonoro de mi infancia.

Ahora la noche acá se parece al interior silente y cavernoso de una ballena.

Una nube espesa, a lo lejos, de un blanco extraño, lleno de manchas, se extiende a pocos metros del suelo, como una manta que nos cubre solo los pies, humedeciendo los talones.

De vez en cuando la brisa trae, como un eco, una voz humana. Una especie de canto de sirena, que acecha por los cuatro puntos cardinales con palabras inentendibles. Tan rápido como llega, desaparece.

Unos focos anaranjados, a lo lejos, marcan el sentido de la ruta. Hacia el norte, veo la lumbre de la estación. El canto de los grillos es discontinuo y más bien tímido. La lámpara halógena atrae a unas moscas muy chiquitas que quedan pegadas como lunares al plafón biselado.

Las miro como hipnotizada.

Algún perro, cada tanto, aúlla a lo lejos. Pero ningún otro le responde.

La abuela viene detrás de mí y me alcanza un racimo de uvas negras. Está descalza.

—¿Oís? —me pregunta—. Ni los perros.

Afuera, no hay una nube. El cielo, compacto, parece un lienzo de terciopelo cubierto de estrellas. La noche huele a viento, a resina húmeda, a rocío. El campo abajo, de espaldas a todo lo demás, se vuelve verdinegro, como los ojos de un gato en celo.

La abuela mira el horizonte, envuelta en una bata de algodón que la brisa apenas mueve. Después, se acomoda con esfuerzo en otra reposera. Es como si su cuerpo no encajara en el hueco cóncavo de la lona.

Una vez que encuentra el lugar, el justo espacio de su ancho, cruza las manos sobre el vientre grueso. Muy lento, como si pesara, lleva la cabeza de lado a lado. Con los ojos abiertos cruza el cielo. Me dice, sin que le pregunte, que así llama a las estrellas. Las atrae, dice, con el pensamiento. Las acerca, hasta que parece que se le van a caer encima.

Yo sigo su mirada. Creo escuchar yo también esa voz, y hasta me da la impresión de que algo más se mueve. La miro, y miro las estrellas. Y la vuelvo a mirar.

Mientras tanto, ella extiende las piernas hinchadas hacia adelante. Se despereza. La bata cede y deja que el aire fresco llegue al centro del pecho y corra debajo de la tela, hasta la parte alta de sus piernas. La abuela, así, con los labios entreabiertos, servida al cielo, parece un animal submarino, muy quieto, que espera en el fondo del mar.

Me paro, sin distraerla, y acerco una palangana llena de agua tibia con sal. Arrodillada junto a ella, me esfuerzo por deshinchar un poco sus pies reumáticos: masajeo los empeines, tratando de aflojar los calambres que endurecen las pantorrillas. En los talones callosos, merodeo los hilos violáceos, finísimos, que se desprenden de dos grandes hematomas que se le han formado cerca del tobillo. Con la yema de los dedos reconozco, además, rasguños nuevos, algunas costras y viejos arañazos cicatrizados, como si llevara tiempo andando descalza.

De a poco, el agua se enfría, hidrata la piel, y los pies ceden, se aflojan.

El cielo tiene ahora un velo de espuma.

La abuela se queda dormida, otra vez.

Mamá me chista del otro lado. Me señala la cola de un cometa. Con el dedo, sigue la estela de hielo y roca que dibuja a su paso.

A los pocos minutos dejamos de ver la luz celeste. Queda una especie de bruma violeta, justo delante de nosotras. Como una bandera.

Una brisa de aire caliente barre la neblina hacia el sur y deja el cielo desnudo. Otra vez nos persigue la luz brillante de la luna: pone su foco blanquecino sobre nosotras, las últimas de la especie en un paisaje que también se extingue. Ruinas a la intemperie, a punto de ser tragadas por la boca ancha del tiempo.

A la abuela la acuesto en ese silencio absoluto que es la noche en Miró. La luz amarillenta de los faroles se cuela por la ventana cincelando perfiles monstruosos dentro del cuarto. Rayan los muebles, agigantan las sombras.

El espejo refracta esa claridad dorada sobre nosotras.

Me quedo hasta estar segura de que ya duerme.

En la pieza contigua veo por la puerta entreabierta el parpadeo magnético de la televisión aún prendida que se extiende sobre las paredes y sobre mamá, que, anudada a las sábanas, todavía despierta, mira fijamente la pantalla.

A mí también me cuesta dormir. Todavía no me acostumbro a la cama angosta ni al colchón, hundido en el centro, que me hace sentir cada hueso del cuerpo.

Además, pienso en Mara.

Cuando al fin me duermo, sueño que estoy en medio del yuyal, frente a la casa. Es de noche. Un viento húmedo me despeina el flequillo. Justo enfrente, veo el cielo campeando sobre los pastizales cobrizos. Atrás, bien atrás, quedan el verde sojero y el horizonte curveando.

Yo ando metida entre el junquerío seco hasta la cintura, como si me abriera paso entre un gentío. Hacia abajo hay todo tipo de bichos: arañas, escarabajos y hasta viboritas. Aunque lo intento, no puedo avanzar. Tengo el cuerpo clavado en la tierra.

En una esquina, a lo lejos, creo ver un alambrado. Corro y no lo alcanzo. No me estoy moviendo, aunque corra. Mi cuerpo siente el desgaste. Me falta el aire, no tengo fuerza.

Abajo, entre mis pies, distingo babosas, gatas peludas, hormigas. Un escorpión se desprende del resto y trepa por mi muslo derecho. Estoy paralizada. Aprieto los párpados con fuerza y casi no percibo el cosquilleo sobre la pierna. Me adelanto al fuego, la picazón. Pienso en el veneno.

Entonces siento el peso de una mano enorme sobre mi hombro. Y pego un alarido.

A Mara la historia de Miró la fascinó desde el principio. Quería hablar todo el tiempo de eso. Del pueblo que no existe, como le dice ella. Fue armando una carpeta con lo que iba mandando mamá. La tapa estaba forrada con un mapa escolar de La Pampa que compró en la librería, en el que marcó la ubicación aproximada de Miró. Un punto en el espacio que es, más que cualquier otra cosa, un lugar en el tiempo.

Mara se ocupaba, además, de dictarme las preguntas que tenía que hacer cuando mamá llamaba a casa. Yo no la dejaba hablar. Solo atendía el teléfono si no estaba con ella. No podía ni sabía cómo explicarles quién era Mara.

Aún hoy no puedo hacerlo: cada vez que lo intento, me faltan palabras.

Una vez atendió Mara. Una de las primeras veces que llamó mamá.

Me hubiese gustado estar ahí para verlo, escucharlo yo misma.

Dice que se presentó como una amiga, y que mamá no le dio mayor atención a eso. Le contó que estaba en la pileta, trabajando, y que regresaría antes de la cena. Mamá cortó enseguida. Según Mara, fue una situación extraña.

Mamá ni siquiera lo mencionó cuando llamó al día siguiente.

Mara me lo contó mientras lavaba los platos, mucho después de que llegara. Habíamos visto una película durante la cena. Estaba levantando la mesa. Y entonces lo dijo, sin sacar las manos de la espuma. Sin siquiera levantar los ojos para mirarme.

Me pareció que se sentía dolida, o triste. Pero no quiso hablar más del tema. Dijo que estaba cansada y se fue a acostar.

Esa noche apenas dormí. Esperaba, creo, el llamado de mamá.

Creo que Mara tampoco durmió. Pero en cualquier caso me dio la espalda, y ahí se quedó, rígida, al borde de la cama, hasta que el sol iluminó la ventana.

A Mara la historia de Miró la fascinó desde el principio, porque así era la forma de Mara de relacionarse con las cosas. Apasionada,

voraz. Vampiresca.

Todo lo que tenía que ver conmigo le interesaba. Aunque yo no tuviera nada especial. Mucho menos antes de conocerla.

Sin embargo, su manera singular de involucrarse provocaba en mí respuestas inesperadas. Como si hurgara más allá de lo que yo misma había llegado a conocerme. Y me hacía a mí también distinta.

Eso, en parte, es lo que amo de ella.

Yo, en cambio, sé poco de Mara. Ella tampoco sabe. Fue adoptada con apenas unos meses de vida por un matrimonio chileno, que ahora vive en Buenos Aires.

Algo de los trámites, le han dicho, es fraguado, incierto. Como el lugar y la fecha en que nació.

Lleva años detrás de esos datos, recorriendo oficinas, revisando expedientes, con una tenacidad que no he visto antes en nadie.

Visitó brujas, médicos, abogados. Consultó archivos municipales, hospitales y orfanatos. Y no encontró nada.

Desde que la conozco, hace unos años ya, no festeja los cumpleaños. Dice que dejó de hacerlo cuando se enteró que se trataba de un festejo artificial, y que, cuando sepa la verdad, va a hacer una fiesta enorme que compense los años perdidos.

A veces, me asusta. Con todo, la admiro.

Todavía no renuncia a saber ciertas cosas.

¿Cómo eran las casas? ¿Habían trazado calles? ¿Cada cuánto pasaba el tren? ¿En qué lengua hablaban?

Mara hacía preguntas sobre Miró que nunca antes me había hecho. Yo iba anotando todo, y le pedía a mamá que tratara de averiguar esos datos, aunque al principio no se sabía tanto.

A veces los relatos se contradecían. Habías tantas versiones como personas que hablaban del tema, y lo más probable era que la historia fuera muriendo con cada una de ellas. A mamá todo eso le parecían habladurías de pueblo. Mara, en cambio, tomaba nota de cada testimonio. Los archivaba al final de la carpeta, después de una carátula que llamó «Los pasados posibles».

Me dijo: solo con imaginación podemos evocar sin melancolía.

Al tiempo, cuando el abuelo se embroncó con lo de Miró, mamá pensó que era mejor no seguir hablando del tema. No me lo dijo, pero lo dio a entender.

Las llamadas se espaciaron de nuevo, se volvieron intermitentes y vacilantes, ahora que no teníamos mucho más que decir.

Cuando ya no tuve más respuestas para Mara, empecé a inventarlas.

Le dije, entonces, que había en Miró una docena de manzanas bien delimitadas, acomodadas una junto a la otra en paralelo a las vías. El resto era yuyal. Que el tren pasaba, puntualmente, todos los días a las cinco, abriendo una herida sobre el pastizal. Traía el correo y buena parte de la mercadería que descargaba en el almacén de ramos generales. Y en el hotel.

En Miró había un hotel de pasajeros. De personas en tránsito. Para todos ellos, por algún motivo, Miró era un descanso en el camino. Una pausa breve en el viaje. Para eso también estaban los pueblos, esos pueblos.

Recuerdo que Mara, entonces, abría grandes los ojos. Pensaba más preguntas, dibujaba pequeños esquemas de las calles, la ubicación de cada local. Hacía y deshacía notas. Calculaba posibles rutinas. Relaciones familiares. Tiempos de cultivos. Información meteorológica. Proyectaba su crecimiento, adivinaba un futuro posible, registrando, con detalle, un pueblo inexistente.

Cuando al fin encontraron los planos de Miró entre los archivos del ferrocarril, no se lo dije. Prefiero esta historia, la nuestra.

El primero en irse fue papá. Yo no me enojé con él: hizo todo lo posible por quedarse con nosotros, por hacer que funcionara, pero la familia lo terminó de apagar, como esos fuegos que se ahogan a lonazos.

Cuando se fue, yo tenía doce años y Pablo, quince. Todavía me acuerdo de aquella tarde como una película montada en una secuencia de pocas fotos. Una de cowboys, de esas que usan un filtro amarillento, del color de la yema de huevo. El campo dorado detrás de la Ford 100 azul, el camino sembrado de hojas secas, y en primer plano papá, de jean y camisa a cuadros, parado junto al

coche, con el cuerpo tenso. Tenía la mano izquierda apoyada sobre la puerta abierta. Con la otra fumaba.

El abuelo estaba a poco más de un metro de él, y aunque llevaba sombrero, igual le hablaba haciéndose sombra sobre los ojos. Las espaldas de ambos, por algún motivo, me resultaron enormes, mucho más anchas de lo que en verdad eran.

La escena, tal como la recuerdo, parecía salida de un wéstern. Papá y el abuelo llevaban un tiempo discutiendo. Con mamá ya casi no se hablaba.

Yo imaginaba un duelo, uno de esos en los que los vaqueros se alejan contando muy lento las pisadas, calculando el momento exacto de girar. Uno se anticipa, alguien traiciona.

Pero cuando terminaron de conversar, asintieron en silencio y se dieron la mano. Yo corrí hacia mi papá y trepé hasta abrazarle el cuello. El abuelo me pidió que bajara.

—En las vacaciones te venís —me dijo al oído.

Pablo, en cambio, no lo saludó. Cuando me desprendí del pecho de papá, lo vi entrar a la casa fastidiado. Yo me quedé afuera, parada junto al abuelo, viendo cómo la Ford se alejaba por la calle de tierra, achicándose, hasta volverse un punto indistinguible que de un momento a otro desapareció.

—Para mí está muerto —me dijo Pablo después.

—¿Por qué Bariloche? —le pregunté cuando lo visité.

Papá manejaba mirando al frente, con las dos manos sobre el volante, esperando la luz verde del semáforo para arrancar. Dijo algo de las montañas que no recuerdo bien. Tuve la sensación de que andaba triste o distraído. Llevaba apenas unos meses instalado.

Papá empezó a trabajar en el taller mecánico de mi tío Jorge, hasta que abrió su propio negocio en una esquina camino al centro. Una ferretería, llena de estantes, sogas y herramientas, impregnada de olor a aguarrás. El lugar era tan chiquito y tenía tantas cosas sobre las paredes que parecía que en cualquier momento se iba a venir abajo: no cabíamos más que los dos, bien juntos, detrás del mostrador angosto.

Justo frente a la entrada había empotrado un cartel de chapa

usado que habíamos comprado en una feria mientras preparaba el local: No hay nada que no tenga arreglo. ¿Qué te parece?, me peguntó una vez que estuvo puesto. No era algo pensado para una ferretería. Tampoco ese gesto era propio de él. Y, sin embargo, el mensaje funcionaba entre los clientes.

El tiempo ahí adentro era otra cosa.

Papá me mandaba a ordenar los tornillos en cajitas según el número. Revisaba las lamparitas e inventariaba las que venían falladas. Cuando terminaba con eso, me dejaba cobrar. Me lo tomaba como un asunto serio. Hacía varias veces el recuento, cotejando con las ventas hechas que papá anotaba en la libreta. Recibía el dinero de cada compra con gentileza, daba el vuelto contando uno a uno los billetes y las monedas. De vez en cuando, me dejaban una propina.

Al final del día íbamos al cine o a los fichines, y comprábamos helado para llevar a casa. Los domingos lo acompañaba a pescar al lago, o acampábamos en algún refugio.

Esos días afuera casi no hablábamos.

Papá apoyaba las manos sobre el pecho amurallado de la montaña. Decía sentir el agua correr a cientos de metros.

Yo le hacía caso y ponía mis manos, e incluso mi oreja, sobre la superficie helada de la piedra. Pero solo sentía un viento, lejano y ensordecedor, perforando la pared rocosa.

Cada vez que llegaba a Bariloche, lo encontraba un poco más viejo. Desde el micro lo veía, parado en el andén. Algunas arrugas le iban agrietando las sienes. Él se acomodaba con la mano abierta el pelo renegrido, alambrado, plateado de canas. Lo llevaba detrás de las orejas. Mientras el ómnibus estacionaba, lo veía apretar los labios resecos. Cuando por fin me encontraba entre la hilera de asientos, siempre junto a la ventana, se le achinaban los ojos pardos, cansados.

Los días que viajaba de vuelta, me llevaba a comprar chocolates al centro con el dinero que me daban en casa para gastar allá. Después merendábamos en un bar, cerca de la estación, hasta que

se hacía la hora de volver.

Antes de subir al micro me daba plata o algún regalo especial, como esa vez que me compró un dije de piedra turmalina que todavía llevo colgando del cuello.

También le mandaba cosas a Pablo: cartas, paquetes de ropa, fotos.

La que volvía a casa era mi mejor versión: la piel tostada, algún kilo de más. Cada vez, apenas llegaba, el abuelo me obligaba a bañarme y a poner todo a lavar. Los días siguientes, en la casa, me trataban con cierta distancia, como si estuviera en penitencia, hasta que recuperaba la palidez, el cuerpo flaco y la mirada cenagosa.

Los chocolates se los regalaban al casero.

Papá nunca volvió a tener una vida como la que teníamos en el campo. Tampoco formó pareja. Recuerdo que apenas llegó adoptó un perro mestizo que se perdió ese mismo año, para las fiestas. Después, nada más, se dio por vencido.

En el sur vivió una especie de vida solitaria, a la deriva. Una vida que me parecía la de un aventurero o un explorador.

A veces también me llenaba de tristeza.

Solía mirar largamente el horizonte, entre las montañas, y trataba con los animales casi más que con cualquier persona. También empezó a estudiar astronomía y se compró un telescopio, que llevábamos con nosotros cuando acampábamos en la montaña.

El de Bariloche fue un tiempo de descuento para él: me gusta pensar que también fue un tiempo feliz. Papá murió de un infarto, en medio de la ferretería, un día de otoño. Un cliente lo encontró sobre el mostrador; tenía un papelito arrugado en un puño. En el papelito, escrito a las apuradas, estaba nuestro número de teléfono. El de Miró.

Cuando pienso en cómo fueron pasando las cosas aquel día, me parecen de lo más ilógicas, imprevisibles. También me llenan de bronca.

El día que murió papá fui al colegio. Saqué una nota regular en lengua extranjera. Tuve taller de costura. Volví a casa bajo la luz meridiana del mediodía. Merendé vainillas y dormí la siesta,

mientras la abuela veía un capítulo de una telenovela venezolana filmada al menos una década atrás.

El cielo estaba al principio ligeramente gris. Con las horas, se cubrió por completo de nubes.

El viento sacudió las copas de los árboles. Unos cuantos pájaros salieron volando de entre sus ramas.

Esa tarde, como otras, abrí las ventanas cuando llegó la lluvia, para sentir el olor del agua cayendo sobre todas las cosas.

El temporal dejó un cielo de nubes lilas.

Fue un día de lo más común, el día que murió papá.

Mamá recibió la noticia mientras cenábamos, con el teléfono verde oliva de la cocina ajustado a la cara, sin hacer un solo gesto. Después se sentó a la mesa y comió lo que quedaba del plato. Esperó a que se sirviera el postre para contarnos. La tele seguía prendida cuando me fui a acostar.

Todavía en la cama, escuchaba los refucilos de la tormenta. Estaba enfurecida. El cuerpo se me retorcía de rabia bajo las sábanas. Hundí la cara en la almohada. Mis lágrimas olían a jabón de lavar. Pensé en lastimarme. No tuve valor.

Recién cuando todos dormían, salí al fondo por la puerta de la cocina. Pasé la noche bajo una llovizna intermitente, esperando algo sin saber bien qué. Afuera, el cielo parecía el regazo de una pantera negra y ciclópea con su único ojo brillante, tras el velo brumoso de la lluvia.

Mamá no me dejó viajar. Pablo no lo pidió. Los tres, por distintos motivos, nos distanciamos aún más. Desde hacía ya un par de meses, además, a Pablo y a mí nos habían separado de pieza. La abuela dijo que yo ya era una mujer. También nos cambiaron de escuela. Él fue a la agrotécnica. A mí me mandaron a un bachillerato solo para chicas, a una hora de viaje.

En ese tiempo, me sentí más sola que nunca. En el colectivo, en las horas de viaje, pensé mucho en papá. En el cadáver que no vi: sus manos huesudas, sus piernas arqueadas y el deslave irregular de su columna.

Pese a que la relación nunca fue muy buena, después de la separación, mamá, Pablo y yo pasamos un tiempo viviendo como extraños. Para evitar hablar del tema, no hablábamos de nada.

En la rabia de mi hermano no había cálculo ni malicia. Era todo o casi todo fruto de una tristeza que, desde ese día, lo acompañó para siempre. A la semana de que se fue papá, dijo que tenía un pie malo y no salió de la casa en todo el invierno.

Mamá, por el contrario, se llenó de tareas. Se cambió el color del pelo, compró ropa nueva y empezó a pasear seguido por el pueblo. Hace amistades, decía la abuela espiando por el ventanal del frente, cuando se demoraba en volver.

En la escuela nos iba pésimo, aunque ahí tampoco hablábamos de la separación. Las maestras eran condescendientes y los chicos muy crueles.

Para esa época empecé a leer y después a escribir. Eran, en su mayoría, historias de animales mitológicos. Leyendas, relatos que imaginaba o creía conocer. A veces también anotaba mis sueños.

Escribía y rompía las hojas. Las trituraba. No las quería releer, no me reconocía en esos relatos. Además, tenía miedo de que alguien más los encontrara. Que vieran algo raro en mí.

Con la muerte de papá, yo esperaba que mamá se volviera más cercana, que nos uniéramos un poco más los tres. No sé por qué creía eso, yo no sabía nada de la muerte. Tampoco sé ahora. La muerte nunca es una lección ni un aprendizaje. La muerte es el final. El único verdadero. Esa es la única certeza.

Ese tiempo nuevo le duró a mamá lo que un relámpago. A los pocos meses le detectaron unas manchas en el pecho. Después tomaron la forma de bultos.

Mamá empezó a viajar con frecuencia a la ciudad. La acompañaba el abuelo. A veces se demoraban más de un día en volver. Llegaron a pasar afuera casi una semana.

La abuela prefería no hablar del tema. Decía que mamá estaba haciendo un tratamiento médico, pero no nos explicaba más. Nosotros sabíamos que algo malo pasaba porque la abuela se esmeraba en hacernos regalos especiales y llevarnos a pasear. Hacía

el mayor de sus esfuerzos por distraernos y pienso que, aunque sospecháramos lo que estaba pasando, nos permitimos ignorar todo y ser brevemente felices como, creo, no lo habíamos sido nunca.

Una tarde, mamá nos sentó a la mesa a Pablo y a mí, en la cocina. Estaba muy desmejorada. Había perdido peso y color en la piel. Escondía la cabeza bajo un pañuelo que anudaba en lo alto de la frente.

La mandíbula parecía querer salirse de la cara. Recuerdo que no podía dejar de ver su boca, enorme, bajo esa luz verdosa que entraba por la ventana de la cocina.

Mamá puso delante nuestro varios estudios. Eran fotos traslúcidas de su pecho. Un conjunto de manchas oscuras anidaba sobre el costado izquierdo. Daba la impresión de estar viendo una serie de bichos, apenas juntos.

Un sistema solar.

En las distintas fotos, las manchas crecían y decrecían. Se juntaban o aislaban. Me recordaban a esos libros de dibujos que al pasarlos rápido formaban figuras con el movimiento. Así miraba las radiografías.

Cuando los estudios empezaron a ser muy malos, mamá decidió dibujarlos. Así, esquemáticos, a grandes trazos, se parecían más a una idea que a algo real.

También empezamos a usar un lenguaje que entonces me resultaba de lo más extraño; un lenguaje hecho de cuerpo, al que también le crecían nuevas palabras, como tumores. Un idioma técnico y universal, que no nos pertenecía. Porque así dolía menos nombrar algunas cosas.

Con el tiempo llegué a dominarlo por completo. Me manejé en esa lengua extranjera, en sus flexiones y sus matices. Aprendí rápido. Siempre fui buena para asimilar la desgracia.

Una semana después, la operaron. Estuvo tres días en la ciudad y unos cuantos más en la cama. Le habían sacado por completo el pecho izquierdo, pero eso no lo noté hasta que se levantó y empezó a vestirse. La abuela le compró unos corpiños especiales que traían

un relleno de algodón para el costado faltante. Al principio la ayudaba a acomodarse la ropa frente al espejo. Era difícil porque el corpiño era liviano y se corría de lugar. Solía ponerse un top deportivo encima. Y ropa holgada.

Un tiempo después aprendió ella misma a arreglarse. Cada vez lo hacía mejor. A la ciudad volvía cada tanto y lo hacía sola. Aprovechaba para traerse más ropa, aunque no terminaba usando todo. Se probaba las prendas muchas veces delante del espejo hasta que decidía. Lo que no quería me lo daba a mí.

Me gustaban esas noches con ella. Nos quedábamos hasta tarde mirando películas en su pieza, entre la ropa revuelta. Yo le pintaba las uñas, ella me maquillaba. Comprábamos chocolate.

Nos dormíamos al amanecer, y nos levantábamos tardísimo.

Durante ese tiempo, nos acompañamos como no lo habíamos hecho antes.

Cada tanto lloraba, de miedo o de alegría: no terminaba de entender por qué. Ella lloraba conmigo, pero después se limpiaba las lágrimas con la manga de la camisa y me decía: la vida sigue, Anita, todo pasa. Todo pasa.

Otras veces, entredormidas, le ponía la mano en el pecho vacío. Sentía con los dedos la cicatriz, que tardaba en irse. Mamá apretaba mi mano sobre la piel lastimada. Decía que ahora, si tocaba con esmero, podía sentir la forma de su corazón.

Las cosas con Pablo, en cambio, no mejoraron. Dejó de ser un chico muy pronto. Se convirtió en un adulto triste y apesadumbrado.

La última vez que peleamos fue el día que cumplí dieciocho años. Nunca me gustó festejar los cumpleaños. Pero entonces las cosas no las decidía yo.

Esa, en particular, fue idea de mamá.

Después del asado, cuando los abuelos iban dejando caer los párpados a la sombra de la enramada, Pablo se acercó al que entonces era mi novio, Lucas, un chico escuálido y gracioso, que antes había sido su amigo. Le dijo algo al oído que el otro no llegó a escuchar. Todavía sonreía cuando Pablo, con el puño cerrado, le pegó en el centro del pecho. Fue un gesto infantil, lleno de

violencia. Lucas no tuvo tiempo de reaccionar. Lo dejó sin aire, doblado hacia adelante, sobre su panza. Antes de que pudiera incorporarse, Pablo se le fue encima otra vez. Lo acorraló entre los tablones que hacían de mesa. Los vasos semivacíos se volcaron sobre un mantel blanquísimo apenas manchado por un par de aureolas moradas. Los hombres más grandes se pararon apurados. Todavía adormilados, intentaron separarlos. El abuelo, no. Llamó a los caseros para que se llevaran a Lucas. A Pablo le dijo que entrara a la casa. La fiesta, decidió, había terminado.

Yo me fui de Miró la semana siguiente. Pablo lo hizo un tiempo después. Se casó joven con una chica de Córdoba. Ya estaba embarazada. El padre de ella los mandó a los tres a Buenos Aires, donde Pablo tuvo que estudiar una carrera. No conozco a la esposa de Pablo ni a mi sobrino. Mamá me reenvía las fotos que él le manda cada tanto desde Estados Unidos, donde viven ahora. Tienen un perro y un parque de grama, todo muy al estilo norteamericano. Pero en las fotos nadie sonríe.

Apenas llegué a Bariloche, doce años atrás, no tenía idea de qué iba a hacer. Lo único que quería era alejarme de mi casa: de mi familia y de sus heridas. Bajé del micro, con un bolso desinflado y el pelo revuelto, enredado en la nuca. Mi tía me buscó en la terminal.

—¿Estás segura de lo que hacés? —me preguntó.

Entonces no lo sabía, solo dije que sí. El auto patinaba en la escarcha sobre la avenida, a la orilla del lago celeste, fruncido como un trapo. Todavía tengo esa mañana entre los ojos. Y el recuerdo del miedo, como un hormigueo que avanzaba adormeciendo cada esquina del cuerpo.

El viaje a la casa de papá, esa vez, se me hizo más largo. Nos alejamos del centro y subimos por las calles inclinadas hacia la base del cerro. Esperando paso sobre la ruta, le conté a mi tía del enojo del abuelo cuando le avisé que me iba. Entonces dije que era algo temporal. Que quería ocuparme de la casa de papá y pasar el verano ahí antes de decidir a qué me iba a dedicar. Eso dije. No les gustaba la idea, pero mamá y el abuelo me creyeron. Mi abuela, no. La noche antes de irme me dio algo de dinero y me dijo que tenía

más, que la llamara si necesitaba. Al día siguiente, en la puerta de la casa, imprimió su beso húmedo en mi frente y se disculpó: se fue al fondo, a levantar los frutos machucados que caían del membrillar.

Los primeros días en Bariloche fueron fríos. El sol no aparecía por ninguna parte.

La tía todavía andaba ocupada con la venta de herramientas que habían quedado de la época de la ferretería. Nos veíamos de vez en cuando, para almorzar.

Yo era poco más que una hoja en blanco. Me costaba decidir hasta las cosas más elementales, como qué comer o de qué lado de la cama dormir.

Sentía que tenía que forjar una identidad, una distinta. Tenía una confianza desproporcionada en gestos mínimos. Detalles. Y andaba por eso sumamente atenta, esperando una señal que tardaba en aparecer.

Con esa esperanza abría los ojos cada día. Me levantaba al amanecer, con el recuerdo amargo de mis pesadillas en la boca, como el aliento nauseabundo de alguien más.

Por las mañanas iba ordenando las cosas de papá, en tres cajas: lo que se regalaba, lo que se vendía y lo que se quedaba ahí, conmigo. En las tardes salía a caminar.

Uno de esos días glaciales, me senté en el patio de una heladería céntrica. Todavía quedaban algunos turistas en la ciudad. La mayoría de la gente se amuchaba adentro del local, donde habían prendido las estufas.

Yo prefería el frío. El frío me mantenía inquieta.

Me acerqué al mostrador y le dije al chico que atendía el local que quería probar todos los gustos de helado. Él pensó que era una broma: los primeros, me los presentó en cucharas, ahí sobre la mesada. El resto los fue acomodando en varias tapas de telgopor que me llevé al patio apenas terminó.

Los comí a la intemperie. Iba anotando en una libreta lo que pensaba de cada uno. Fueron treinta y tres.

Después de pagar, tomé casi un litro de agua y vomité en el

baño. Estuve un buen rato sobre el inodoro, sosteniéndome el pelo detrás de la cabeza. El chico del mostrador vino cuando se vació el local y me ofreció un pañuelo de papel para limpiarme la boca.

Ya estaban cerrando.

Extendió el brazo, me ayudó a incorporarme y me indicó cómo llegar a la farmacia.

La tarde de aquel día, conocí a Mara.

Ana, el abuelo murió ayer. Mamá está ahí, deberías ir con ella.

El mensaje de Pablo lo encontré horas después de que lo enviara, cuando salí del agua, entre un montón de llamadas perdidas.

Hasta entonces, había sido un buen día. Un día normal.

Los chicos habían llegado a la pileta en horario y bien dispuestos. Un apretón de manos más fuerte de lo habitual, una sonrisa hecha de huecos entre filas de dientes muy chiquitos, la mirada sostenida a ras del agua.

La cosa iba bien.

Al mediodía, en mi hora libre, hice la plancha en medio de la pileta. Estaba sola. Concentré los ojos en el tinglado y dormité con el cuerpo tenso. El agua resistía el peso de mi propio cuerpo.

En eso estaba cuando me despertó Nora, la de administración, para avisarme que el próximo grupo llegaba un poco tarde.

—¿Otra vez no comés nada?

Encogí los hombros, y solo para complacerla salí del agua.

Más tarde, sentada en el borde de la pileta, leí y releí varias veces el mensaje de Pablo, hasta que las palabras recuperaron su peso demoledor. Detrás de los vidrios empañados del natatorio, la noche oscurecía el paladar del cielo patagónico.

Saqué los pies del agua: tenía las yemas arrugadas y blancas de cloro. Me vestí sin ducharme y pedí licencia en la pileta. Hablamos de una semana, no más. Después caminé hasta casa, a unas veinte cuadras de ahí, hacia el alto.

Parada frente a la fachada, recordé a papá: lo imaginé como un viento helado.

Faltaba un rato para que llegara Mara. Abrí las ventanas para dejar que entrara el final del verano a la casa. Tuve tiempo de armar, otra vez, el mismo bolso con el que había llegado a Bariloche años atrás. Reservé el pasaje para la noche siguiente y calenté la cena. Pensé, una a una, todas las excusas que le daría para evitar que me acompañara. No quería lastimarla. Apenas cruzó la puerta, le dije con una voz firme y tensa, como una flecha:

—Mañana vuelvo a Miró.

Amanecía cuando el micro entró en la pampa. Lo sabía por los colores. En el sur, los colores brillan bajo la lumbre ardiente del sol hasta lastimar los ojos. Y el viento, como un animal que agoniza, aúlla sacudiendo las ramas más altas. Aun cuando no hay, cuando el viento enmudece, entre el enredo de arbustos se oye el mundo vivo bajo la tundra. También en lo alto, entre el ramerío, donde andan los pájaros. Un murmullo continuado que no se apaga nunca.

A medida que uno se adentra en la llanura, el horizonte se aplasta hasta volverse indistinguible del cielo traslúcido, apenas estriado por un conjunto de nubes bajas. El espacio se vacía y se agranda. Adelante, atrás, a los costados. Sobra lugar.

El viento silba en susurro; las luces se opacan y los pastos se amarillean. Y es como si una capa de polvo cubriera todo lo creado.

Llanos, bañados y perdices.

La vida también se da en cuotas: media docena de acacias, talas y cedros, plantados a unos cuantos kilómetros, dan sombra a un rebaño de vacas. Los arbustos y espinillos acompañan el camino marcando la propiedad privada: el campo sembrado, los corrales, y allá, bien atrás, un caserío.

La sangre se aquieta, se estabiliza la vista, aunque de un modo neblinoso. Con la humedad, las cosas pierden estricta forma y materia. Y uno anda como a ciegas en un desierto de gente.

No había podido pegar un ojo en toda la noche. El frío del aire acondicionado, filtrándose entre las cortinas del micro, me helaba la cara. Me aplasté lo más posible a la ventanilla hasta empañar el vidrio con mi propio aliento. Antes de bajar, escribí sobre la ventanilla todavía húmeda mi nombre, en letras mayúsculas: ANA.

El micro me dejó en la ruta vacía, junto a una tranquera. Tierra adentro, en línea recta, se recortaba sobre la llanura el relieve de los silos. La mitad de los pasajeros todavía dormía. El choche se alejó con la puerta aún abierta.

Al principio no entendí dónde estaba: caminé hasta dar con uno de esos cartelones de ruta, verdes y blancos, con indicaciones. Me

había pasado unos cuantos kilómetros. Caminé bastante junto al asfalto. Pasé un caserío y un taller mecánico. La entrada a Miró no está señalizada.

Tomé el camino lateral que nace de la ruta. Apenas un guadal. Un perro mestizo, deslenguado y jadeante me seguía a pocos metros, sin acercarse demasiado. Iba justo detrás, hociqueando mis pasos.

Conocí, al fin, los campos de soja de los que tanto había escuchado hablar: me sorprendió esa alfombra fluorescente que se levantaba uniforme y prolija junto al camino. A medida que me acercaba, observé cómo crecía hacia el cielo, electrizada. Me incliné sobre el alambrado y pasé la mano por las plantas cortadas al ras, peinando las hojas gruesas y carnosas.

A lo lejos, el canto de un gallo fracturó el silencio. Crucé el sendero sobre un arroyo seco, en esa quietud matutina, apenas interrumpida por un hombre que caminaba a unos metros, con la cabeza gacha, mirando la punta de sus zapatos.

Al rato, el perro se alejó hacia una zanja y metió la cabeza en un charco arenoso de agua turbia, espantando a los teros.

El camino en este punto se desdibujaba; algunos espinillos crecidos en la tierra seca confundían el paso. Pasé una tranquera, y luego otra, más adelante, junto a la que pastaba un caballo solo.

Iba atenta a los muchos cambios en el diagrama de los campos. Temía, también, ser vista como una extraña. Una intrusa.

Unos metros más adelante, todavía lejos, reconocí la casa en medio del terreno. Elegante, señorial, algo venida abajo, pero sin dudas aún la más importante en kilómetros. A medida que me acercaba, distinguí las columnas color ocre manchadas de humedad y las paredes laterales descascaradas, que parecían haber nacido entre los helechos. Me sorprendieron los yuyos escapando entre los huecos que se abrían en el yeso. Esa forma inacabada de la vida de insistir. El frente de la casa, ya leproso, seguía siendo imponente. Unos ligustros muy verdes coloreaban los márgenes. En la galería, sobre un sillón desvencijado, se agazapaba mamá. Con la mirada atenta fue siguiendo mi andar, hasta tenerme justo frente a ella.

—Te esperábamos ayer, para el entierro —dijo, a modo de saludo.

La noche que llegué dormí como si hubiera estado una semana despierta. Sentía un cansancio antiguo, prehistórico, que me entumecía las piernas y la espalda. Un dolor tentacular que nacía en la nuca me abrazaba toda la cabeza. Mamá insistió para que ocupara mi pieza, la segunda puerta del pasillo que nacía del comedor. Estaba intacta, tal como la había dejado la última noche que pasé ahí. Preferí quedarme en el escritorio, la puerta del fondo. Un ropero, una mesa baja con una lámpara junto a la cama sofá y el ventanal, angosto y alto, del ancho de la pared, por el que podía ver el fondo entero, y más allá, el descampado y el cielo apoyado sobre él.

Di muchas vueltas hasta que entré en el sueño profundo e incierto. Me desperté catorce horas después, cuando el sol ya ardía perpendicular sobre la tierra, con las sienes latiendo como motores.

En el pasillo sentí la corriente fresca de aire entrando por las puertas y ventanas, abiertas. Nadie oía la radio prendida en la cocina. Era un ronroneo que se superponía a la voz débil de la abuela, que charlaba en el frente con alguien más.

Todo estaba exactamente igual, pero sin mi abuelo la casa era otra.

Preparé el desayuno y lo llevé a la galería del fondo en una bandeja. Abrí una vieja reposera y me senté justo debajo de la ventana de la pieza en la que había dormido la noche anterior. Comí un pan entero, varios dulces caseros y tomé un par de tazas de café. Después desgajé la fruta, dejando que su olor se impregnara en mi ropa y en mis manos.

Me saqué una foto, de medio perfil, que le mandé a Mara. Encontré tarde los mensajes que me envió. Entre otras preguntas de Miró que evité contestar, me contaba los avances de la obra que habíamos empezado en casa semanas atrás.

La idea fue de Mara. Apenas se vino a vivir conmigo, a lo de papá, nos prometimos mudarnos a un lugar más grande. La casa nos

quedaba chica. Las cosas de Mara no encontraban un lugar propio. Fuimos apilando los libros en el pasillo, y la ropa apenas entraba, toda apretada, en el ropero que compartíamos.

Después de un tiempo, empezaron también las discusiones.

Visitamos varias casas, dentro y fuera del barrio. Por lo menos una docena.

Una mañana, saliendo de una que a Mara le había encantado, me di cuenta de que no quería irme de la casa de mi papá. Dejé que me contara, ya adentro del auto, lo que le había parecido esa casa, lo bueno y lo malo, como decía ella cada vez, y le dije, con voz ronca, que no quería dejar la casa.

Mara no dijo nada. Manejó en silencio todo el trayecto de vuelta. Frente a nuestra fachada, después de apagar el motor, puso las manos sobre el volante y me propuso lo de la obra. Una pieza en el fondo, me dijo entonces. Sobre la cerca. Un espacio separado de la casa, con ventanales al jardín, un baño.

No sé por qué pensé enseguida en la casa del árbol que siempre quisimos con Pablo. Una fantasía de infancia que ahora, años después, volvía en boca de Mara.

Entendí que ella también necesitaba un lugar propio donde estar a salvo de mí, de cómo nos volvíamos la una con la otra en ese espacio cerrado.

Le dije que sí.

Al día siguiente comenzamos a planear la obra.

En la galería, esa misma tarde, dormí una siesta inesperada. Me despertó el ruido mecánico de los mensajes entrando todos juntos al teléfono.

La última luz del día latía tibia sobre el terreno.

La bandeja se había llenado de hormigas, que bajaban y subían entre mis piernas. Me quedé un buen tiempo mirándolas hacer.

La abuela vino al rato a buscarme, cuando el sol ya bajaba inclinado hacia el oeste, como un manto anaranjado.

A los idiotas, como les dice mamá, los vi ni bien llegué. Octavio se apareció detrás del rosal, con una camisa celeste, manchada de tierra, que era del abuelo. Llevaba un sombrero de paja, enorme. Vestía de sombra. Estaba transpirado y sucio, y olía a algo parecido a cebolla, o ajo, no supe bien. No me dio tiempo: apenas me vio me estrujó en un abrazo apretado. Ana, Ana, conejita. Un escalofrío me trepó por la espina dorsal hasta salirse como una rama por la boca. Años, añares sin escuchar ese apodo: conejita. Como me decía el abuelo.

Me despegué de él lo más pronto que pude. Le pregunté cómo andaba, cómo andaba su hermana, y Octavio, corto como es de palabra, me dijo que bien, aunque en realidad, dijo, ambos estaban todavía muy apenados por lo del abuelo. Costaba hacerse a la idea. Después llamó a los gritos a Olivia, que enseguida salió del vivero secándose las manos de uñas renegridas en el delantal. Ella se acercó tímida, de a pasos muy cortos, mientras Octavio acomodaba mi bolso en la galería. Ana, qué alegría, tanto tiempo, Ana. Me acarició la mejilla con el dorso de la mano todavía sucia, con delicadeza, como si tocara algo que fuera a romperse.

Teníamos casi la misma edad y, aun así, sentía que en ellos el tiempo no había pasado. Los encontré tal como los había visto la última vez, como eran desde que yo tenía memoria. Aunque no recordaba a los idiotas de chicos. Me daba la impresión de que los había conocido así, ya adultos.

Él, desgarbado, la espalda arqueada y el pelo moreno y crespo sobre los ojos, entorpeciendo la vista. Tenía un aire duro y ajado, y escondía las manos cuarteadas del sol.

Ella estaba algo más gorda. Noté las caderas macizas, y las tetas hinchadas y blancuzcas, asomando sobre el delantal. Vestida así, de blanco y rosa, parecía una nena grandota, una muñeca de esas desproporcionadas que lloran cuando les aprietan la panza.

Los dos tenían ese mismo gesto en la mirada, una leve bizquera hacia adentro, por lo que cualquiera en el pueblo hubiera podido

reconocerlos en medio de una multitud.

Toda la vida habían sido raros, distintos al resto de los chicos. Estaban siempre concentrados en algo que solo ellos entendían, aislados por completo. Más de una vez los vi caminar tomados de la mano, siguiendo la marcha errática de un escarabajo, o agarrados a los alambrados, mirando embobados las tenazas metálicas de las cosechadoras desgarrando la tierra.

Solían tener la boca entreabierta y el pelo grasoso, sucio. Tenían modales más bien limitados, y todos sus movimientos, por más pequeños que fueran, eran bruscos y torpes.

De chicos, que recuerde, no jugábamos con ellos. No hablaban con nadie después de la escuela, ni solían ir a cumpleaños o de visita.

Tenían, además, algunos problemas con el estudio.

No recuerdo muy bien dónde vivían antes. Del colegio salían apurados y siempre juntos, a veces en bicicleta, otras caminando, derecho por la calle de tierra hasta las vías. Después seguían por el costado, entre el yuyal.

Ya un poco más grandes, me acuerdo, Octavio había tomado la costumbre de bajarse los pantalones delante de las chicas. Esperaba, paciente, encontrarnos a la vuelta de la escuela después de clase. O cuando merendábamos detrás de la cancha, los sábados a la tarde, mientras los chicos jugaban al fútbol.

Al principio nos reíamos, creo que de vergüenza. Ninguna, nunca antes, había visto a un hombre desnudo. No así. Pero después Octavio empezó a incomodarnos. Se quedaba mirándonos, mientras empezaba a tocarse, con los pantalones a las rodillas. Nosotras gritábamos o salíamos corriendo.

Los demás no tardaron en enterarse. Una tarde, después de clases, un grupo de varones salió al cruce de los hermanos a la altura de las vías. A Octavio lo molieron a golpes. A ella, dicen, no le hicieron nada.

Los idiotas, como todavía los llaman, no volvieron a aparecer por la escuela.

Al tiempo, cuando murió su madre, el abuelo los trajo a trabajar

en el campo. Los dos habían dejado de estudiar. Él aprendió a manejar. El último tiempo llevaba al abuelo a todas partes. A ella, la abuela le enseñó a cuidar la huerta. Juntas, además, armaron el vivero.

Para tenerlos cerca, se los llevaron a vivir a la parte de trasera del terreno, una casa chiquita de adobe que años atrás usaban los caseros.

—No sé qué hubiera pasado con los idiotas de no haber sido por tu abuelo —me dice mamá, cuando me descubre espiándolos, mientras se alejan por el camino de piedras blancas que lleva a su casa.

Yo los miro hasta que paran delante de la puerta. Olivia entra, apurada. Octavio se da vuelta y me sostiene la mirada sombría y castaña, concentrado, como si recordara algo. Un minuto después, se espanta un bicho de la frente y se pierde detrás de la negrura cavernosa del rancho.

Al rato de almorzar, mientras mamá acuesta a la abuela, salgo al frente a fumar.

En la galería la encuentro a Olivia bordando un pañuelo, cuadrado y blanco, del tamaño de una servilleta. El hilo azul, de contornos imprecisos, entra y sale de la tela dando forma a un elefante.

—Un elefante azul, porque no tengo hilo gris —dice.

Le prometo que le voy a conseguir hilo gris en esos días. Tengo que hacer además algunas otras compras en el pueblo.

El sol despide una luz porosa y sin fuerza: una luz enferma.

Agarro el celular para escribirle a Mara.

—¿Es verdad que ahora vivís en el sur? —me pregunta Olivia.

—Sí, en Bariloche, ¿sabés dónde es?

—Sí. Más o menos. Es donde estaban los dinosaurios.

—No, hay un monstruo, según dicen, en el fondo del lago. Pero no se deja ver, está muy profundo. ¿Escuchaste hablar del monstruo del Nahuel Huapi?

Olivia se lleva un dedo a la comisura de los labios. Niega moviendo la cabeza de un lado a otro.

Justo después dice lo de los tiburones del tanque australiano.

Hacía años que el tanque no estaba más ahí, hacia el fondo del terreno, en altura. Igualmente miré esa porción de tierra reseca, llena ahora de hortensias celestes, donde solíamos pasar el verano, especialmente las tardes, después del mediodía, cuando el sol calentaba el agua y bañaba de una luz ambarina esa esquina, y jugábamos, entrando y saliendo, salpicándolo todo, con la piel rojiza y tirante, hervida por el calor.

Estaba llena de chicos esa pileta, siempre. Y a medida que pasaban los días, también de algas, insectos muertos y plantas resbalosas que se pegaban al fondo. Promediando el verano, cuando empezaba a demorarse el día y alguna que otra fruta se ofrecía arenosa y desabrida, el piso del tanque se ponía barroso y turbio. Eran esos los días en que yo dejaba de meterme; Pablo lo seguía haciendo, aunque con zapatillas.

A los hermanos no los dejaban entrar. No desde que Octavio había meado adentro. El abuelo, para convencerlo, le dijo que el fondo estaba lleno de bichos, algo que Olivia después tradujo por tiburones, por asociación libre, porque era un tanque australiano y en Australia hay tiburones, y así ambos se hicieron la idea de que, cuando el agua se oscurecía, en el fondo del piletón crecían los tiburones. Y nadie les explicó nada porque era mejor así.

Fue una tarde de esas, hacia el fin del verano. Pablo subía con dos amigos al filo del tanque por la escalera llena de óxido; sentada en la reposera, bajo el nogal, veía las suelas llenas de barro dibujar piruetas en el aire antes de estrellarse en el agua. Yo leía desconcentrada, mirándolos desde la sombra con fascinación. Seguía con la vista la danza de músculos fibrosos y tensos, las pieles tostadas. Sobre mi vientre, hecho un nudo, descansaba Nica, un gato pardo que había aparecido en la casa un par de años antes.

Esa tarde, parecida a tantas, el gato bajó de la reposera sin que le prestara mayor atención. Tenía el lomo del color de la arcilla y la panza blanca. Sobre el morro, la pata trasera y la cola habían aparecido unas manchas negras, chiquitas y juntas, como archipiélagos.

El gato fue muy despacio a acurrucarse frente a un gorrión que había caído de algún nido cercano. Sentí un maullido agudo, bajito, y me levanté para buscarlo. Qué hacés, le grité a Nica, tratando de espantarlo. Después lo agarré del pellejo, como nos había enseñado el abuelo, y lo puse de nuevo entre mis piernas. Sostenía el libro abierto, mientras por encima espiaba a Pablo y a sus amigos, tirados en medio del parque, secándose bajo la resolana.

Al rato, el gato volvió a escaparse. Me levanté fastidiada. Esta vez, junto al gorrión, estaba Octavio en cuclillas, mirándolo fijo. Yo me quedé quieta, esperando que el idiota alejara al gato y levantara al pajarito. Nica no: Nica se acercó a ambos, agazapado. Iba encorvando el lomo, con los pelos erizados y alerta. Fue entonces cuando Octavio, hasta ese momento tan quieto, agarró al gato por el cuero y lo revoleó dentro del tanque. Nica voló como una estrella de mar, abriendo todas las patas. Sentimos el golpe en el agua. Minutos después, el gato desapareció en el fondo del tanque. El idiota se llevó el gorrión a la boca, todavía vivo. Sentí un crujido breve. Un hilo púrpura le caía por la comisura izquierda.

El griterío despertó a todos de la siesta. Pablo y sus amigos no terminaban de entender lo que había pasado. A Nica lo sacó del tanque Beltrán, el casero, ya muerto, el cuerpo tieso y frío. El abuelo, metiendo sus dedos largos en la garganta de Octavio, logró que vomitara el cadáver del gorrión.

Pablo me dijo que esa noche pensó que el abuelo iba a darle a Octavio unos cuantos golpes. Aunque lo que sucedió al final le pareció más impresionante: fue el chico, que, alentado por el abuelo, se golpeó insistentemente la frente contra la pared de adobe del fondo de la casa hasta mancharla de sangre. El abuelo no lo detuvo: fue Pablo. Pablo no aguantó.

Cuando terminó el verano mandaron a sacar el tanque. El gato muerto quedó junto a la cerca durante meses, hasta volverse osamenta. Después se lo llevó algún otro animal. Beltrán murió ese mismo invierno, fulminado en medio del campo por un rayo. Un latigazo en el centro del terreno que nos dejó sin luz por semanas.

Pasaron otras cosas. Nunca más hablamos del tema.

Olivia deja el pañuelo bordado a un lado y se va al fondo. Trae una caja de zapatos que da vuelta ahí mismo, a los pies de la reposera en la que me siento una vez que las nubes tapan el sol.

Ella se arrodilla sobre el suelo arenoso.

—Te vas a ensuciar —le advierto.

Pero Olivia no escucha o no le importa.

Un montón de piezas se desparraman sobre el pasto amarillento.

Me cuenta que son, estos, objetos que ella y Octavio fueron juntando estos años en los terrenos próximos a la casa.

Le pregunto si no debería llevarlos a algún otro lado. Si no son importantes.

Ella se encoje de hombros.

Se calza unos guantes de látex, de esos que usan las enfermeras, y con las palmas abiertas, como una bruja conjurando, sobrevuela las piezas. Los dedos bailan, parece que tocara un piano.

Separa a un costado tres objetos chiquitos. Del otro lado, deja una docena de figuras del color del carbón.

Yo me incorporo sobre la lona y estiro el brazo para tocarlos.

—Sin guantes, no —me dice, sin levantar la vista del piso.

Yo guardo las manos y dejo entonces que ella muestre lo que quiere. Son, dice, juguetes.

—¿Juguetes?

Olivia no me responde. Del grupo de tres, agarra un elemento grisáceo, del tamaño de una bala. Cuando lo acerca, distingo un trompo.

Lo alza, frente a mis ojos, unos segundos. Y lo vuelve a meter en la caja.

—Sobre el pasto no tiene sentido hacerlo girar.

El segundo es un objeto alargado y puntiagudo. Es una flecha de un soldado, una miniatura.

Lo miro con atención, como si nunca hubiese visto una flecha.

Olivia asegura que los dos objetos son de plomo. Por eso no se descomponen.

—Pero tampoco brillan. Ya los limpié e igual quedan así, opacos.

La tercera pieza es la más grande. Es una suerte de casco,

redondo y hueco, con un agujero en uno de sus lados.

Ella lo levanta entre el dedo índice y el pulgar, recubiertos de látex, para que el sol revele todo su detalle, y me dice que, aunque lo limpie, esto no va a recuperar el color.

A mí el objeto no me dice nada. La superficie está enmohecida, verdosa. Pienso que podría ser parte de algo más grande. Una pieza de un auto o de un juego de té.

—Es la cabeza de una muñeca —me dice, como si me leyera la mente.

Yo me incorporo, entre sorprendida y asustada.

Ella, mientras tanto, sopla la superficie, cuidando de no largar ni una gota de saliva sobre ese cascarón vacío. Después la acaricia y, metiéndola con cuidado en la caja, entre botones, mangos y vidrios, me pregunta, sin mirarme: ¿quién abandona una muñeca?

Me sorprende mientras me corto las uñas de los pies, a pleno rayo del sol, en la galería del frente. La abuela sale de la casa arrastrando los pies como si barriera la tierra. Lleva una bolsa de arpillera, la de las compras, y un sombrero ancho, tipo capelina, que recuerdo haberle visto cuando era más joven y su ropa, siempre elegante, siempre distinguida, se volvía comentario del pueblo.

Imagino que apareció en el revuelto de cosas que es ahora la casa.

Se acerca caminando algo encorvada, con dificultad, entre las lajas flojas que nos separan del camino.

—¿Y…? ¿Lo pensaste, Ana? ¿Me vas a ayudar?

—¿A qué, abuela?

Me dedica un gesto de desprecio que le levanta el mentón.

Me incorporo y miro a ambos lados.

—Todavía no lo pensé, abuela. ¿Quiere que la ayude con las compras?

Endurece la expresión de la cara. Dice que no, que gracias, bien bajito. Va a ir hasta una chacra vecina a buscar nísperos.

Sale y deja la reja abierta, atolondrada, con la cabeza hecha un nido. El sombrero, lo veo de atrás, baila sobre el cráneo diminuto. La espalda arqueada hacia adelante levanta una joroba suave, apenas perceptible de perfil.

Mi abuela se achica, que es otra forma de desaparecer.

La sigo con la mirada hasta que se pierde por la esquina del terreno, la de los perales. Distingo sus piernas flaquísimas, los talones hinchados y la sombra de su barriga ancha. Dos gatos grises, muy flacos, van alrededor de sus pasos.

Recién entonces me doy cuenta de que está en camisón. Me fastidio por no haberlo visto antes. Pero ella ya se alejó lo suficiente, y estamos solas en kilómetros.

Después vuelvo la vista a mis pies: encuentro la tijera enredada entre los dedos y un corte superficial sobre el empeine derecho del que se escapa, rojiza, una gota de sangre.

—¿Qué está pasando, Ana?

Mamá aparece por la puerta principal y se queda ahí, apoyada sobre el marco, con los brazos cruzados. No sé muy bien qué decirle.

Las cosas con mamá están todavía algo frías. Cuando llegué nos dimos un primer abrazo árido y enseguida nos ocupamos del resto. La abuela, la casa, la tierra. Poco más.

Dos grandes lágrimas se me escapan de los ojos y van a escurrirse hacia el pecho. En segundos lloro como no lo hacía en años.

Mamá se acerca sorprendida, como si nunca me hubiese visto así. Y si bien yo no soy de llorar, ahora lo hago con una fuerza que desconozco: lloro por la abuela, y por mí, y por nosotras tres en esa casa enorme llena de fantasmas.

Lloro también por papá.

Mamá está asustada. Se queda a una distancia prudente, como si rodeara un fuego imprevisto. Después me calmo y dejo que se acerque, que me consuele con el abrazo asimétrico de su pecho.

De a poco el llanto se vuelve un quejido como de animalito. Aprieto los párpados y retengo el aire en el pecho, para evitar que siga.

—Anita, hija, ¿qué está pasando? —repite ahora en otro tono.

Por la tarde salgo a correr. No es algo que me guste ni que extrañe especialmente. Más bien, extraño nadar. Abrir las piernas y los brazos hasta despegarlos del cuerpo en un movimiento continuo, elástico, hacia adelante, capaz de tensar cada músculo, como un pez o un pájaro que va perforando la resistencia del aire.

Fue capricho de papá que aprendiera a nadar. Lo hice en la pileta primero, y después en los lagos, en los que dejaba el cuerpo quieto, en cruz, suspendido en el agua helada.

También fue por él que empecé a manejar.

La quietud agota más que el movimiento, solía repetirme.

Ahora extraño nadar, desperezar el cuerpo en el agua. Pero acá no hay piletas ni ríos ni nada similar.

Así que corro, nomás, como espantada, en cualquier dirección,

durante un rato largo, hasta sacudirme del cuerpo todos los pensamientos.

Vuelvo casi al anochecer. Algunas luces se encienden en la pelusa de la tarde, sobre el bajo vientre de una loma lejana.

La abuela está sentada en la galería, hojeando una revista vieja. Olivia, arrodillada unos metros más adelante, con el último aliento del sol, cava un pozo de poca profundidad, usando la mano como rastrillo.

La luz de la tarde mancha de tiza las baldosas del frente.

Le pregunto a la abuela cómo se siente, cómo le fue con los nísperos. Ella no escucha, o no entiende, o no quiere entender. Tampoco me mira. Hojeando aún la revista, me dice, en cambio, que hay problemas con los pesticidas. Otra vez.

Yo la escucho sin decir palabra. Busco rastros del episodio del camisón, de apenas algunas horas atrás.

Olivia, mientras tanto, encuentra algo en el pozo.

—¿Ya fuiste al cementerio? —me pregunta la abuela.

Yo niego con la cabeza.

—Deberías ir, Anita.

La abuela hunde la cara entera en una taza de té. Después la deja a un lado y vuelve a mirar la revista.

—Está en Córdoba, el cementerio. Cosas de tu mamá.

Olivia levanta algo lleno de tierra entre las manos. Le entra, con dificultad, en el puño cerrado. Con el dobladillo de la pollera, limpia un poco la tierra de eso que parece ser un pastillero. La abuela todavía no me mira. Creo que está enojada.

—No sé si vaya —le digo.

Las dos, en silencio, miramos a Olivia, que logra abrir la cajita oxidada. Adentro hay más tierra.

—¿Lo extraña? —pregunto.

—¿A quién?

La abuela gana tiempo. Yo no le respondo.

Se levanta, con cierta dificultad, y dice que está refrescando. Olivia la ayuda a incorporarse. Cuando la abuela entra, ella vuelve a inclinarse sobre el pozo. Sigue escarbando, con las uñitas

enlutadas de tierra.

Yo junto aire y entro a la casa a buscarla. Su pieza está vacía y a oscuras. También la de mamá. Voy entonces hacia la puerta siguiente, la de mi cuarto, y la encuentro hecha un bulto sobre el acolchado.

—Ayudame, Anita —me dice, todavía dándome la espalda.

A la noche busco señal. Me alejo caminando hacia una luz malva que parpadea en el norte.

A Mara le hablo de esa luz. No le cuento nada, o casi nada, de lo que pasa. Le hago, en cambio, un comentario detallado de las cosas que encontró Olivia, hace un rato nomás, escarbando en el frente. El terreno, yo misma lo vi, está poceado por todas partes.

Mara me pide fotos del cielo. También de Olivia.

Después hablamos de la casa y de la obra. Apenas están terminados los cimientos, y ya algunas cosas se complican. Ella, que supervisa todo, no está segura de que así, como la pensamos, quede bien. Hay un cedro, viejísimo, que va a entorpecer la vista de la ventana. Dice que el tronco está envuelto en las ramas de una planta parásita. Lo va ahorcando. Ya averiguó: sacarlo sale una fortuna. Lo mejor, le aseguraron, sería quemarle las raíces y esperar a que se seque.

Mientras tanto, mientras toma la decisión, suspendió por unos días la obra. El material que no se usó todavía está guardado en la sala. Tiene miedo de que afuera lo roben.

Pienso: hay una casa deshecha dentro de otra casa. Como esas muñecas rusas, de madera hueca, que guardan tantas otras dentro de sí.

El asunto del árbol la inquieta. Yo soy incapaz de opinar. No sé qué tiene de malo abrir la ventana y ver el árbol sobre el ventanal. No tengo fuerzas para discutir y le aseguro que lo que ella decida para mí va a estar bien. Desconfía, aunque no pelea. Me cuenta del trabajo en la farmacia, como para cambiar de tema.

Siento el cansancio pesando en los hombros y la despido apurada.

Hago pis y me meto en la cama. Sin cenar, me quedo dormida.

Esta vez no sueño.

Me despierto transpirada, ya de madrugada, y siento un llanto parecido a un aullido. No logro distinguir de dónde viene. Desde la cama veo la luna, blanca y redonda, alumbrando el contorno de los pocos muebles que hay en la pieza.

Me siento inusualmente descansada. Soy capaz de percibir la textura de las sombras y el latido de la luz sobre la superficie de todas las cosas. Me levanto, me calzo y salgo al pasillo.

Todavía escucho el llanto. No es en la casa.

Me envuelvo en un saco viejo que suele usar mamá y salgo por la puerta trasera al jardín. Ahora el sonido se escucha más fuerte. Parece un quejido. Afuera todo es penumbra: todo menos la casa del fondo, la de los idiotas. Arriba, en el altillo, está prendida la luz.

Más atrás, adormilada contra el cerco, descansa la única vaca que el abuelo decidió conservar para tener leche fresca. Está bajo una especie de quincho, rodeada de heno. El olor es insoportable.

Me acerco por el camino de piedras blancas hasta la puerta principal, liviana, con los pies como plumas. De a poco, recupero la vista en la oscuridad. Un viento fresco, inesperado, me sopla en la nuca y me eriza todos los pelos del cuerpo. Golpeo, tímida, una vez, y espero. Nadie sale. Golpeo de nuevo, esta vez más fuerte. Del otro lado, nadie responde.

Vuelvo confundida a la casa. Sobre el marco de la puerta, ya no soy capaz de oír el llanto. Antes de entrar, veo que apagaron la luz. Siento, otra vez, la noche arremansada.

Aun agotada, no logro dormir. La falta de aire es un aro que se cierra sobre la garganta, como la planta parásita del cedro. Dejo la ventana abierta, esperando la llegada de un viento, de una brisa, o quizás al fin de la lluvia. Todavía nada.

En el celular no hay mensajes de Mara. Solo una carita amarilla que sopla un corazón. Prendo la luz. Abro los cajones de la cómoda y encuentro un álbum de fotos entre la ropa vieja. El desquicio de cosas que desacomoda recuerdos es también un campo minado.

Las fotos son de un invierno, allá por el inicio de los años

noventa, en la casa, en el festejo de un cumpleaños de la abuela. La fecha, algo borrosa, está sobre la imagen en unos números naranjas, cuadrados como los de los primeros relojes digitales. Hay primos y vecinos, y otra gente que no reconozco. Están también los idiotas, junto a su madre. Papá debió ser el que sacaba las fotos, porque aparece solo en una, la última del álbum. En la imagen, el abuelo, alto, tiene la mirada severa sobre la escena. Es como si él mismo ordenara la imagen, como si estuviera fuera de ella. La abuela, en el centro, sostiene a sus nietos con ambos brazos mientras sopla las velas de una torta enorme de crema. Yo soy una nena de pocos años. Tengo un vestido de cuellos enormes y cara de susto. No sonrío ni miro a la cámara. Pablo, aunque es más grande, tampoco. Tiene además un gesto raro, una expresión ya adulta, que se desdibuja en una mueca extraña.

Justo antes de que amanezca, siento por fin el viento corriendo al galope sobre el pastizal, levantando una nube de tierra que se confunde con la tormenta. Lo siento crecer y crecer, alborotando ramas y tejas, y espero que se vuelva una fuerza capaz de desenraizar los árboles añejos. Como una tromba, se arremolina sobre la casa y hace temblar los vidrios. Dura apenas unos minutos. Después, con la claridad, el viento cede y todo vuelve a la quietud. Entonces pienso en Bariloche, y en Mara. En los pies helados de Mara bajo las frazadas. En Mara de pie, esperando a que hierva el agua del té. Pienso en Mara recién salida de la ducha, su piel fresca resistiendo el aroma del jabón neutro. Mara frente al lago, dejando correr al perro, y luego corriéndolo sin alcanzarlo. Pienso en Mara y me tapo la cara con las sábanas. Quiero escribirle un mensaje desesperado, algo que la haga reír. Que la sorprenda en medio de algo.

La extraño a rabiar. Pienso en volver. Quiero volver.

—¿Vos mataste alguna vez un animal?

Mara, del otro lado del teléfono, hace silencio. Son más de las diez y está todavía en la cama.

—¿Qué decís, Ana? No te entiendo.

—Que si mataste alguna vez un animal.

A Pablo le regalaron un rifle de aire comprimido antes de cumplir los seis años. A los diez, ya le dejaban usar las escopetas. Decía el abuelo que matar un animal es el primer paso para convertirse en un hombre. Que un chico no deja la infancia, no empieza a alejarse de la niñez, hasta que no mata. Un insecto, un pájaro. Una culebra. Cualquier cosa. Un bicho chico, o herido. Una presa fácil.

Ya ni recuerdo qué fue lo primero que mató Pablo. Yo apenas sabría caminar para ese entonces. Después, cuando empecé a andar con él, lo acompañaba hasta un terreno baldío, detrás del galpón de la fábrica, en el que practicaba tiro. Pablo no tendría todavía ocho años. Con el tambor descargado, aprendió a hacer puntería y a martillar el gatillo: durante un tiempo, de espaldas a la empalizada, yo fui el único blanco.

Ya más tarde, cuando le tomó el gusto, ponía una hilera de botellas y latas sobre un tapial, se alejaba unos cuantos pasos y se paraba firme sobre la pierna izquierda apenas adelantada. Recién entonces empuñaba el rifle en el hombro, muy cerca del ojo, y se quedaba totalmente quieto, hasta que gatillaba. El balín salía con tal violencia que le sacudía el cuerpo y lo empujaba un poco hacia atrás. Con la mano haciendo visera, Pablo calculaba el tiro, como si estuviéramos muy lejos. Si acertaba, me hacía una seña, y yo corría entre los vidrios rotos a acomodar la fila de blancos sobre el tapial manchado de huecos. Nos íbamos recién cuando oscurecía o cuando ya no quedaba nada más por derribar.

Al tiempo de acompañarlo, le pedí que me dejara probar a mí. Primero me dijo que no. Con el tiempo, me enseñó a pararme y agarrar el rifle. Recién entonces, dijo, me iba a dejar disparar.

Nunca supe bien cómo, pero cuando papá se enteró, nos retó a

los dos. A mí, además, me prohibió volver al baldío. Yo entonces le pedí al abuelo que me regalara un rifle. También él se negó. Dijo que andar a los tiros no era cosa de mujeres.

Pocos días después, la abuela me pidió que la acompañara al gallinero. Estaba lejos de la casa, en un lote que pronto iban a vender, más cerca del pueblo. Caminamos en silencio, las dos. Yo cargaba la canasta de mimbre y algunos trapos; ella llevaba una bolsa de tela.

Le costó abrir el candado. El galpón olía a chiquero.

Las gallinas se alborotaron al vernos. La abuela iba abriendo las jaulas de madera, aunque muchas ya estaban rotas a picotazos. Yo sostenía la canasta, donde acomodaba los huevos que ella sacaba metiendo la mano debajo de las ponedoras, como si fuera el truco de un mago. Estaban todavía tibios. Yo les pasaba un trapo húmedo, para limpiarlos un poco, y los iba cargando bien ajustados unos con otros para evitar que se rompieran de un golpe.

La canasta ya estaba llena cuando se paró frente a la última gallina. El animal no parecía asustado, como el resto. Estaba más bien cansado. Tenía el plumaje sucio y revuelto. No había puesto huevos e igual estaba engordando.

La abuela sacó a la gallina de la esquina en que se arrinconaba y la llevó en brazos fuera del corral, al patio trasero. La apoyó sobre un banco de cemento, justo en el medio, y después de mirarla un poco me preguntó si quería matarla.

Yo, con la canasta todavía en los brazos, me quedé en silencio, mirándola. Sobre el buche tenía el plumón del pecho tiznado, ceniciento. Creí que no sería capaz.

La abuela no insistió. Me pidió que apoyara los huevos y que la ayudara. Dijo que lo íbamos a hacer entre las dos. Enseguida me explicó que había varias formas de matar a una gallina. Ella prefería degollarla. Lo dijo como preguntándome si a mí me parecía bien, así que yo fui asintiendo sin decir palabra.

La abuela agarró el cogote del animal, sin presionar demasiado, para mostrarme cómo tenía que sostener la cabeza. Mis manos tenían que quedarse quietas y altas, más bien duras, para resistir

cualquier movimiento y evitar que yo misma me lastimara. Ella iba a inmovilizar el cuerpo y maniobrar el cuchillo.

En teoría, todo parecía sencillo. Sin embargo, cuando me acerqué, la gallina —hasta entonces tan quieta— aleteó asustada y me golpeó con el pico recortado en el antebrazo, donde empezó a dibujarse una medialuna morada.

Yo retrocedí de un salto y empecé a lagrimear.

La abuela perdió la paciencia y me pidió que me alejara. De atrás vi cómo atenazó al animal inquieto entre las rodillas y, estirando del todo el cogote de la gallina sobre el banco, con la mano cerrada sobre el pico, hizo un único corte, limpio y transversal. La cuchilla provocó un estruendo metálico en el cemento. Una pequeña explosión.

Estoy casi segura de que cerré los ojos.

El cuerpo de la gallina convulsionó entre las piernas de la abuela un poco más. Después, ya quieto, lo dejó caer en el suelo. Tenía las alas plegadas hacia el cuerpo, las patas estiradas y las plumas encrespadas y revueltas.

Sobre el banco, junto a un manchón de sangre, esperaba la cabeza, con los ojos todavía abiertos, rígidos y suplicantes.

—Tirala —dijo la abuela, mientras se limpiaba las manos.

La agarré en mis manos y sentí su tibieza, y me alejé tan apurada por deshacerme de ella que olvidé los huevos prolijamente acomodados en la canasta enorme, que trajo después la abuela, junto al bicho desollado.

En los años buenos, los años en los que se hizo plata, el abuelo compró varias hectáreas alrededor de los campos, y más allá también. Pasando el pueblo. Buena parte de las tierras de la zona le pertenecían.

Fue para esa época que tuvo que contratar a un administrador. Él fue quien recomendó al ingeniero. Vivía en Buenos Aires. Venía una vez al mes, a veces incluso menos, en su camioneta plateada, importada. Hacían los tres unas reuniones muy breves, en el comedor, en las que a veces participaba papá. El ingeniero asesoraba al abuelo sobre el cuidado de la tierra, recomendaba

cultivos y pesticidas, y a veces incluso le facilitaba algunas ventas. Por eso, cuando venía el ingeniero, la abuela preparaba galletas, mamá se pintaba las uñas y el abuelo mandaba a emprolijar la cerca. Todos tratábamos de dar una buena impresión.

Después de las reuniones, el ingeniero nos invitaba a Pablo y a mí a pasear en la 4×4, con las ventanillas bajas, a mucha velocidad. Nos llevaba a tomar helado al pueblo y a los jueguitos, y después volvía por el camino de tierra, haciendo maniobras más bien bruscas. En las rectas aceleraba; las gomas de atrás hacían dos huellones tan anchos que borroneaban las marcas de la senda.

Hay gente con suerte, decía el abuelo desde el frente, la mano acariciando la barbilla, cada vez que acababan las visitas y el ingeniero salía con la camioneta por el guadal, desfigurando los surcos de tierra que las lluvias hacían en el camino.

La estancia en la casa duraba poco: lo que le interesaba al ingeniero era ir a cazar. La mayoría de las veces llegaba con amigos. Gente importante de otras provincias, que conocía poco y nada de eso.

En Miró no había demasiado para cazar; no existía en toda la pampa un animal sin dueño. Eso se lo escuché decir varias veces a papá, y después incluso a Pablo. El abuelo lo sabía, y quizás por eso se esforzaba por adornar esas excursiones que, cuando eran breves, duraban tres días.

Enfilaban para el este, sobre las camionetas, unos cuantos cientos de kilómetros. Paraban en un caserío al pie de un monte. Los Espíritus, o Las Casas. Algo así era el nombre del paraje.

En la cima, habían plantado una cruz de madera de figura humana que, desde abajo, donde vivía la peonada, parecía estaqueada en el cielo.

De día subían durante algunas horas a confundirse entre los espinillos y el junco seco, tirando a ciegas en la cima árida. De cuando en cuando, contaba el abuelo, encontraban algún gato salvaje. Mayormente había liebres. Y eran rápidas: les temían más a los chimangos que a los invitados del abuelo, que disparaban siempre a destiempo.

El abuelo, a veces acompañado por Pablo, mataba algún bicho y se lo adjudicaba a otro. Bichos chicos, que tiraba a los pies de los visitantes o mezclaba en los arbustos bajos, para hacerles creer que habían sido muertos por ellos.

Los hombres que iban a cazar con el ingeniero y el abuelo dejaban plata en las casas; para entonces, la necesidad por esa zona era mucha. En la tierra arcillosa, puro cascote, no crecía más que yuyo, y sin árboles los bichos se iban desinflando, metiéndose para adentro hasta enfermarse. Los hombres salían a levantar cosecha o a desmontar. Del tema de la caza se ocupaban las mujeres. Vendían pan y agua caliente. Alquilaban los cuartos, lavaban ropa, cocinaban. No creo que el abuelo ganara plata con eso. Más bien se sentía importante.

Por eso cuando Pablo dejó de ir, y los invitados empezaron a sospechar de la propia puntería, el abuelo no tuvo problema en convencer a las mujeres de las casas para que lo ayudaran a tirar el cuerpo de algún animal por donde andaban cazando.

Las cosas salían bien. Eran los chicos más chicos los que, ligeros, subían descalzos los peñascos bajos y se confundían entre los matorrales, con algún zorro muerto abrazado al pecho, para darle calor hasta el momento de soltarlo.

La caza, durante esa época, mejoró. Las excursiones se hicieron más frecuentes y en los caseríos ya se organizaban para recibir a los amigos del ingeniero, que mandaban a matar lechones enteros para asar mientras andaban en el monte.

Pero en una de las visitas algo salió mal. Una tormenta de viento levantaba hojas y tierra del suelo, y se hacía difícil adivinar el norte de los tiros. Los chicos, dos hermanos, esa tarde se movían por el perímetro a gachas, entre los cardos, sin dar con el momento justo para desprenderse de las liebres que llevaban todavía tibias entre la ropa.

Con el correr de la tarde, el frío se hizo sentir. La luz aflojaba y no aparecía la caza. El abuelo insistía en bajar. Las cosas se complicaban, y empezaba a percibirse el mal clima.

Los hombres se querían quedar. No aceptaban irse con las manos

vacías. Uno de ellos, el más joven, vio algo moverse entre las ortigas de anchas hojas dentadas. Un bicho grande, dijo. Siguió el sacudón de las ramas con el haz de luz de la linterna y, cuando lo tuvo a tiro, disparó a las rosetas.

Una bandada de benteveos levantó vuelo tras el estruendo.

—¿Vos mataste alguna vez un animal?

Mara, del otro lado del teléfono, hace silencio.

—¿Qué decís, Ana? No te entiendo.

—Que si mataste alguna vez un animal.

Mara se calla otra vez. Después resopla y dice que sí. Que una vez tuvo que sacrificar a uno de sus perros. Le pregunto por qué, y me dice que porque estaba enfermo y no tenía cura. No iba a mejorar. Yo me arrepiento de haber preguntado, y en cambio le hablo del viento de anoche y del ruido que escuché en la casa de los idiotas. Aunque sé que ella no escucha, no me está siguiendo. La imagino cerrando los ojos, tomándose los ojos, fastidiada, esperando el momento en que yo deje de hablar y haga un silencio lo suficientemente largo como para que ella pueda decirme que fue por piedad. Que al perro lo mató por piedad.

¿Cómo se llamaba ese paraje donde iban a cazar? Cuando corto con Mara, le escribo a Pablo. Me contesta muchas horas después. Se sorprende con ese mensaje, esperaba otra cosa. Tampoco me ayuda con el nombre. Dice que apenas recuerda esa época, y el accidente. El chico se recuperó rápido, no fue por eso que dejaron de ir. Pasó cuando el ingeniero se fue a vivir afuera y dejó de trabajar con el abuelo. Ahora, me dice, hay campos cerrados para ir a cazar bichos grandes, como ciervos y jabalíes.

—¿De las perdices que cazábamos, no te acordás?

El audio de Pablo es inestable. Siento como si me hablara desde arriba de algo en movimiento. Dice que yo aprendí ahí a tirar.

—Es imposible —le contesto—. Yo no aprendí nunca, nunca disparé.

Pablo se ríe, le reconozco la risa en la voz. Cree que yo recuerdo lo que me conviene. Reniego otra vez de la idea. Pienso que él se

inventa algunas cosas para confundirme. Me contesta: parece que ninguno tiene una verdad única, completa.

Pregunta qué tal encontré todo y cómo está mamá. Le miento.

Me dice que me escribe después, que está llegando al trabajo. Pero después no me escribe más. Pienso en una historia construida de a partes, como un caleidoscopio que desfigura la imagen final.

Me despiertan los golpes en la puerta. Mamá está preocupada porque no me levanto. Me dice, sin entrar a la pieza, que ya es hora de almorzar. Le pido disculpas, le digo que dormí mal, que los ruidos no me dejaron descansar, que ya me levanto. ¿Escuchaste los ruidos anoche? Ella no escuchó nada. Dice que tomó unas pastillas con la cena para el dolor de huesos. Que eso la hace dormir y que tiene algunas más, si necesito.

Analgésicos. Relajantes. Antidepresivos. Tiene de todo.

Yo le agradezco y me levanto.

Abrió las puertas y las ventanas, y la casa, así iluminada, así de aireada, parece más grande, como si se desdoblara sobre el terreno.

Mamá insiste en almorzar afuera, en la galería. En la cocina no se soporta el calor. Afuera tampoco, pienso, aunque no voy a contradecirla. Es el primer día desde que llegué que la encuentro de buen humor. También en la ropa se observa más alegre, juvenil. Lleva puesto un solero que revela un vacío sobre el costado izquierdo del pecho. Por encima, entre los breteles, asoma, como una mala costura de la tela, la punta de su cicatriz.

Mamá hizo ensalada y cortó queso y fruta fresca, platos que parecen sacados de una foto de revista.

Me cuenta, mientras arrima una bandeja, que un vecino le recomendó a un botellero para que se lleve algunas cosas rotas y otras tantas de poco valor. Podría venir el fin de semana, si sigue sin llover.

—¿Vos ya decidiste si querés llevarte algo?

Yo no quiero nada, ella ya lo sabe. Nada de lo que está en esa casa me interesa. Además, le digo, la abuela todavía no murió. Igual, le prometo que voy a mirar más tarde.

—¿Dónde está la abuela?

—Ahí anda, como vos, no la pude sacar de la cama.

Muerde un trozo de naranja y toma un trago de agua con limón.

Desde el fondo, aparece Olivia con un pañuelo mojado atado a la cabeza. Peinada así, parece mayor. En la mano izquierda lleva una botella de vidrio llena hasta la mitad con un líquido blanco.

Creo que es leche. Mamá la saluda de lejos con el brazo en alto y le ofrece algo de comer. Ella no la oye o no la entiende: responde que está buscando a la abuela. Algo seria, parada a unos metros de la mesa, escucha a mamá cuando le dice que todavía no se levantó y después, con la misma premura con la que llegó, se aleja de vuelta hacia su casa.

Mamá mira al frente y, en silencio, hurga otra vez en el plato.

Salgo por la tarde, cuando el sol cae oblicuo sobre la casa. A mamá le digo que voy a pasear. La abuela sigue sin levantarse.

Agarro la bicicleta de Pablo, que Octavio arregló para que pudiera usar estos días. La mía junta polvo en un rincón del galpón con las gomas pinchadas.

El calor afuera es infernal. Llego al pueblo en pocos minutos. La ruta está vacía. La chica del almacén, por la puerta entreabierta, me indica qué colectivo tomar para llegar al cruce. Ahí mismo hay un interurbano que termina en el cementerio en el que está enterrado el abuelo. Pasa seguido, dice para no desanimarme. Le compro una botella de agua y una bolsa de caramelos, y le pido que me guarde la bici hasta la tardecita.

El colectivo lo espero en la plaza. Un chico juega alrededor de algo que parece un busto desfigurado por un musgo entre verde y marrón, que oculta buena parte de la cabeza. El chico no tiene más de cuatro o cinco años. Es —debe ser— el hijo de la del almacén. Arrastra un camión de plástico entre los canteros. Por el sendero, llega a la estatua descolorida del prócer. Trepa por la figura hasta sentarse sobre sus hombros.

El interurbano aparece por la esquina y da una vuelta en U hasta detenerse delante del banco. Me subo sin apuro al coche, también vacío, y me siento bien atrás. El chofer, todavía dormido, baja hasta el almacén, llena una botella con agua helada y moja la gorra en la canilla de la plaza. Con la camisa entreabierta, húmeda en la espalda y arremangados los puños, inicia la marcha. Por la ventanilla, veo el camión de juguete abandonado al lado del monumento. El sol empieza a hacer una sombra corta y negra junto a los canteros. El chico ya no está.

El colectivo renguea sobre una diagonal ripiosa que desemboca en la ruta. En el asfalto caliente, agarra velocidad, dejando que el viento limpie el aire adentro. Para dos o tres veces. No somos más de seis cuando llega al cementerio. Espero a que bajen todos antes de hacerlo yo. Le pregunto a qué hora vuelve y cuándo pasa el último. El hombre sonríe y muestra sus dientes torcidos. Me dice que no me preocupe, que vuelve cada dos horas hasta bien entrada la noche. Viene él mismo, me avisa antes de que termine de bajar.

La del cementerio es una fachada irregular. Un arco desmoronado y descolorido, como bombardeado, inaugura el predio. Cuatro columnas de capiteles descabezados y, más allá, una garita y una mujer, muy anciana, sentada al costado de un puesto de flores. Es ella quien me indica cómo llegar hasta donde cree que puede estar el abuelo.

Le digo, medio en serio, medio en broma, que el cementerio parece más grande que muchos de los pueblos del camino.

Ella no escucha, pierde atención cuando se da cuenta de que no voy a comprar nada.

Avanzo por la calle central, adoquinada. Tras algunos pocos mausoleos muy antiguos, encuentro una hilera de lápidas austeras pero dedicadas, figuras en yeso, algunas palmas resecas y otros arreglos menudos. Un cartel a mitad de camino señala el pabellón de nichos hacia la izquierda, dispuestos sobre una medialuna, en forma radial. Más atrás, dos hombres plantan dentro de una zanja una docena de chañares. Sobre el frontón, la luz fija la figura esquelética de los árboles jóvenes.

Saliendo de la calle principal, a la derecha, están las tumbas más nuevas. Algunas tienen coronas y velas encendidas.

El terruño estriado de la entrada parece en esta zona cosido a cicatrices. La tierra seca, arenosa, se parcela en este punto con mayor precisión. Hay pocas lápidas bien identificadas. La mayoría solo lleva una cruz.

Me cruzo con algunas personas, dispersas, hasta que a unos metros reconozco el nombre del abuelo grabado en una piedra pequeña y blanca, como pulida. Hay también sobre el sepulcro, al

ras del suelo, algunos geranios marchitos. Me quedo a unos metros, sin decidirme a avanzar. Una mujer apenas más grande que yo se detiene frente a la tumba del abuelo. No la reconozco, ni ella a mí: desde donde estoy, adivino un perfil de rasgos bien definidos, la piel morena y el pelo largo, negro y trenzado, hasta la cintura.

Camino en dirección opuesta hasta quedar frente a ella, aunque bastante más lejos. La mujer espera un poco, mira hacia ambos lados y se inclina sobre la tumba. No llego a ver qué hace. El sol de frente no me deja abrir del todo los ojos.

Después se levanta, se limpia la tierra de las rodillas y se aleja apurada.

Espero a perderla de vista antes de acercarme. Noto esta vez la tierra húmeda y aún removida, desde donde nacen unas burbujas grises, muy chiquitas, que explotan ni bien tocan el aire. Unas larvas amarillentas salen también a la superficie, enredadas como raíces.

Por un segundo pienso que quizás, en un descuido, dejaron el cajón abierto.

Tiro tierra seca y hojas sobre la tumba. Un olor nauseabundo sube, de a poco, espesando el aire caliente. Me voy apurada, escondiendo la nariz dentro del cuello de la remera.

Vuelvo entre las callejuelas del cementerio al frente, donde la luz del color de los huesos, apenas tenue e inclinada, proyecta las sombras de las cruces más altas sobre el paredón. Hay todavía algunos responsos, en grupos más bien reducidos y apiñados.

Cerca de la entrada, la anciana ya no está, tampoco el puesto de flores. Junto a la garita, dos viejos esperan el colectivo. Uno de ellos fuma. Le pido un cigarrillo y me ofrece también fuego. Me pregunta de dónde vengo, y le digo que estoy parando en Miró, en lo de mi familia. El hombre asiente mirando al frente y dice ajá. El otro no habla.

Los caramelos se pegotearon con el calor. Me llevo unos cuantos a la boca, todos los de menta, y tiro el resto en el tacho de la garita.

El coche pasa un cuarto de hora después. El chofer es el mismo, solo que ahora lleva un pañuelo húmedo cubriendo la boca. Lo

enjuaga, antes de seguir, bajo la manguera que el sereno estira hasta la entrada para aplacar con una lluvia finísima de agua la nube de polvillo que levanta el viento norte.

Los hombres suben primero y se dirigen al fondo. Yo me siento sola, en la mitad.

El micro sale a la ruta justo cuando el sol se apaga y se funde en el llano. El cielo está brumoso, ligeramente rosado, y más pesado aún que por la mañana. La ruta también está más cargada. Los camiones se eslabonan en fila sobre el carril derecho, sin adelantarse. A los costados del pavimento, como ofrendas, un reguero de torcazas muertas forman un camino blancuzco, como de cal. Más atrás, otras tantas caen como lanzadas de un vuelo fúnebre.

Las miro con los ojos bien abiertos pegados al vidrio.

—No abras la ventanilla —me pide el chofer, que espía por el espejo retrovisor—. Están fumigando.

Más adelante, la marcha se detiene. Hay una fila de coches sobre la banquina y una docena de hombres fuera de ellos, observando el horizonte mientras atardece. Algunos hablan entre sí, otros filman con sus teléfonos el líquido pulverizado que descargan las avionetas a pocos metros del suelo.

Atrás mío, es la voz de una señora la que le pide al chofer que avance. Tiene pánico de quedarse ahí, y así, con las ventanillas cerradas, está faltando el aire.

El hombre cruza el micro al carril contrario, a toda velocidad, presionando la bocina. Un camión de pollos que viene a unos metros en sentido contrario hace luces, justo antes de pegar un frenazo que imprime una huella sombría sobre el asfalto.

Llego a casa a la hora de la cena. La bici la dejo en el frente. Veo, cerca del vivero, a Olivia, otra vez revolviendo el suelo. Alcanzo a sacarle una foto con el teléfono. La imagen está borrosa. Distingo el perfil espectral de Olivia inclinado sobre la tierra y se la mando a Mara, así, sin agregar nada. Quiero saber qué ve ella en la foto.

Mamá no está en la casa. La abuela, pienso, sigue encerrada en su pieza. En la cocina, parada junto a la ventana, ceno dos rodajas

de pan con manteca y azúcar. No tengo ganas de cocinar. Tampoco hay demasiado para comer.

Junto a la puerta, veo que dejaron un cajón de verdura para la abuela. Lleva su nombre pintado sobre la madera. Adentro hay algunas peras golpeadas, papas negras de tierra y dos atados de acelga de hojas marrones y enormes.

Abajo, al lado, sobre ellas, se amontonan algunas mosquitas y otros tantos insectos chiquitos, casi invisibles, que salen y entran del cajón.

Entre frascos y bolsas rotuladas, frutas llenas de hongos y paquetes abiertos y vencidos, encuentro una botella de vino abierta. Queda poco menos de un vaso. Lo sirvo.

Un gusto amargo, avinagrado, me golpea el paladar y me afloja cada extremo del cuerpo. Termino el resto de un trago.

Cruzo la puerta del fondo hacia el jardín, y después de algunos tironeos logro abrir el galpón.

Cuesta acostumbrar la vista a la ruinosa luz de la única bombita que cuelga del techo. Adentro es un mundo de cosas. Algunas sillas apiladas, restos de un juego de jardín roto. La cortadora de pasto. Los cuadros que mamá compró en una época y que el abuelo se negó a colgar. Todo está envuelto en plásticos y frazadas apolilladas que no cubren totalmente la superficie de las cosas.

Atadas a un clavo detrás de la puerta, veo dos bolsas de arpillera que reconozco enseguida. Adentro hay ropa, mayormente de la abuela. La del abuelo, supongo, mamá se la habrá regalado a Octavio.

Lo primero que saco es una bata de pana que la abuela usaba cuando me fui, doce años atrás. La tela roja está descolorida y una de las puntas del lazo parece desteñida con lavandina.

La bata, abierta de par en par, me resulta enorme para el cuerpo que ahora conozco de la abuela. Por lo menos, dos talles más. Supongo que por eso dejó de usarla.

En el fondo de la bolsa, junto a algunas medias sin su par, está también el delantal que solía llevar dentro de casa y que se sacaba solo para asomarse si alguien llamaba a la puerta. Y un sacón

pesado de lana gris topo, que se ponía desde la primera helada hasta la primavera, bien temprano, todas las mañanas, sin excepción, cuando en la casa se instalaba el frío y ella preparaba el desayuno para Pablo y para mí.

Meto la nariz en la tela fruncida, tratando de recuperar el aroma de esas mañanas como icebergs, en las que afuera la escarcha quemaba con su frío el pasto raleado del otoño, y adentro el día se demoraba en empezar, entre el olor a pan tostado y el vapor que escapaba del cacharro donde calentaba café.

Nada queda de eso en la bolsa. La tela apolillada solo huele a humedad.

Me pruebo el saco. Saco algunas fotos con el celular.

Me queda grande, ancho de espalda y largo, más abajo de las rodillas. Aun así, lo llevo sobre los hombros hasta la casa, lo cepillo despacio para no engancharlo y lo doblo, con cuidado, dentro de mi bolso.

Mara me llama y me pregunta por la foto. Le digo que es una adivinanza.

La voz de Mara se acerca y se aleja. Creo que no me escucha del todo.

Le cuento que esta tarde fui al cementerio.

Qué, me pregunta. Que por qué. No sé qué contestarle.

En mi familia siempre se pensó en la muerte. Era de las pocas cosas que podíamos planificar: qué sí, qué no. Como un manual de instrucciones. Decía el abuelo que era algo inevitable y que, por lo tanto, valía la pena hacerse una idea.

Cada tanto, con la noticia de alguna desgracia, volvíamos a hablar de eso. Los abuelos habían establecido indicaciones claras sobre aquellas cosas que jamás debían hacerse. Como cremarlos. Tampoco aceptaban donar sus órganos, ni querían que nadie tratara sus cuerpos, ya cadáveres, con ningún tipo de producto.

En general, eso de hablar de la muerte ocurría en la mesa, durante el único tiempo que pasábamos todos juntos. No mientras comíamos, eso lo hacíamos casi siempre en silencio, sino después.

Con la abuela, íbamos y veníamos de la cocina, sirviendo la comida y recogiendo platos. Mamá no, se quedaba sentada.

Pablo a veces para fastidiarme escondía un tenedor o volcaba su vaso. Entonces la abuela me mandaba a la cocina a buscar un trapo o un cubierto. Cuando volvía, él encontraba otra forma de hacerme levantar de la mesa.

Era nuestra manera de salir de la conversación y seguir jugando.

Entre la comida y el postre, mientras poníamos en enjuague los platos y en la mesa terminaban el vino, los abuelos conversaban.

A veces hablaban de política o de economía, cosas más generales. Era la abuela la que solía quejarse de algún tema relacionado con los campos, pero el abuelo no dejaba que la charla fuera en ese sentido. No quería que los demás opinaran sobre su trabajo.

En cambio, sí hablaban siempre, o casi siempre, de la vida de alguien más. Gente del pueblo. Separaciones, estafas, quiebras, lo que fuera.

Papá, cuando pasaba eso, salía a fumar al frente. No le gustaban los chismes.

También había muchos temas de los que nunca hablábamos, ni en la mesa ni en ningún lado.

En mi casa, así se hacían las cosas.

El abuelo fantaseaba con morirse durmiendo en su cama. Un día cualquiera, sin aviso previo. No quería tampoco ser una molestia para los que vivieran con él. No quería depender de nadie.

Tampoco, solía decir, podría aceptar una discapacidad. Si le ocurría algo grave, un accidente o una operación mal hecha, prefería morirse antes que quedar inválido.

Para él, no cualquier vida era digna de ser vivida.

Cada vez que decía eso —y lo hacía con bastante frecuencia—, la abuela se santiguaba.

Cada tanto, mamá le pedía que no hablara de esos temas delante de nosotros. Le parecía suficiente con que se lo dijeran a ella. Pero el abuelo insistía. Hay cosas que solo pueden hablarse en familia, solía decir.

A mí, que pudiéramos decidir sobre la muerte me resultaba revelador, quizás porque sobre la vida no tenía todavía demasiada libertad para hacerlo.

Recuerdo que había quedado impresionada con la historia de una chica algo mayor que yo, que un día desapareció en el monte y se mató de un escopetazo. La familia no la veló. Con la cuestión del suicidio, la policía se llevó el cuerpo algunos días. El abuelo dijo que la habían encontrado con el camisón manchado de sangre a la altura del vientre. Suponían que antes de morir había intentado un aborto. En cambio, dijo, el tiro en la cabeza había sido bastante preciso. Había logrado resguardar casi intacta su cara.

Soñé algún tiempo con ella. Por algún motivo, en el sueño las cosas se daban al revés: primero ocurría el disparo y luego, como un desajuste o un mal cálculo, el tiro le destrozaba el útero.

El abuelo murió de cáncer después de dos años de tratamiento. Lo velaron en la casa, en su cama, como se acostumbra todavía acá. Fueron casi dos días. Yo no quise, no pude. No llegué a tiempo.

Recuerdo que la primera vez que le conté a Mara lo que pensaba sobre la muerte se asustó. Nunca había compartido esas ideas con nadie, ni siquiera con los míos. Pero con Mara era diferente. Sentía que tenía que pensar en eso. Pensar en el final. Y que ella necesitaba saberlo.

Por eso le pedí que, si algo me pasaba, no me enterrara, ni ahí ni en ningún lado. Quería que cremara mi cuerpo y tirara las cenizas en cualquier lugar con agua, correntosa o marina. Le aseguré que lo había pensado mucho, quizás por años, y que esa me parecía la mejor opción.

Tampoco quería que me velaran.

Además, por supuesto, me interesaba saber qué pensaba ella de su propia muerte.

Esa vez Mara estuvo un buen rato desconfiando de que yo estuviera bien. Al fin me dijo que lo iba a pensar, pero no hemos vuelto a hablar del tema.

Esta tampoco parece ser la mejor oportunidad. Después de un largo silencio, miro la pantalla ya sin luz. La llamada se cortó

minutos atrás.

Me desvisto por el pasillo. Ligera como un ánima, cruzo el comedor y me meto en la ducha. Estoy llena de tierra. Durante el baño, mi cuerpo transforma el agua caliente y cristalina en un río de lodo tibio que cae por mis piernas, dibujando gruesas líneas marrones que se pierden, juntas, por el desagüe.

Me enjabono y enjuago a la par. El agua comienza a enfriarse hasta que se corta. Asomada a la ventanita del baño, en puntas de pie, veo que afuera empieza a lloviznar. El cielo está oscuro, como el buche de un tero. Envuelta en la toalla, cruzo el pasillo y me acuesto con el cuerpo todavía mojado sobre las sábanas también limpias.

Estoy cansada.

Unos segundos después del primer relámpago, un rayo calienta el aire y engorda un trueno que sacude la casa. Tiembla la tierra y así queda, latiendo bajo los cimientos.

Poco después, me duermo y escucho, o creo escuchar, la lluvia copiosa anegando el terreno.

De madrugada me despiertan los gritos, otra vez. Sin salir de la cama, me asomo a la ventana y veo, como la noche anterior, la luz encendida en la casa del fondo.

En el teléfono, encuentro un mensaje de Mara. Es la foto de un listado que escribió a mano alzada.

Cosas que descompone el tiempo:
Los caminos
Los restos orgánicos
El papel
Las cenizas
El pelo, las uñas, la piel
Los huesos
Un paisaje
Los mandatos

Un refucilo descarga su claridad blanca como un flash sobre el terreno. Afuera todavía llueve. Escucho de nuevo el llanto. Se acerca y se aleja con la dirección del viento. Esta vez no me levanto: me escondo bajo las sábanas, como cuando era chica, y así, agazapada, me quedo dormida.

Había cumplido once años cuando menstrué por primera vez. Y aunque ya no era tan chica, no tenía una idea clara de lo que estaba pasando. Desde hacía días me sentía incómoda con mi propio cuerpo, como si llevara un traje pesado en lugar de piel. El pecho, algo hinchado, empezaba a asomarse por el escote, y ya no podía, no sabía, disimular el vello oscuro de mis axilas.

Tenía a mi favor todo un invierno por delante.

Pero entonces, esa mañana de otoño, una mancha roja del tamaño de un botón apareció en medio de mi bombacha blanca. Corrí al baño y esperé sentada sobre el inodoro; después de un rato, un coágulo, como una cuchara de compota, se desprendió de mi cuerpo. Me acerqué para mirarlo en detalle: unos hilos muy delgados y rojizos, como una estela, lo acompañaban en su camino al fondo del inodoro, teñido enteramente de sangre.

Esperé a que Pablo se fuera. La abuela, la única que estaba en la casa a esa hora, me fue ayudando del otro lado de la puerta del baño. Cuando sentí que estaba preparada, la dejé entrar. Me explicó lo que estaba pasando y cómo hacer para cuidarme. Todavía dentro del baño, me dijo que a partir de ese momento era capaz de concebir un hijo.

Cómo, exactamente, no lo mencionó.

Sin mayores detalles, además, dijo que iba a tener que cambiar algunos hábitos porque ya no era una nena, sino una mujer.

Ese día falté al colegio, como era costumbre en esos casos. La tarde la pasé boca arriba, en la cama, cerrando las piernas para que no se escapara nada más. La panza crujía en espasmos que se estiraban desde el abdomen hasta la punta del pie. Pero yo no me quejaba, me tragaba el dolor. No quería salir de la pieza. Miraba las constelaciones que la humedad dibujaba sobre la cal del cielorraso envejecido y hacía un esfuerzo por pensar en todo eso que la abuela me había dicho.

Pero no se me ocurría nada.

Para la tarde, imaginaba, ya lo sabrían todos en la escuela. Luego se

extendería, como una corriente de aire, a cada casa, y de ahí entre los hombres más jóvenes, y luego entre los más grandes, hasta llegar a oídos de mi abuelo.

Me aterraba pensar en salir de casa otra vez.

Yo no era ninguna excepción. Lo mismo le pasaba al resto de las chicas del pueblo. A veces faltaban más de un día al colegio. Llegaban a demorar una semana. Volvían diferentes: la mirada esquiva, la mueca de disgusto, y el terror, en cada movimiento, de manchar algo más, cualquier cosa, por culpa de un paño mal puesto.

Vivíamos ese tiempo de transición en soledad, como si estuviéramos enfermas. Sentíamos ansiedad y vergüenza. Castigábamos y celebrábamos esos cuerpos, casi al mismo tiempo. Había mucho que aprender, pero eso también lo hacíamos sin palabras. Con nuestros olores, nuestras manos, nuestros dolores.

No hablábamos con nadie, ni siquiera entre nosotras.

Yo tampoco quería hablar, lo único que quería era que esa sangre desapareciera: esperaba que avanzaran los días, con la fuerza de una locomotora, aplastando el presente para dejarlo atrás lo antes posible.

Pero los días se estiraban como elásticos, y las manchas aparecían por todos lados, sobre las sábanas y en el delantal, y en pequeñas gotas inquietantes sobre la losa del baño, mientras crecían las tetas y se ensanchaban las caderas.

Hice grandes esfuerzos por dejar de comer. Quería domesticar la forma de mi propia figura. Perdí varios kilos, llegué a desmayarme unas cuantas veces. Me hacía pequeños cortes en brazos y piernas; no llegaban a cicatrizar que ya raspaba nuevamente sobre las heridas hasta hacerlas sangrar. Me salieron llagas y luego costras, y después la piel volvió a sanar. Volvió a ser fuerte y hermosa.

Mi plan no funcionó. El cambio en mi cuerpo era irreversible.

La luz se tragaba la noche, y la noche, al día. El paso circular, irremediable, del tiempo no hacía más que angustiarme. Me sentí vencida, doliente, sola.

Después de algunas semanas, el ciclo volvía a empezar.

Había dejado de ser la nena que era. A partir de entonces fui una persona distinta. Una parte de mí ya no me pertenecía.

Así fueron, para mí, los primeros días como mujer. Y los meses siguientes: un calendario en la última hoja del cuaderno de clases, hecho a mano alzada, en el que marcaba mis periodos dentro de un globo rojo. Los días felices y los otros.

Especialmente ese año. Ese que fue, también, el año de la sequía.

La noche de esa primera vez, mi primer día como mujer, para la cena, prepararon una pequeña celebración en casa. Papá trajo un ramo de flores blancas, silvestres, que acomodó en el centro de la mesa, dentro de un jarrón demasiado alto. Los tallos se amuchaban en la boca de cerámica del florero, ahorcando el ramo.

Mamá me prometió comprar ropa y la abuela, en un sobre, me dio algo de plata.

El abuelo, en cambio, me regaló un ternero que entró a la casa poco después de que nos sentáramos a la mesa. Lo hizo pasar junto al casero. El animal temblaba en medio de la sala. La abuela lo recibió entre sus pantorrillas y le frotó el cuerpo con parte de su saco para animarlo.

Al ternero se le veían tirantes, bajo la piel, todas las costillas. Yo me apuré a acercarme. Le acaricié el lomo tibio, algo confundida.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

Por decir algo, dije que era lindo, o suave, ya no me acuerdo, y que lo iba a llamar Iván. El abuelo sonrió y trató de explicarme que no era una mascota. Que podía comerlo, venderlo o hacerlo tener crías. En cualquier caso, era mejor no encariñarse con este tipo de animales. Más en tiempos como ese.

Yo lo miraba atenta, no sabía qué decir. Me alejé del ternero, que empezó entonces a hacer un quejido sofocado que al rato me produjo llanto. La abuela le pidió al casero que lo sacara de la casa mientras cenábamos.

El abuelo se fastidió.

Mamá me tironeó del suéter y, acercando su boca a mi oído, me retó en voz muy baja: yo tenía que agradecer y listo. Dijo que era lo que se hacía en estos casos. Papá me dio un abrazo algo frío y me

prometió que podía adoptar una mascota más adelante, si así lo quería.

Lo importante, me repetían todos, era que dejara de llorar.

Puse en eso toda mi energía.

Después de la cena, el abuelo sirvió licor en unos vasos chiquitos, y los mayores brindaron. Yo no, yo me fui a mi pieza casi sin comer.

La semana siguiente, cuando ya no sangraba y me sentí mejor, me llevaron de compras. La abuela eligió un vestido claro con unas flores rojas. Frente al espejo del probador, me sentí ridícula. Mamá insistió para que lo compráramos. No lo usé jamás.

Papá no trajo una mascota. En cambio, me regaló un diario íntimo, un cuaderno con candado, que empecé a usar a las pocas semanas, cuando él se fue.

Yo dejé de comer carne, pero en medio de tantas cosas que también pasaban nadie se dio cuenta. Por eso, cuando el ternero creció lo suficiente como para llevarlo a pastar, me ocupé de soltarlo cerca del espinal. Apareció muerto, en la ruta, dos días después.

El abuelo, furioso, me negó la palabra.

En casa, para esos años, nadie dormía en las noches. El sueño nos era más bien ajeno. El abuelo se levantaba de madrugada a fumar. En invierno, cuando las ventanas permanecían cerradas para evitar que entrara el aire helado, abría con delicadeza el portón del fondo y se quedaba un buen rato sentado sobre un tablón de madera que había puesto solo para eso. Fumaba envuelto en una bata de toalla azul que le cubría el cuerpo hasta los pies.

Desde adentro apenas podíamos ver su sombra erguida y el humo, como un témpano plomizo, instalado sobre él.

En verano, solía preferir la cocina. Armaba sobre la mesa el tabaco con los extremos de sus dedos amarillentos y fumaba uno o dos cigarros, echando las volutas de ese aire tiznado entre la celosía, antes de volver a la cama.

Para la misma hora, papá ocupaba la sala. Acostado en el sillón,

miraba la televisión hasta la madrugada. Como la transmisión se cortaba a medianoche, normalmente enganchaba programas evangélicos o avisos de productos de venta telefónica que no compraba nunca.

Todo lo hacía para evitar dormir con mamá.

En los años de las discusiones, la última época de papá en casa, Pablo se volvió sonámbulo. Se aparecía en la cocina, o junto a la cama de los abuelos, con los brazos lánguidos, colgados a los costados de su cuerpo adolescente, y la mirada perdida de un animalito enfermo.

A veces también hablaba: frases sueltas e inacabadas que no tenían sentido para nosotros.

Mamá empezó a tenerle miedo. Decía que le daba pánico encontrarlo en la penumbra.

El médico que consultaron entonces recomendó no despertarlo ni medicarlo. Papá y el abuelo vigilaban sus paseos nocturnos, que rara vez llegaban más allá de la galería.

Durante un tiempo, fueron los hombres los que ocuparon la noche.

Cuando papá se fue, el abuelo sugirió hacer otra consulta. Visitaron a un psiquiatra, en la ciudad, que le recetó una medicación que anestesiaba parcialmente su cuerpo.

Pablo no se levantó más. Por el contrario, su sueño se estiraba tantas horas que más de una vez mamá entró a su pieza para asegurarse de que estuviera bien.

También la vigilia cambió para él. Endureció el semblante, se volvió aún más silencioso. Yo pensaba en las palabras que no decía, en las que dejó de decir y le quedaban adentro, como un zumbido ensordecedor.

A la mañana sigue lloviendo. Todavía en la cama, llamo a Mara por el teléfono de línea. Está durmiendo, pero se despierta contenta. Le gusta escucharme temprano. Me cuenta que desayuna en la cama: allá hay sol.

Enseguida me habla de la obra. De los problemas de la obra. Resolvió lo del viejo cedro, aunque no me cuenta cómo. Los planes avanzan.

También me recuerda, entre otras cosas, que vuelva a hablar a la pileta. Llamaron hace unos días para ver cuándo volvía.

Le prometo que voy a llamarlos hoy mismo.

—Pero ¿cuándo pensás volver?

Le digo que no sé, y le pido que me escuche. Que preste atención. Sin más preámbulos, le cuento lo de la abuela.

El terreno está inundado. La tierra parece limo negro. Petróleo. En la calle, un río de barro arcilloso arrastra ramas y ripio. Huele a azufre. Mamá está en el frente, bajo la lluvia. Lleva puestas unas botas amarillas, de goma, que eran del abuelo. Con el secador empuja el lodo que avanza sobre la galería. Hace una fuerza fenomenal, del todo exagerada para ese cuerpo flaco y doblado.

En el fondo, mientras tanto, Octavio cava un canal sobre el perímetro del terreno para drenar el agua. Amontona tierra en una figura que la lluvia desarma entre sus piernas, como si fuera arena seca.

Junto a la puerta, distingo el lomo rugoso de dos sapos dentro del agua estancada.

Mamá pasa sin saludarme y me pide que vaya atrás. A lo de los idiotas.

—A dar una mano —aclara.

La casa de los idiotas tiene las puertas y ventanas abiertas. El agua amarronada marca un curso esquivo sobre las baldosas rojas. Aprovecho para acercarme hasta el frente. Olivia amontona cosas sobre la mesa principal. Se mueve como si hubiera hecho esto

mismo un millón de veces.

—Es el tiempo —me comenta, de espaldas—. Ahora llueve así cada vez más seguido.

En el piso, dispersos, tres ollas y un balde juntan el agua que cae del techo de adobe, por goteo.

Sobre el canto de la ventana, del lado de adentro, hay una fila de soldaditos de plomo que, parados de frente al exterior, parecen proteger la casa.

—Los encontró Octavio hace unos años —me dice Olivia, cuando se da cuenta de que los miro.

Los agarra uno a uno y los envuelve dentro de un paño que acomoda entre los frascos de la cocina.

Después, sin más palabras, pone en mis manos una caja plástica. Adentro hay de todo. Remedios, manzanas, algo de ropa.

Corro a la casa, con cuidado de no resbalar. Hago el mismo camino unas tres o cuatro veces, hasta que la lluvia amaina: se vuelve una cortina de agujas de agua finísimas y alargadas. Recién entonces mamá se descalza en el umbral y entra por el frente.

Está agotada. Me pide que haga algo caliente para tomar, que ella va a ducharse. Y que despeje alguno de los cuartos de la casa para los idiotas.

Nadie, en medio del caos, pregunta por la abuela.

Sirvo el té en unas tazas tan viejas que llevan nuestros nombres, el mío y el de Pablo. Son un regalo que una vez nos trajeron los abuelos de Mar del Plata, cuando fueron para un aniversario. Una de las fotos de ese viaje, ya desteñida en tonos corales, está en un portarretratos en el living. Es un plano abierto, a las caderas, con el mar de fondo. Un mar magenta.

—¿Te acordás? —le pregunto a mamá.

Pero ella no escucha. Fuma sin parar, inclinada sobre la ventana apenas abierta de la cocina. Está preocupada, quizás también algo cansada.

En el comedor unos ramitos de fresias han dejado caer sus pétalos sobre el camino blanco de lino.

Por el ventanal veo la camioneta del abuelo, el único auto que

tenemos. Está semienterrado.

La luz se cortó hace rato.

En una bandeja preparo el desayuno para la abuela. La habitación está todavía en penumbras, aunque es casi mediodía. Un olor agrio se mezcla con el aroma a naftalina que se instaló definitivamente cuando empezamos a sacar la ropa del abuelo de los armarios.

Ya no me acuerdo de cómo olían ellos antes, cómo olían sus cosas, cuando vivíamos todos juntos. Algo, supongo, del olor que todavía conserva su casa.

Descorro las cortinas. Por la ventana, la claridad riega el ambiente de una luz blanca que rebota en las paredes. La abuela, todavía dormida, hace un quejido de fastidio. No se siente bien.

Despierta con la boca abierta, los labios hacia adentro, tal como me imaginé que tendrían las momias, o los zombis. Se sacó los dientes postizos y le cuesta hacerse entender. Me pide que le alcance la dentadura que dejó anoche dentro del vaso, en el baño. Se la acomoda unos minutos después, con cierta dificultad.

Cuando instala por fin los dientes en la mordida, abre y cierra la boca un par de veces. Tiene un aliento extraño. Recién entonces me dice que le duelen los huesos. Es la humedad. Una tragedia, me explica mientras intenta incorporarse sobre la cabecera de la cama.

Parece desilusionada de haber despertado, otra vez. Un tipo de hastío que, imagino, solo podría sentir alguien condenado a vivir para siempre.

El volumen redondo de aire le hincha de a poco sus pulmones. La respiración pausada la adormece de nuevo. Una mosca se posa en su mejilla izquierda y camina hacia la nariz, sobre la piel salpicada de manchas. La abuela frunce los párpados y luego arruga la boca. Lleva la mano aún dormida a la frente y espanta al bicho.

Sobre la sábana, le masajeo las piernas y los brazos. Los pies están acalambrados y ligeramente azules. De a poco se inclina y me ofrece la espalda. Siento nudos y durezas, y la breve hendidura de su columna, arqueada hacia uno de los lados. Mientras la acaricio, para despertarla, le cuento de la pileta y de los chicos; cómo el agua despierta los cuerpos entumecidos de los chicos enfermos. No sé si

me entiende del todo: tiene los ojos cerrados, y la respiración lenta y profunda.

El pastillero junto a la cama está vacío. No queda una sola dosis para el resto de la semana y recién es martes. Cuando pregunto, la abuela me dice que anoche tuvo que tomar algo más, por los nervios. La tormenta no la dejaba dormir.

En el cuaderno hay una nota, un poco confusa. La escribió entre ayer y hoy. Las letras están encimadas. Entre ellas, distingo dos palabras: Olivia y Octavio.

—¿Qué dice acá? —le pregunto con la libreta en la mano.

Ella mira, aunque no ve. Dice que no se siente muy bien, que no llega a leer. Le alcanzo la lupa, pero vuelve a acostarse. Me pregunta de nuevo por la pileta. Habla como si fuera un río, o un lago. Una pileta entre las montañas.

Cuando por fin logro darla vuelta, descubro una corona amarillenta sobre el colchón, a la altura de la cadera. La sábana todavía está húmeda.

Con algo de ayuda, logra incorporarse. No siente fuerza, me dice, para correrse al lado seco de la cama. Tiene el pelo blanco ralo y sucio. La peino y le dejo el desayuno sobre las piernas. Pienso que es hora de hablar con mamá; no sé qué decirle ni cómo hacerlo. Quizás haga falta contratar a una enfermera, o que se la lleve con ella, a la ciudad.

Quizás sea hora de contarle lo que me pidió la abuela.

Pienso en eso cuando entro a la cocina. Mamá sigue fumando, apoyada en la ventana. Octavio prepara más té y Olivia, en una esquina, sobre el regazo, sostiene a un bebé.

Quedo en el umbral, inmóvil, como si hubiera chocado contra una pared.

—¿Vos sabías lo del bebé? —le pregunto en voz baja a mamá.

Mamá dice que sí, mientras pasa el secador por la cocina. Va borrando las pisadas ya secas que se confunden sobre el granito como huellas de un baile.

Afuera garúa. Octavio fue a ver los campos. Olivia duerme con el bebé en el sillón. Parece una nena arropando a un muñeco.

El chico debe tener un año, quizás menos.

Cuando termina de fregar, mamá me pide que la ayude con el colchón de la abuela. Lo sacamos al pasillo y hacemos un bollo con las sábanas, que va a parar a una pila de ropa húmeda. La casa es un hospital de campaña.

La abuela sigue acostada, ahora en la cama de mamá, frente al televisor. Mira un programa de esos de preguntas y respuestas. De a ratos la transmisión se entrecorta.

—La señal satelital a veces funciona peor que la antena —me dice mamá, como si hablara de la cabeza de la abuela.

Bajamos el volumen, corremos las cortinas cubriendo por completo la ventana entreabierta.

La abuela no presta atención; tiene los ojos cerrados. Sigue igual de sucia que hace un rato.

—¿De quién es el bebé? —insisto una vez que salimos de la habitación.

Al rato, el cielo escampa y el agua baja. El viento esquiva la casa. Sobre los árboles hay esa luz lechosa que sigue a la lluvia. Los pájaros cantan a los gritos, como hombres desgraciados.

Salgo con la bicicleta, aunque la primera parte la hago a pie, en el lodazal que es ahora el camino, saltando los charcos. A los costados, sobre el campo sembrado, se abren espejos de agua. Los teros, apenas sumergidos, pescan dentro de ellos.

Chispea algunos metros, solo de a ratos. Restos del chaparrón.

Veteado en tonos de lila, el cielo está sombreado por la panza de las últimas nubes.

Me vuelvo y veo, o creo ver, un animal precioso al otro lado del camino. Tiene el pelaje pardo y brillante, y aunque estoy lejos, me parece que me observa.

Cuando llego a la ruta, ya no hay rastros de la tormenta. El asfalto, apenas húmedo, viborea hasta hundirse en el horizonte. Pedaleo rápido. Busco el golpe de aire fresco sobre la cara. Huele a tierra mojada. De a poco, aflojo las cadenas y me paro sobre los pedales, dejo que la inercia me empuje. Un atardecer fucsia, como un

paredón, me espera por delante. Sobre el pedregullo, las ruedas sisean. Paso el cartel de entrada al pueblo y el corredor entre los árboles, y más allá el paisaje se urbaniza. Primero unas casas chiquitas y aisladas, en medio de las chacras, con sus techos de chapa plateados y brillantes. Después, cada vez más juntos, unos chalecitos más bien de otra época, con sus jardines y sus cercos de ligustrina. Parada a la altura de la iglesia, miro una en particular. La casa es grande, y algo vieja. Las persianas del frente están inclinadas, rotas. Es probable que esté vacía. Sobre la puerta, coronando un camino de lajas, un león de yeso cierra el paso.

Paro en el kiosco junto a la estación. Adentro del local falta aire. Pido una Coca-Cola y una computadora. Me dan la última cabina, al fondo, junto a la de una mujer que transcribe una carta hecha a mano. Mira la pantalla, escribe, borra. Mira el papel.

Me pongo los auriculares y elijo música. Después busco uno a uno los elementos de la lista que me indicó Mara. Cantidades, mezclas, efectos no deseados. Contraindicaciones. Hay videos, fotos, páginas con advertencias para menores.

El trabajo me lleva toda la tarde. El teclado de la computadora está pegajoso y algunos botones se traban si el golpe no es preciso, así que escribo con las manos abiertas, como tocando el piano.

Cuando termino, junto todos mis papeles y anotaciones. Antes de irme, borro el historial de navegación.

La mujer de la carta todavía sigue ahí.

El farmacéutico se pone los anteojos para leer la lista escrita a mano que le extiendo. El local está vacío. La mira de arriba abajo y desaparece por los estantes hacia el fondo. Cuando vuelve, me dice que tiene casi todo. Lo demás, lo dejo encargado. Compro también unos caramelos ácidos, pan fresco y vino. En la mercería, antes de que cierre, consigo hilo gris. Después me trepo a la bici y vuelvo, medio pedaleando, medio volando, bajo la intemperie fosforescente que es la noche pampeana.

Mamá me espera en la galería. Tiene ambas piernas apoyadas en

una mesa de plástico, petisa, que no recordaba. Me dice que aprovechó que la abuela se metió a trabajar en el vivero para ir sacando lo que el abuelo tenía en su mesa de luz.

—¿Vos sabías lo que había?

Dejo la bici y me siento con ella. Cómo iba a saber.

Sobre la mesa, dentro de una bolsa de tela, se enredan las pulseras metálicas de los relojes de la abuela. En medio de ellos distingo uno de bolsillo, que agarro con delicadeza. Tiene el cristal quebrado.

Mamá me dice que me lo quede y me señala otra bolsa, de menor tamaño. Una bolsa de plástico. Adentro, entre canutos de billetes y papelitos sueltos, brilla lustroso el tambor de un revólver.

—¿Puedo levantarlo?

Mamá lo saca con una franela y me lo pone entre las manos. Es un arma vieja, conservada como una reliquia. El mango es de madera, pesado, y el caño, corto.

—¿La querés?

Niego con la cabeza. Mamá me dice que las escopetas de caza que estaban en el galpón ya las vendió en el pueblo, pero cree que puede haber alguna más en la casa.

—No quiero que la encuentre antes tu abuela.

Le pregunto, en voz muy baja, qué va a hacer mientras tanto. Me dice, riéndose en una carcajada que crece hasta volverse un rugido, que mientras tanto la va a tener ella, ahí mismo, en su cartera.

Adentro de la casa, todavía en el living, Olivia trata de callar al bebé, que llora a los gritos. Le besuquea la carita, empastada de tierra, moco y lágrimas. Me pide que se lo tenga mientras va al baño. Octavio casi no lo soporta, son dos minutos, me dice.

Quisiera reaccionar, pero sigo parada pensando que quizás sea mejor que llame a mamá, o que lo dejemos en la cama, cercado entre almohadones.

Olivia no espera a que le conteste: acomoda al chico entre mis brazos, con cierto cuidado, y se va apurada al baño. El bebé pesa, más de lo que imaginaba. Se me pega, transpira. Da calor. Él

también siente el fastidio.

La boquita rojiza parece hinchada, como picada por un mosquito.

Despacio me siento en el sillón, con la espalda recta, y me aferro fuerte al chico. Tengo miedo de que se caiga, o de apretarlo demasiado. Eso pienso mientras el bebé transpira en mi regazo.

Al final lo desabrigo. La piel rosada bajo toda esa tela está algo paspada. Una erupción de granos chiquitos que bien podría ser piel de gallina.

El bebé se distrae; escucha a la madre a lo lejos y después me mira. Pone su mano húmeda en mi cara, a la altura de la boca. Luego intenta treparse y me pellizca el pecho. Cuando se acerca, siento un olor en su coronilla. Un olor que no se parece a ningún otro, en el solar apelusado del cráneo. Lo atraigo un poco más, hasta tenerlo justo debajo de la nariz, e inspiro profundo.

Prendo el televisor. El chico se hipnotiza con la fascinación de quien recién lo descubre. Ríe, con las risas grabadas de una comedia inglesa.

Cuando Olivia vuelve, el bebé ya no llora.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

—Jacinto —me dice—. Como el abuelo.

Octavio llega a los pocos minutos: se saca las zapatillas embarradas en la galería y pide permiso antes de entrar. Va a pasar directo al baño, avisa. Olivia dice que ella se va a la pieza mejor, así cambia al bebé. Que cualquier cosa la llame. Le doy el hilo gris que le traje para el bordado del elefante. Agradece, pero ya cambió de dibujo. Lo va a usar para algo más.

Olivia envuelve otra vez al bebé entre las mantas y levanta dos o tres juguetes del sillón. Después se pierde por el pasillo y, al final, cierra la puerta.

A la noche, cenamos solas las tres. Los idiotas dicen que con lo que comieron más temprano ya está bien. Que mejor se acuestan.

Pienso en el bebé, ¿qué come el bebé? Le pregunto a mamá.

—Leche, algún puré. ¿Qué querés que coma?

En la cocina, la abuela revuelve con la cuchara dentro del plato

hondo de sopa, sin probar bocado. Otra vez no encuentra los dientes. Mamá y yo comemos unos fideos duros y pegados. Aun así, con un hambre feroz, me trago dos platos.

Sin preguntar, acerco los vasos y sirvo el vino para las tres. Mamá propone un brindis.

—Por nosotras —dice.

—Salud —respondo.

La abuela levanta la copa, pero no habla. No tiene un buen día. Bebe un sorbo apenas y lo saborea largo rato. El vino se le escapa de la boca. Sorbe. Después corre el plato a un lado y apoya la espalda sobre los azulejos frescos.

Mamá derrama un poco de vino en la mesa. La mancha avanza rápido sobre el mantel, tiñendo de morado las fibras. Dibuja una herida enorme.

Mamá moja en el vino derramado las yemas de los dedos y nos hace una cruz en la frente. Alegría, dice.

La abuela se tienta de risa. Así, de repente. Se lleva la mano a la boca para taparse la sonrisa ahuecada y ahoga las carcajadas. Yo sonrío de verla reír así, desdentada. Mamá la mira sin entender. Al rato, sin saber por qué, reímos las tres.

Mientras lavo los platos, le propongo a la abuela salir al jardín.

El terreno sigue resbaloso, así que extiendo las reposeras bien cerca de la galería, apenas lo necesario para ver el cielo.

Está limpio, radiante: es un azul demencialmente perfecto.

La abuela levanta los ojos acuosos y dice que no ve bien las estrellas. Que hoy no ve bien.

—Son las pastillas —me dice ella.

—Y el vino —le digo yo.

Desde la cocina, llega el olor dulce de las castañas tostadas. La abuela sonríe otra vez y despliega las piernas hasta enterrar los pies, laxos, en el barro.

Batalla contra su propio cansancio. Después cierra los ojos, pero no duerme. Escucha al grillerío, como un lamento apagado, orquestar el murmullo de insectos que despertó la tormenta.

La lluvia todavía se huele en el pasto.

Le pregunto si quiere acostarse, y aún con los ojos cerrados me aprieta con todos los dedos el antebrazo hasta formar un globo blanco sobre la piel.

Me ruega, en un susurro áspero, que esperemos un rato.

—A ver si llega.

Alza el mentón, la mirada vidriosa busca y busca. Como si mirara hacia adentro.

Levanta una mano y espera.

Unos segundos después, hace un gesto de dolor, como si le atravesara el pecho una flecha.

Con sus últimas fuerzas, mamá arma en mi pieza la cama hospitalaria que usó el abuelo el último tiempo. El colchón es duro y está forrado en plástico. Las sábanas normales quedan chicas, el elástico se zafa por las cuatro esquinas, así que terminamos usando un mantel.

La cama es alta, un poco más de lo normal, y tiene unas barras laterales que la hacen aún más enorme. Ocupa ella sola más de la mitad del dormitorio. La ponemos contra la otra pared. Apenas si queda espacio para que pase la abuela.

Después de limpiarle un poco los pies, la acostamos entre las dos. No hay un gesto que me recuerde más a la infancia que lavarnos los pies antes de meternos en la cama. De tanto renegar, el abuelo lo había vuelto costumbre.

Una de las pocas costumbres que aún conservamos las tres.

La abuela parece contenta. Desde la cama, llega a ver por la ventana el único poste de luz en kilómetros. El que puso el abuelo, me recuerda.

Antes de dormirse, me pide que le cuente algo. De pie junto a la cama, le agarro la mano y le hablo de Mara. Es la primera vez que lo hago. Quizás debería contarle otra cosa, y hablarle de Mara otro día. Un día que esté lúcida, que me entienda. Quizás no haya muchos más, o yo no los vea.

Pero igual le cuento.

Las venas renegridas de las manos están hinchadas; crecen hacia afuera como las raíces.

Ella me pregunta si Mara también nada en la pileta. Creo que entiende que somos amigas. Por las dudas, sigo hablando. Un poco se lo cuento a ella, otro poco a mí misma. Cómo la conocí, dónde vivimos. Las preguntas que ella también me hace del pueblo, de la casa, de mi vida ahí. Le hablo de nuestros perros, de la obra que empezamos justo antes de venirme, a las apuradas, por lo del abuelo, y del viaje que le prometí que íbamos a hacer un poco más al sur, el próximo verano.

Mientras tanto, en algún momento, la abuela se duerme.

Me gustaría despertarla.

Por las dudas de que aún escuche, sigo hablando.

Cuando vuelvo del baño, entro a la pieza de mamá. Está tapada hasta los ojos, mirando una película en blanco y negro. La imagen se ve mal, hay una raya negra en el costado izquierdo del televisor. Me siento en la cama y le cuento que la abuela ya se durmió. Le pregunto si quiere hablar de eso. De la abuela.

Mamá me acaricia la cara, me dice que no me preocupe.

—Estoy hablando con los abogados. Apenas se pueda vendo todo y nos vamos.

Mamá parece segura. Me besa la mano y sigue mirando la tele. La transmisión va y viene.

Yo tardo un poco en reaccionar: no sabía cuánto necesitaba oírla decir eso, hasta que por fin lo dijo.

Me acomodo en el colchón, a su derecha, y me abrigo con el cubrecama. Mamá me envuelve en un abrazo abierto y me pregunta cómo van las cosas en Bariloche. Le cuento algo de la pileta y le digo que estoy pensando en remodelar la casa de papá. Agregar una pieza.

Mamá me escucha, aunque no me mira. Mira al frente, al televisor.

—¿Será Alzheimer? —pregunto.

Mamá encoge los hombros, no sabe. Dice que tiene todavía pendientes algunos estudios, pero que estas cosas son difíciles de diagnosticar.

Le cuento entonces lo que me pidió la abuela. Le digo que la

abuela quiere morirse.

Mamá suspira. Sigue sin despegar la vista de la pantalla. Sugiere que no me preocupe. La abuela también dice muchas pavadas.

—Además, hija, morirse es otra cosa.

Después de unos segundos, las manos frías de mamá buscan las mías, debajo de las sábanas. Se las lleva al hueco del pecho. Dice, en un susurro, que ella la entiende. Que no es fácil llegar a viejo.

Pienso en mamá y en la soledad de mamá mientras envejece.

Tiempo después de irse de casa, papá me dijo que en mi familia las parejas no se enamoraban ni se dejaban de amar. Se juntaban y se separaban en procesos mucho más complejos y dolorosos, de los que siempre surgía algo más que la suma de las partes. Y que por eso la vida con mamá no había funcionado. Él no podía dejar de ser quien era para ser otra cosa, algo más.

En el momento, la explicación me hizo acordar a los tumores de mamá. A sus dibujos. El verdadero problema de construir algo más, para mis padres, era que el resultado nunca era bueno.

Pero mis abuelos nunca habían dejado de ser quienes eran. Nunca se habían traicionado ni habían sido algo más. Este mundo que habían construido empezaba a desaparecer, en la medida en que lo hacían ellos también.

Además, ahora, pese a los episodios y las confusiones, reconocía en la abuela algo permanente, constante y auténtico, y hasta me parecía que desde que había empezado con los desvaríos la conocía aún mejor.

Recuerdo que con papá hablamos de eso la noche en que le conté que creía que me gustaba un chico. Me preguntó si estaba enamorada y me hizo dudar. Creo que no amé de veras a nadie hasta que la conocí a Mara. Me da pena que no haya llegado a conocerla a ella, ni a mí enamorada. Aunque también me alivia: en ese caso, hubiera comprendido que esa idea no tenía que ver con nuestra familia ni con nuestras costumbres, sino con otra cosa.

Es como si el amor, invertido, invertebrado, se hubiera salteado toda una generación.

El pelo corto lo uso desde los dieciocho. Me lo corté a los pocos días de llegar a Bariloche, cuando conocí a Mara, la tarde de la heladería. Yo tenía el pelo largo, pegoteado sobre la nuca por la transpiración. Compré un gancho rosa en la farmacia para atármelo hasta que pudiera lavarlo.

Verla fue como tocar un cable pelado. La piel morena se estiraba como una malla elástica sobre los huesos y brillaba. Llevaba un pañuelo en la cabeza, como alguna vez imaginé que harían las gitanas. Se lo sacó para mostrarle a otra clienta el color de su tintura.

Miré su pelo, corto y desmechado. Me pareció perfecto. Le dije que quería algo parecido.

Al día siguiente ella misma vino a casa y me lo cortó.

A las pocas semanas ya vivíamos juntas.

Hasta entonces, yo llevaba una melena larga y recta, un rubio dorado en varios tonos, casi blanco en las raíces. Era el corte que había usado desde que tenía memoria.

En mi familia las mujeres usaban el pelo más o menos largo. Incluso la abuela, con su cabellera ya canosa, lo tenía hasta los hombros.

Todavía hoy lo conserva de esa forma.

De chica, así nos dibujaba yo a las tres: unos cuerpos rectos de palo, larguísimos, con manos y pies ovalados. Los ojos bien abiertos y unos rayones de trazo grueso, insistentes, alrededor de las cabezas anchas como pelotas.

Recuerdo que era la abuela la que, en las mañanas, se ocupaba del pelo. Porque ese largo daba trabajo. Frente al espejo del baño, después de encontrar con un peine la raya al medio, me armaba dos trenzas sueltas a cada lado de la cabeza, que cerraba con un lazo cetrino hecho moño. Cuando cambié de colegio y traía piojos seguido, empezó a hacerme una única trenza, cocida y tirante, que al desarmarla me dejaba el pelo ondulado y revuelto todavía varias horas después.

Fue durante esos años que la artrosis le empezó a entorpecer los movimientos. Los dedos se enredaban en el cabello largo. Las trenzas salían con demasiado trabajo y cada vez más torcidas. Si de un lado tiraba mucho, del otro quedaba un globo flojo de pelo que estropeaba todo el peinado.

La abuela sufría. La veía a través del espejo, a mis espaldas. Se mordía los labios, los ojos se le volvían vidriosos. Y le cambiaba el humor. Me costó decirle que no lo hiciera más. Mamá no tenía tiempo. En cambio, me compró unos ganchos de brillantina violeta. Sostenían un rodete alto y firme que me hacía sola, cada mañana, antes de entrar a la escuela.

Fue mi abuelo quien empezó entonces a cuidar de mi pelo. Todos los domingos, mientras Pablo terminaba la tarea y la abuela, en el lavadero, planchaba los guardapolvos, el abuelo me sentaba frente al televisor del comedor y ponía una toalla alrededor de mi cuello. Primero, humedecía el pelo y recortaba las puntas rectas, justo debajo de los omóplatos. El filo de las tijeras me helaba la nuca. Después, hundía el cepillo en mi cuero cabelludo y arrastraba las cerdas, muy despacio, por la columna alta, estirando la melena hasta las puntas, bajo el aire tibio del secador. Lo hacía una docena de veces, desenredando cada posible nudo con el mismo peine, hasta que el pelo quedaba perfectamente lacio. Cuando terminaba, me levantaba la cara desde el mentón para calcular la simetría del largo frente al espejo, como un peluquero profesional. Recién entonces me dejaba ir.

Durante ese rato, el corazón me trotaba por el cuerpo, como encerrado en una jaula, empujando hacia afuera. Tenía tanto miedo de que pudiera escucharlo que tragaba saliva, una y otra vez, para sofocarlo.

Una noche, mientras cenábamos, le dije al abuelo que quería cortarme el pelo en la peluquería del centro, donde hacía pocas semanas había empezado a trabajar una de las amigas que había hecho en la nueva escuela.

A mamá la idea la entusiasmó. Dijo que tal vez me acompañaría.

El abuelo apoyó los cubiertos sobre el plato y los recogió, dando

por terminada la cena. Cuando volvió de la cocina, escondió su cara seca en la carne blanca y sin nervios de mi cuello, en una especie de despedida.

Me saco una foto con el teléfono, frente al espejo del baño, y se la mando enseguida a Mara. Estás tan distinta, me responde. El pelo creció casi hasta los hombros, y es evidente que perdí algo de peso. Tengo la piel opaca y la cara un poco huesuda, como me imagino la tendría alguien que lleva algún tiempo enfermo. Las cejas crecen como juncos sobre los ojos. Las clavículas, como dos lanzas, sostienen los hombros vencidos.

Apoyo la mano entera sobre el valle de mis costillas. Puedo sentirlas.

Después mido entre mis dedos los mechones plateados y desparejos que nacen de la nuca.

Le pido, entonces, que me diga cómo cortarlo.

—¿Lo hiciste vos?

A mamá el corte le gusta. Dice que me despeja la cara.

Dando unos golpecitos sobre la lona de la reposera, me invita a sentarme junto a ella, bajo la luz ondulante del sol.

La tierra traga el último rastro del aguacero. La resolana levanta vapor. Sobre el pasto se seca una arenilla rojiza que mancha la planta de los pies. Más allá, al filo del terreno, se amontona la hojarasca que la tormenta arrancó de los árboles.

Me estiro en la reposera abierta. El cielo es un tejido blanco. Unas nubes hinchadas se amontonan, a lo lejos, como nudillos, sobre un bosque de álamos. La forma arbórea de las copas se descompone hacia lo alto como si fuera humo.

Mamá me pregunta por la abuela, cómo pasó la noche. Y si ya sé cuándo me voy. Le digo que no sé. Calculo que será entre esta semana y la próxima. En la pileta ya piden que vuelva.

Ella resopla. Cierra los ojos y extiende de nuevo la espalda sobre la lona de la reposera. Y dice, después, que mandaron avisar de la farmacia que ya está listo lo que encargué.

La abuela se levanta sola. La encuentro en la cocina, buscando hambrienta algo que comer. Hoy se siente mejor.

Me siento con ella, mientras sopa unas tostadas en el té con leche. El pan se deshace dentro de la taza y se hunde hacia el fondo cerámico. Ella vuelca un poco cada vez que intenta, con la cuchara, pescar la masa deshecha.

Yo mordisqueo una manzana y tomo largos tragos de agua helada, mientras la miro comer. Le alcanzo el dulce de higos y una compota que preparó Olivia mientras estuvieron acá.

Ella come de todo, con voracidad.

Cuando termina, satisfecha, se limpia con el repasador toda la cara y me dice mirándome con cierta nostalgia: qué pena que ya no usás más el pelo largo.

A la hora de la siesta nadie duerme, salvo los idiotas, que volvieron a su casa bien temprano en la mañana.

El calor va llenando los ambientes; la casa abierta transpira.

Afuera, dos calandrias con el pecho amarillo limón buscan reparo bajo el alero.

El sol es incendiario: calienta el aire, achicharra hasta las ortigas y seca yuyos y espigas. En cualquier momento, pienso, todo podría arder.

La abuela, sentada en el frente, es la única que parece acostumbrada al calor. Se inclina un poco sobre la silla de mimbre: sigue con la mirada el paso de una fila de hormigas que avanzan disciplinadas sobre el cemento. Y dice, sin dejar de mirarlas, que pronto va a llover. Justo después de este sol hiriente.

Les propongo, a las dos, jugar a las cartas.

Pierdo un tiempo buscando un mazo en el desorden que hay. Mamá no ayuda: dice que está segura de que debe haber, pero que con la casa así, en este estado, es imposible saber dónde.

—En la pieza de Pablo, en el último cajón del escritorio —grita la abuela desde la galería, después de un rato.

La pieza de Pablo, como la mía, está intacta.

Sobre los estantes más altos, entre algunos manuales escolares,

enciclopedias facsimilares y diccionarios de español clásico, hay una serie de autitos y otras miniaturas coleccionables que el abuelo le compraba a Pablo con las revistas para chicos. En una de las puertas del armario, ahora vacío, todavía cuelgan dos afiches del Boca campeón del 98 y restos de unas figuritas del Mundial 94 que Pablo pegó sin permiso.

La única que todavía conserva, la que nunca despegó, es la de Maradona.

Del lado de adentro, en la misma hoja de la puerta, están las marcas de nuestras alturas, la de Pablo y la mía, según pasaban los años.

Y los dibujos, detrás del respaldo de la cama, de la época en que compartíamos la pieza. El suyo, una especie de gato salvaje, monstruoso, de varias cabezas, se conserva mejor. El mío, algo borroso, es un autorretrato de cuando tenía seis o siete años. La figura se desvanece un poco más abajo del pecho. Tiene escrito mi nombre al costado del pelo y una estrella de seis puntas, unidas con trazos precisos, que me había enseñado a hacer mi hermano ese verano.

Las cartas están, como dijo la abuela, en una bolsa, en el último cajón del escritorio, atrás de todo; hay varios mazos, dos juegos de dados y un cubilete de cuero grabado con figuras del Quijote, con el interior forrado en terciopelo verde.

Reconozco el olor que sale de la bolsa. El olor vacuno del cuero.

Después de contarlas, descubro que al único mazo más o menos entero le falta una carta. Pero no se lo digo a ellas.

Jugamos al truco y a la escalera. Mamá gana todos los partidos. La abuela, entusiasmada, golpea con el puño cerrado la mesa y dice, cada vez: uno más, el desempate.

Hacia el centro, a los costados, dentro y fuera del mantel, se van acumulando vasos sucios, cáscaras de nueces y compoteras.

Después de merendar, antes de que se vaya del todo la luz ambarina del sol, les pinto las uñas. Para las manos áureas de mamá, elijo el blanco abrillantado; el rojo oscuro, para las de la abuela. Para mí, el verde agua.

Les separo los dedos con servilletas de papel, que doblo varias veces.

Mamá se mueve demasiado; a la abuela, estar quieta le cuesta menos.

El barniz grumoso les mancha las cutículas.

Más allá de los campos sembrados, las tres sentadas, todavía en el frente, con las manos abiertas sobre los muslos, vemos cómo se apaga el día sobre la escollera crepuscular: cómo el cielo vira de rojo a naranja, primero, y luego a amarillo, como un fuego que arde hasta extinguirse. Es, por unos momentos, una llama blanca. Después, como si cayera un telón, se despliega la noche.

Las tres seguimos el espectáculo del tiempo con la mirada atenta.

Pienso, entonces, que cada familia tiene su léxico particular: el nuestro está lleno de silencios. Podemos estar horas enteras sin pronunciar palabra, entendiéndonos sin hablar.

Como hemos estado, mudas, por años.

Mamá se levanta de la reposera. Dice que estar tanto sentada le embroma la cintura y se ofrece a hacer algo de comer.

La abuela y yo quedamos en el mismo lugar: el corredor de la primera brisa. Siento que podríamos esperar ahí mismo a que amanezca.

—¿Cómo te imaginás que será morirse? —me pregunta al rato.

La miro: sus dos ojos, como cuevas brillantes, se fijan en la cúpula alta del cielo.

—No pienso mucho en eso —le digo—. No debería pensar en eso.

Veo su sonrisa ancha y la cara erguida al horizonte. Espera. Mastica. Aclara la voz y se le enciende la mirada.

—A cierta edad, uno no piensa en otra cosa.

Después de la cena, fumo sola en el patio de atrás. Hay olor a pasto recién cortado. Busco señal para llamar a Mara, pero el teléfono está bloqueado. «Solo emergencias», dice la pantalla. Lo prendo y

apago varias veces.

En la casa de los idiotas, sobre la ventana que da al fondo, se enciende una luz amarillenta. Reconozco sus sombras recortadas sobre la pared ocre, yendo y viniendo.

Me pregunto por el bebé.

Mientras tanto, en nuestra casa alguien abre la ducha. El martilleo del agua sobre la loza atrae a las luciérnagas, que parpadean intermitentes entre los arbustos que enmarcan la ventana.

La oleada de tierra e insectos que trae la brisa mancha el lienzo del aire.

Sentada sobre el banco de piedra, dibujando volutas de humo con la boca abierta en una O, miro el cielo azul metalizado que ilumina todo el terreno. Recuerdo aquello que decía la abuela, que era capaz de mover las estrellas con el pensamiento. Entonces me concentro, aprieto las sienes e intento con fuerza. En el fondo negro de los ojos, algunas luces duelen como pinchazos.

Después miro hacia arriba, y no distingo si algo se mueve o estoy mareada.

La luz raya caprichosamente el terreno, cifrando un sentido.

En la casa de los idiotas distingo el perfil de Octavio, que se acerca al de su hermana hasta que la luz vacilante forma sobre la pared del fondo una sola sombra, enorme y jorobada, de sus dos cuerpos.

La mancha sube inclinada por la pared, hasta desaparecer.

Algo a lo lejos, un disparo o una explosión, un fogonazo a campo abierto, me saca del trance.

Esta noche, todavía, la abuela duerme conmigo. Está sentada de lado, en la cama, cuando entro a la habitación. Tiene las manos impacientes sobre los muslos. Me acerca y la abrazo. Después me agarra la mano.

—¿Tiene miedo?

—Sí —me dice bajito, como si contara un secreto.

La ayudo a acostarse entre los barrotes de la cama alta. Acomodo los almohadones alrededor de los brazos. La sábana la

dejo doblada sobre las piernas.

La abuela cruza las manos sobre el pecho y mira al cielorraso.

—No creas que no me doy cuenta sola.

Le pido que descanse, que ya está bien.

—Mañana espera otro día —advierto.

—Si en la noche no nos visita la muerte.

—Quizás sea cuestión de paciencia —le digo.

Le beso los pómulos salientes. Y sostengo sus manos temblorosas hasta que cierra los ojos.

Recién entonces apago la luz.

Se acerca el otoño y empieza la cosecha. La empresa trae gente, otros tantos vienen por su cuenta. Las máquinas avanzan sobre los campos de maíz, dejando en el aire una franja de pelusa amarilla.

También se quema: la basura, las tierras secas, los pajonales. Cuando todavía no puede verse, el fuego se huele, se descompone en una ceniza muy fina que provoca tos y ardor en los ojos. Un polvo blanco y seco, ahuesado, que avanza manso sobre la tierra. El bicherío sale espantado entre los pastizales, como en estampida. Horas después aparece la columna de nubarrones plomizos, y el viento la vuelve una ola desproporcionada que cubre el cielo.

A veces, cuando todo eso pasa, se puede ver el fuego arder, como una raíz de brazos múltiples atada al suelo.

Desmalezan, sacan yuyo y queman; después roturan el suelo, lo preparan para la siembra. Aran. Y siembran, cosechan y siembran otra vez, una y tantas veces que la tierra vuelve a agotarse.

Entonces se van a otro campo, o se quedan en el mismo; rotan el cultivo y empiezan de nuevo.

Algo similar pasa con los días. Me había olvidado de cómo transcurren los días acá: se acumulan, todos parecidos, sin repetirse nunca. Como el cielo, los cielos, le digo a Mara. Igual, y todos los días diferente.

Como la abuela, pienso.

Mara me cuenta que allá los días empezaron a enfriarse y que la mayoría de los turistas ya se fue. Es la mejor época para la ciudad.

Me dice, además, que Nora, la de la pileta, tuvo un accidente. Que llamaron de nuevo para avisar y de paso preguntaron otra vez cuándo volvía.

A Nora la atropelló un auto, me cuenta, en la otra esquina del natatorio. Están pidiendo donantes de sangre. Mara va a ir por la clínica a la tarde.

Me disculpo por no estar, por no ayudarla. La extraño, y extraño la casa y la ciudad.

—Tu casa y tu ciudad —me recuerda—. Estas son tu casa y tu

ciudad.

Repito la frase, completa, y corto. Me acuesto en el piso de la pieza y descanso la columna sobre el frío de la baldosa. Entre las vetas de los listones de la madera del techo, distingo dos agujeros negros. Anchos y ovalados, mirándome como dos ojos ciegos.

Recibo un nuevo mensaje de Mara: ¿Estás segura?

Lo leo, pero no respondo.

Es todavía temprano cuando me levanto. Preparo unos mates en la cocina, tratando de no hacer ruido. La casa todavía duerme. Y duerme la luz, que es apenas una claridad quieta. Las ramas de los árboles del fondo y las cortinas, inmóviles frente a las ventanas cerradas.

Voy a la farmacia, pero esta vez uso la camioneta del abuelo. La rural. Adentro huele a cigarrillo y a humedad. Huele a viejo. Me imagino que así olía el abuelo en el último tiempo. Antes, aunque me esfuerce, no me acuerdo. Tampoco recuerdo muy bien su voz. Pasaron muchos años desde la última vez que la escuché.

La voz de papá, en cambio, la escucho clara. La tía me hizo una copia de los videos que grabaron el último cumpleaños que pasaron juntos.

Quizás, si no fuera por esos videos, también la habría olvidado.

A la vuelta, me prometo, esta tarde, voy a grabar a la abuela.

Prendo la radio, enciendo el motor. Me inclino haciendo rechinar el asiento. La palanca, rígida, se afloja después de las primeras maniobras.

La ruta a esta hora está vacía: apenas un par de camiones municipales sobre la banquina y otros dos, con acoplado, rumbo al oeste.

Sobre una tranquera, veo a un gaucho hablar por celular. Después cincha la montura y trepa a un caballo. Lo filmo con el teléfono desde el coche en movimiento y le mando el mensaje a Mara.

El pueblo también está manso por la mañana.

El farmacéutico toma mate en el frente del local con la señora,

que aprovecha que interrumpo para ir a calentar más agua. Me dice que consiguió todo. En el paquete, me avisa, manda también unos pañales que encargó mamá para la abuela. Sugiere que pruebe con eso.

Cuando termino, voy hasta la quiniela a sacar pasaje a la ciudad. De ahí, recién, puedo tomar el micro que va a Bariloche.

Hago un par de compras y, antes de volver, paseo un poco, con las ventanillas bajas. Reconozco algunas casas, la escuela de Pablo y el localcito de ropa que tuvo en un tiempo mamá, en el que ahora venden celulares.

Con el sol del mediodía, la calle queda desierta. Las sombras de los árboles se imprimen con exacta precisión sobre las veredas vacías. Los autos quedan subidos al cordón.

En los frentes de algunas casas, se cierran las cortinas. La panadería, sobre la principal, entorna el toldo sobre la vidriera.

Vuelvo por la ruta desierta. Frente a la casa, apago el motor y prendo la radio. Dos hombres leen anuncios de compra y venta de cosas usadas.

El sol impiadoso me hace cerrar los ojos. Reclino un poco más el asiento: la luz me abriga la panza.

Miro el frente de la casa: dos sillas vacías.

Bajo un poco la ventanilla, comienza a sonar la música.

Antes que termine la canción, me duermo dentro del auto.

Despierto empapada. La boca pastosa. Y el sol que ya entra inclinado por el costado.

Bajar del auto me lleva algún tiempo. Tengo el cuerpo entumecido.

La abuela está sentada en el fondo, bajo la enramada. Justo detrás bailan con el viento norte las sábanas blanquísimas de su cama, dos camisones y un bombachón que Olivia lavó un rato antes.

Un perro entra por un agujero en el alambre tejido y se acomoda entre los pies de la abuela. Un perro más negro que la rabia. Se lame el vientre sobre el pasto crecido. Después se acuesta arremolinado junto a su silla.

—Sabe venir a esta hora —me dice la abuela—. Busca a tu

abuelo. Se le aquerenció, vaya uno a saber por qué.

Pienso hace cuánto no escucho esa palabra de su boca, aquerenciar, y cómo me gustaba. Y me convenzo de que existe otro lenguaje, uno propio, en esta tierra, que también abandoné cuando me fui.

¿Cuánto de lo que soy les pertenece? ¿Cuánto habrá de quedar cuando yo también me vaya?

Me pregunto qué palabras, qué expresiones son enteramente mías; cuántas otras tomé del diccionario familiar; si aparecen, robadas, deformadas de su sentido original.

Me preocupa que las palabras que dejan de usarse mueran, caigan también al olvido. Que acabe con la abuela una forma de nombrar.

Me pregunto: ¿qué irá a pasar con todas estas palabras cuando nadie las nombre?

Entro a la cocina con el perro pegado a los talones. Le ofrezco un mendrugo de pan viejo en la palma abierta. Él empuja con su hocico mi mano y tira el pan al piso. Después se agazapa debajo de la mesa. Me mira desafiante con sus ojos oscuros, detrás del mantel.

Cargo un vaso enorme de agua con limón, bien fría, para la abuela.

El perro se resiste a salir de la cocina. Improviso un camino de migas hasta la puerta y otro tramo más sobre el pasto, hasta que llegamos junto a la abuela.

Le digo que me gustaría, si se siente bien, hablar un rato con ella. Y grabarla. Ella me mira con desconfianza. Después empieza a peinarse el pelo hacia atrás, con los dedos gruesos. Así me da a entender que acepta la propuesta. Quizás haya entendido que voy a filmarla.

Se toma su rato, igual, para contestar.

Primero aclara la voz como en un canturreo. Cuando aprieto el botón rojo, se inclina sobre el teléfono y habla en el micrófono como si estuviera frente a un auditorio.

Cuanto más atrás en el tiempo, mejor recuerda. Para otras cosas, más recientes, la memoria llega y se va de a ramalazos. Hace pausas, toma aire.

Entre otras cosas me cuenta, como si nos acabáramos de conocer, que ellos también fueron migrantes. Eran genoveses. Gente de agua.

Habían llegado embarcados, poco antes de la segunda guerra, después de cruzar durante veintisiete días un océano nuevo, en el fondo de un buque sin ventanas que se parecía mucho a un colmenar. Un lugar en el que apenas se podía dormir, dice.

Llegaron a Buenos Aires. Anduvieron por varios pueblos antes de instalarse en Miró. Primero se quedaron junto a algunas familias napolitanas, más al sur. Pero después, no explica por qué, decidieron irse por las suyas.

Empezaron a andar, los dos solos, cruzando la pampa hacia el norte. Arrendaron parcelas: aprendieron a sembrar, a cosechar, a esperar a que la tierra oreara.

Las manos se les llenaron de callos. A las nucas, las quemó el sol.

Llegaron a Miró algunos años después, con el cuento del pueblo vaciado.

Levantaron la casa sobre este terreno irregular.

La abuela hace una pausa. Se toma las sienes y vuelve a hablar, ahora en una lengua incomprensible. La boca hace un esfuerzo por seguir el ritmo del sonido, pareciera que las sílabas se le caen entre los labios. Por momentos se frustra. Entrecierra los ojos. Para y vuelve a arrancar. Repite palabras, a veces frases enteras; cada vez las pronuncia con mayor claridad.

Recién entonces la entiendo. Habla en italiano.

Acerco el grabador y le pido que vuelva a empezar. Esta vez lo hace de corrido.

Repite lo mismo que dijo unos minutos antes. De a ratos me pregunta, una y otra vez, vos entendés, ¿no?

Los abuelos rara vez hablaban en italiano. A veces los escuchaba discutir, en la cocina, con la puerta entornada, en un dialecto

enrevesado. Lo hacían a solas para evitar que los sintiéramos. Si estaban delante nuestro, apenas murmuraban alguna palabra.

Mayormente hablaban con gestos, con el cuerpo.

Para el resto, ese idioma cerrado y secreto era doblemente oscuro. Papá fingía no escuchar. A nosotros nunca nos interesó aprender. Solo mamá, de vez en cuando, era capaz de entender esa lengua agónica.

A ella también renunciaron, en algún momento, sin que nos diéramos cuenta.

Cuando hace una nueva pausa, le pregunto por Miró. ¿Cuándo fue que llegó acá, cómo fue?

La abuela entorna los ojos y me habla del viento que había ese día, el día que llegó al terreno. Dice que el vendaval era tanto que casi pega la vuelta ahí mismo.

El abuelo se había instalado unas semanas antes para levantar el rancho de adobe donde ahora viven los hermanos. Era entonces un poco más chico, dice moviendo las manos sobre la tierra. El piso era de barro, y no había más paredes que las cuatro que sostenían el techo.

Ahí se fueron a meter con mi mamá, recién nacida. Eso y el pozo de agua era todo lo que había. A la semana compraron una vaca, y aunque al principio daba leche, después se vino flaca y casi ya no daba más. Y entonces la hicieron preñar, flaquita como estaba. Pero los terneros se le morían adentro de no saber hacer. Y no insistieron más.

La abuela recuerda que se apuraron a lotear la tierra, aunque alrededor no había nadie en kilómetros. Solo un viento que arqueaba los árboles. Y más allá, el pueblo, recién nacido, donde cada día llegaba más gente. Que lo primero que puso, sobre la pared apenas encalada del fondo, fue una foto de sus padres envuelta en plástico. Así como la guardaba la fue a poner. Y una crucecita de madera, justo arriba de la cama.

Que armó un fogón en una esquina, y colocó unos estantes, bajo la ventana, algo que el abuelo ni había pensado, porque hasta entonces no cocinaba más que lo que podía hacer sobre la chapa y

la brasa, en el fondo, donde por meses quedó el yuyo negro hasta la raíz de tanto quemar.

Después, a los dos años, terminaron la casa, en tiempo de sequía. No era tan grande como ahora, pero tenía lo esencial. Para esa época también levantaron el corral y trajeron animales. Las cosas, dice, fueron mejorando. Compraron el terreno de al lado y el campo detrás de las vías. Tierras que fueron vendiendo años después.

Atrás los molinos, dice. Adelante, más allá de los rieles, nada.

—¿No sabían ustedes que acá había habido un pueblo?

La abuela se encoge de hombros y dice que sí, pero que acá entonces había pueblos en todas partes. Y trenes. Pueblos y trenes.

Mientras se ablanda los nudillos, entre las mismas manos, dice que la gente se fue quedando en las ciudades, acá solo venían para la cosecha, unos días, y se volvían a ir. Poco llegaba. Por eso el abuelo hizo traer hombres de Córdoba, donde la cosa ya andaba mejor.

—Menos tu papá, fue el único que vino solo. Nos fuimos a enterar después que se venía escapando de otro campo en Santa Fe, y antes de eso, creo, si no recuerdo mal, de los quebrachales, donde también había tenido su lío. Se decía que era de alborotar al peonaje con cuentos.

La abuela se acomoda en la silla, arrima las piernas.

—A mí igual me caía bien, no andábamos preguntando tampoco. Pero tu abuelo le juntó tirria, y si no lo terminó echando fue porque para entonces tu mamá ya estaba embarazada.

Después se agacha y espanta al perro. Le da calor en las piernas.

Dice que igual a veces la rabia es buena, que estar encabronado es buen combustible.

—Mientras anduvieron así, a los tironeos, las cosas acá anduvieron bien.

Pregunta si falta mucho y sigue. Pero el presente empieza a polinizar el pasado, y usa el nombre del abuelo para referirse a papá. Sola se da cuenta, y se corrige. Con la interrupción, se pierde.

Dice, mirando la casa, que después de este calor viene de nuevo

la tormenta, y la tierra por todos lados, otra vez. Ya no me habla a mí; conversa con alguien más.

—Si hay algo que acá no ha cambiado tanto quizás sea eso.

La abuela niega con la cabeza, tiene los ojos brillantes.

—Si me habré cansado de sacar tierra de esta casa —dice y achina los ojos, buscando la puerta.

Mamá al rato acerca una silla y se sienta con nosotras. Fuma en silencio, escuchando a la abuela. Habla de la mujer del casero, la comadrona de todas por la zona. Lea dice que se llamaba.

—¿No te acordás? —pregunta—. Vos solías andar mucho con ella, te llevaba cuando iban a parir los animales. Mientras estuvo ella, ninguno murió al nacer, ¿no? Una mujer de hombros anchos y manos chiquitas —dice.

Mamá asiente. Cruza las piernas y se echa sobre el respaldo.

—Te adoraba, Lea a vos.

Yo no la recuerdo en absoluto. Escarbo en las imágenes de mi niñez sin hallar nada. Es como si me hablara de alguien que no existe. Tal vez yo tampoco recuerde por completo. Tal vez haya personas y situaciones que han sido borroneadas por los años. Unos cuantos recuerdos, como aquel, que se habrán perdido sin echar raíces en mí.

—Fue la única acá, mirá vos, que no pudo tener. Lo que son las cosas.

No se acuerda qué pasó con ella cuando el marido murió. Debe haberse ido a la ciudad, dice. Qué iría a hacer sola acá.

El teléfono hace un ruido mecánico que oscurece la luz de la pantalla. Se está quedando sin batería. Mamá me pide que corte la grabación y hagamos algunas fotos, las tres juntas, para mandarle a Pablo.

—Acá nomás —dice.

A la abuela la idea no la convence. Hace calor y el sol late con fuerza. Se filtra en un claro entre las nubes, que juntas como están parecen algodón apelmazado.

Mamá insiste y llama a Olivia para que saque la foto. Son varias, muchas veces la misma: primero de lejos, con la enramada y las

sábanas encimadas al paisaje. Después, cada vez más cerca, hasta que solo salimos nosotras sobre el fondo blanco: la abuela sentada en el centro, mamá y yo abrazadas a ambos lados, y a los pies, hecho una cuña, el perro que duerme.

Antes de la siesta, volvemos a entrar el colchón, todavía caliente, y armamos de nuevo la cama. La pieza de la abuela, que airearon durante la mañana, perdió ese olor fuerte a naftalina y parece ahora más grande. Olivia lustró el piso y los muebles, puso unas flores frescas sobre la repisa y corrió el espejo detrás del armario.

Mamá y yo, mientras tanto, bañamos a la abuela. Ella se sienta en una banqueta de plástico, dentro de la ducha. El agua tibia le corre por la espalda, bajo la gorra de baño, siguiendo el curso irregular que forman los pliegues de la piel vencida.

La abuela obedece como un chico: levanta los brazos, se inclina adelante y atrás, estira y encoge las piernas. También disfruta, como un chico, la espuma del jabón sobre el cuero seco y las burbujas que escupe el botellón de shampoo cada vez que mamá lo sacude en el aire.

Me inclino para enjabonarle la nuca y el agua me moja la espalda. Tiene el vientre hinchado y saliente, como el de una mujer que acaba de parir.

Mamá, frente a mí, tiene la remera empapada. La veo, laboriosa, masajear los nudos de várices que la abuela tiene en las pantorrillas y que se estiran hasta desaparecer cerca del tobillo.

La abuela, para el enjuague, apoya la cabeza contra la malla cerámica de la pared y deja que el chorro de agua caiga oblicuo sobre la frente, arrastrando la espuma hacia los pies.

Entre las dos la levantamos. El piso está resbaloso. Mamá cierra la canilla, comida de sarro, y yo envuelvo a la abuela en el toallón celeste para empezar a secarla. Con los ojos siempre cerrados, sintiendo todavía el agua en la frente, la abuela se deja secar y vestir, y acostar sobre la cama blanquísima, recién hecha.

Mientras comemos algo en la cocina, ya solas, mamá me avisa que las cosas de valor que fue separando están bajo llave, en el galpón.

Que mire lo que quiera. También hay algunos muebles, ropa para donar. Bastante plata, si necesito. Y el revólver del abuelo.

Yo no quiero nada, o casi nada; lo poco que quería ya lo agarré. Mamá insiste.

Le pregunto si ya habló con Pablo sobre esto, las cosas que quedan. Pero ella no escucha, o no quiere responder.

—En estos días vienen a ver la casa —dice sin levantar la vista del plato—. Parece que hay un comprador.

Su idea es irse antes de que llegue el invierno. Pero todavía no se lo aseguraron.

Pregunto por los idiotas. Ella no responde: abre los brazos con los cubiertos en el aire. Me devuelve la pregunta y sigue comiendo.

Cuando termina, levanto los platos y los enjuago, mientras mamá fuma por la ventana entornada.

Pienso que quizás también debería filmarla a ella. Hacerla hablar, escuchar su parte de la historia para ir componiendo la mía. Una propia.

Estoy todavía de espaldas a ella cuando siento que pregunta por Mara.

A la tarde sacamos las últimas cajas del living y Olivia termina de limpiar. Mamá hace traer flores del vivero. Llena la casa de colas de zorro, rosetas y gerberas.

Para cuando se levanta la abuela, la casa es otra, muy parecida a como la recordaba años atrás.

También la abuela está distinta. Descansada y de buen humor. Parece más joven.

Nos encuentra en la sombra de la galería, al frente, esperando que llegue algo de fresco. Olivia hace tereré de pomelo con yuyos. Le va metiendo hielo de a ratos, cristales que vuelven fosforescente la yerba.

Octavio está en el piso, jugando con el bebé, que apenas lleva un pañal. Salpica la cabeza y los bracitos del chico con el agua deshelada que queda en el fondo de un vaso.

El mate frío pasa en silencio. El calor nos saca hasta las ganas de hablar.

Un cuervo se posa sobre la cerca y nos mira hacer. La luz acaramelada del sol le pone rojizas sus plumas. Con un relincho lejano, levanta vuelo rápido. Su aleteo parece una interferencia del paisaje.

Octavio agarra una rama seca y juega a alejarla y acercarla al bebé, que intenta sacársela. Con cada amague el chico se ríe, y ríe Octavio también, y los ojos de los dos, más bien poco expresivos, se vuelven repentinamente vivaces.

Cuando el chico se cansa, va a arremolinarse cerca de Olivia, que se lo sube al regazo. Octavio, en tanto, limpia la rama de brotes, en uno de los lados, y la quiebra. Se inclina sobre el pasto raleado y dibuja una línea recta.

—Vení, mirá.

Yo me acerco a un costado. Lo miro dibujar sobre la tierra arenosa con la rama. La pasa una, dos, tres veces, hasta que la línea agarra en la tierra, en paralelo a la baldosa. Con los ramitos secos de un arbusto, un poco más atrás, arma un rectángulo grande y

alargado.

—Esta es la vía, y de este lado, el pueblo —señala.

Mamá y Olivia juegan con el bebé. Lo cansan, a ver si al fin duerme.

Octavio agarra la cáscara del limón que Olivia usó para el tereré y la recorta con los dedos en forma de cuadrado. Después la deja en el suelo, entre las vías y el resto de las tierras.

—Esa es la estación, ¿no?

Octavio asiente. Después, con hojas que va a buscar a la parra, marca nuestro terreno, algo distante. La casa del panadero, un corral, los molinos. El almacén de ramos generales. Se mueve como si fuera descubriendo un juego de naipes.

Al fin se para, toma distancia. Vuelve y centra la cáscara de limón un poco más cerca de la recta.

—Esto —me dice— es todo lo que sabemos.

Al rato el sol empieza a bajar. Se estira la sombra del alero sobre este lado del parque. Mamá, como salida de un trance, se incorpora. Se arregla la ropa humedecida por el calor y propone que hagamos una cena. Para celebrar, dice. Los idiotas y yo la miramos con curiosidad. La abuela, tan quieta, parece no haber escuchado.

Mamá quiere comprar unos pollos en el pueblo y cenar con la mesa afuera, todos juntos. Como hacemos en Navidad, dice.

Yo no sé muy bien qué decir, hace muchísimos años que dejé de compartir las fiestas con ellos. Pero tampoco me opongo.

A la abuela, al principio, la idea la entusiasma. Pero enseguida empieza a confundirse. Hace silencio y se lleva la mano a la boca, como tapando un secreto. Se disculpa, dice, porque no compró ningún regalo. En realidad, no se acuerda, pero cree que no. Tendría que ver, buscar en el placar, quizás estén ahí, si los compró. Hay que ver.

Tampoco hay postre, avisa. Ni nada para brindar.

Mamá le dice que no se preocupe, que vamos a comprar lo que falta al pueblo.

Pero la abuela sigue inquieta, parada en medio de la galería mientras los demás se levantan, y me pide que por favor la ayude a

encontrar algo que ponerse, a arreglarse un poco. Que cómo iba a saber ella que hoy era Navidad.

Octavio es quien sale al rato a buscar los pollos. Tiene una camisa de mangas cortas que era del abuelo. Le queda algo grande en la espalda. Así, abierta como la lleva, apenas sostenida por un botón, deja pasar el aire por su torso huesudo.

Está contento Octavio, como no lo había visto antes. Tiene los ojos aindiados y una sonrisa que de ancha no le entra en la cara. La piel aceitunada le brilla como el bronce. Me parece, así, imprevistamente bello.

Mamá le da algo más de plata para que traiga sidra y algo dulce. Si es pan dulce, mejor. Octavio agarra la plata, repite todo y sale andando en la camioneta.

La mesa la sacamos bien pronto, todavía es de día. Mamá me indica que traiga un mantel de florcitas rojas bordadas, que es el que usan para las fiestas. Está en uno de los muebles del living. Adentro, en el cajón, junto al mantel, encuentro media docena de faroles y varios juegos de luces de colores, verdes y rojas; algunas no andan o andan mal. Están todas enredadas.

Llevo el cablerío afuera y con paciencia vamos destejiendo los cables sobre el pasto. Sería lindo iluminar el terreno desde el suelo, pienso.

Mientras tanto, Olivia, con el bebé a cuestas, gira en medio del jardín hasta que se para delante de un arbusto apestado.

—Ese —señala un poco más atrás—. Ese es el árbol. El de Navidad.

Ya está todo listo y todavía no anochece. La boca del cielo se llena de aves. Es un espectáculo.

Las luces se prenden y apagan, intermitentes, entre la enramada.

La abuela, sentada en el frente, espera vestida de blanco. Transpira por todo el cuerpo. Está empapada. El sudor es una membrana de agua que empoza en cada uno de sus pliegues y mancha la ropa clara.

Me llama, sentada como está, y me pide, por ser una noche

especial, que le preste algo de colonia. Le pongo unas gotas detrás de las muñecas. Con lo que me queda en las manos, le masajeo el cuello y el espacio que se forma detrás de las orejas.

Además, nadie entiende por qué, se le dio también por agarrar el bastón de tres patas que en el último tiempo usaba el abuelo. Lleva la mano aferrada al mango.

Octavio llega al rato con varias bolsas y un cajón lleno de botellas. Yo termino de preparar la mesa. Después me meto a la casa y me ducho con agua bien fría. La cabeza me hierve de sol. Cruza los hombros enrojecidos la sombra nívea del corpiño y se pierde en la blancura del pecho, dos estrías como raíces que arañan los pezones sin llegar a tocarlos.

Los huesos están helados, pero la piel, hinchada y rojiza, arde.

Fuera ya de la ducha, abro la ventana. El aire estival limpia el vaho del baño. Frente al espejo que recorta el cuerpo hasta las costillas, sigo con los dedos la quebrada del esternón como una flecha que marca rumbo sur.

Abro dos hojas carnosas de aloe vera que corté en el frente y raspo la savia gelatinosa con un cuchillo hasta desprender del todo el gel.

Me lo unto despacio, por todo el cuerpo. El alivio es casi inmediato.

La piel absorbe el aloe y se tensa.

Me peino con la mano abierta y me calzo un solero que mamá dejó en el baño.

Soy la última en sentarse a la mesa. Los demás no me esperaron, ya empezaron a comer.

Antes del primer bocado, alzo la vista. Mamá se puso unos aros grandes, dorados, que destacan entre el pelo reseco. Ya alcanzó la edad que la abuela tenía cuando yo nací. Aunque, vista ahora, no me parece igual de vieja. Es como si los años, en los demás, no pasaran igual que en la abuela, que siempre se me aparece así, algo mayor, parada sobre el filo de la pendiente precipitada de la vida.

Mamá es la que más habla. Habla todo el tiempo. Todos están eufóricos, contentos, pero como ella no habla nadie.

También toma mucho, quizás algo de más. Octavio le sirve cada vez que vacía la copa y la anima.

Callada está Olivia, sentada al lado de la abuela. Se ocupa de ella más que del bebé. Le corta la comida, le sirve un poco de cada fuente y le saca los huesos del plato. A la abuela no le molesta, se deja hacer. A veces levanta la mano para indicarle que ya está bien de pollo, o de ensalada.

Viéndolas así, pienso que Olivia debería quedarse con ella un tiempo, cuidar a la abuela en lo de mamá, aunque de Octavio no sabría qué decir. No lo veo viviendo en la ciudad. No lo veo viviendo fuera de este sitio. Ni lejos de su hermana. Es un destino común.

Tampoco sé qué harían con el chico.

Octavio propone un brindis, antes de levantar la mesa. Aclara la garganta y sugiere que lo hagamos en memoria del abuelo. Pienso que es necesario interrumpirlo y pedirle que mejor no, que brindemos por nosotros, pero entonces es mamá la que se pone de pie, con algo de dificultad, y agarrada del respaldo para no perder el equilibrio dice que mejor brindemos por la abuela, por lo que ha significado en la vida de todos.

Los demás levantamos las copas, algo confundidos. Chocan los cristales en movimientos torpes y apresurados. Después tomamos un traguito, por tradición, y decimos salud.

Así, por primera vez, sin darse cuenta, mamá habla de la abuela en pasado.

El postre es un pan con agua de azahar y pasas de uva. Está apelmazado y algo viejo. Pero a la abuela le encanta: repite dos veces. Al rato le entra sueño y cabecea desde la punta de la mesa. Octavio es el que se para y anuncia que son las doce, aunque apenas hayan pasado las diez.

La abuela aplaude. Sugiere llamar a Pablo, para saludarlo. Le decimos que quizás mañana, mejor. Por la diferencia horaria. Mamá trae los regalos, que no son otra cosa que parte de lo que habíamos terminado de separar para vender o donar esa misma tarde: unos paquetitos que Olivia envolvió en papel manteca y a los que les hizo

un moño sencillo con los hilos de bordar.

A la abuela le regalamos una de mis pulseras de acero, la que tiene un corazón en una piedrita roja. Se la pone enseguida.

Los demás abren los regalos con algo de vergüenza: una cartera para Olivia, una campera de gamuza para Octavio y dos pares de aros perlados para mamá.

La abuela está encantada. Todo le parece justo para cada uno. Después, cuando cada cual tiene lo suyo, se inclina hacia mí y me pregunta, en voz muy baja, si ya puede irse a acostar.

Acá afuera, dice, empieza a sentirse el rocío.

En la pieza me encuentro con la foto del abuelo, en un marco de plata. Está sobre la cómoda y se ve apenas cruzamos la puerta, brillando entre la opacidad de la noche. Tiene una mirada desesperanzadora y es evidente que la tomaron unos años después de mi partida. El abuelo está viejo: se le acentúan los pómulos debajo de dos ojos lánguidos y los labios se afinan. Tiene curva la espalda. Parece débil.

La abuela dice que puso el retrato por ser las primeras fiestas sin él. Dudaba de llevarlo a la mesa: cuando le hicieron la foto ya estaba enfermando, aunque todavía no lo sabía.

Yo lo sostengo un rato entre las manos, tratando de retener esta última imagen suya. Después abro el primer cajón del mueble y lo guardo; el lado de la foto queda hacia abajo.

Las sandalias que se puso le aprietan, y la camisola está manchada con grasa. Para desvestirla, la siento en la cama. Me pide que le deje el maquillaje, que no se quiere sacar eso. Que quiere dormir con los aros y el maquillaje, y la pulsera que le regalé hoy.

Yo le hago caso, casi en todo. Le saco la ropa con cuidado y le pongo el camisón.

Le cubro el pelo con un pañuelo, que ato con un nudo ajustado en la nuca.

La abuela está contenta. Se ríe.

Cuando al fin logro descalzarla, se acuesta, con dificultad; los pies hinchados los apoya sobre una pila de almohadones.

Le acerco un vaso de agua a la mesa de luz y prendo el velador.

Entonces me pregunta, ya acostada, si voy a ayudarla con lo que me pidió.

Le digo que sí, que ya tengo todo para cuando ella diga.

—¿Puede ser ahora mismo?

La voz tiembla un poco.

Dice que está contenta hoy, que por eso mejor hoy.

Le estrujo con los dedos las manos cruzadas sobre el regazo y le pido que espere un poco, mientras busco las pastillas. Las tengo en mi bolso. Según lo que me dijo Mara, con la mitad de una alcanza para que duerma unas cuantas horas. Una segunda regula la presión y el ritmo cardíaco. La tercera es un caramelo.

Vuelvo a su habitación. La encuentro distraída, mirándose desde la cama, su perfil en el espejo.

Las pastillas las dejo junto al vaso con agua, sobre la mesa de luz.

—¿Solo con eso? —pregunta, sin acercarse.

—Solo con esto. ¿Está segura?

Con la cabeza asiente. Después me agarra la mano y me dice que me quiere mucho. También me pide perdón.

Yo le beso la muñeca y le digo que esté tranquila. Que estoy con ella y me quedo acá, por si necesita algo más.

La abuela se inclina, agarra las píldoras. Las mira con atención rodar en la palma de la mano. Tengo miedo de que se dé cuenta o que sospeche. Que sepa que no tuve valor, que la decepcioné. Con otro dedo las separa, una a una, y las vuelve a juntar, revueltas.

Después cierra la mano y las mete en un pastillero de madera, muy chiquito, que saca de uno de sus cajones.

—Quizás mejor mañana.

Toma un trago de agua, vuelve a acostarse, acomoda la cabeza en el centro de la almohada. Me pide que apague la luz y que me acueste con ella, del lado del abuelo.

La mano sigue endurecida, aferrada a la mía.

Obedezco.

En el dormitorio la luz es pobre y azul. En la oscuridad

empiezan a distinguirse, como apariciones, las formas de los muebles, alumbradas por la claridad de los faroles del frente que entran por el antiguo cristal de la ventana entornada.

El calor se estanca, ahí adentro, como un animal empecinado. Un calor húmedo.

Después de un silencio largo, me dice que le gustaría escuchar una vez más el ruido de las olas al romper, respirar el aire salado del mar.

—Quizás podríamos viajar antes de que llegue el frío —me dice en voz muy baja.

Prometo que haremos un viaje pronto, una vez que terminemos con el asunto del abuelo. Le propongo, además, invitar a mamá.

A la abuela le parece una buena idea. Mañana podemos contarle, dice.

Cierra los ojos, respira profundo.

Al rato la fuerza de su mano cede, y entonces noto que duerme.

Por las dudas, espero unos minutos más antes de irme. La veo: sueña y aprieta los labios. Se endurece el rictus, se agrietan un poco las arrugas que crecen como ramitas alrededor de su boca. Tiene el cuerpo agarrotado.

Después afloja la quijada y exhala aliviada el destilado de sus sueños.

Evitando despertarla, me levanto sobre el costado izquierdo de la cama. Desde la puerta la observo. Su sombra, como un eclipse negro.

Afuera, mientras Olivia levanta platos y vasos de la mesa, mamá fuma mirando el cielo. Se estira, como puede, en la silla de plástico blanca. Las patas, algo torcidas, se entierran en el pasto que el rocío ha humedecido.

A la noche le faltan la luna, y el cielo, así de oscuro, parece una cueva.

Del otro lado de la mesa, Octavio acompaña en silencio. Tiene la camisa abierta de par en par, las manos cruzadas sobre el estómago y la barbilla hacia el pecho. Parece que reza. La luz del cielo apagado le azula el pelo moreno y la barba de algunos días, que crece raleada hacia el mentón, jaspeada de escamas luminosas.

Mamá hace una seña, me invita a sentarme. Lo hago más atrás, cerca de la cabecera, donde Olivia dejó el cochecito. El bebé está despierto, pero apenas se mueve. Lo distrae el baile acompasado de la copa del paraíso, único árbol que, acostado, llega a ver.

Arriba, entre las ramas, late un resplandor anaranjado. Algunas pocas hojas, secas como el cartón, se desprenden y caen lento, suspendidas en el aire, hasta tocar la tierra, varios metros más lejos.

El bebé, hipnotizado, las sigue con la mirada curiosa, hasta que salen de su campo de visión.

Es el mismo gesto quieto de la madre, que va de la casa al jardín con la liviandad de un espíritu.

Cuando la mesa se vacía por completo, es Octavio el que la limpia y la desarma, hasta que queda reducida a un par de piezas blancas y huecas. La guarda en el galpón envuelta en bolsas de residuo negras.

La silla vacía de la abuela queda en el jardín, junto al resto.

Los demás lo miramos a Octavio hacer, sin levantarnos. Va y viene, acomoda lo último, hasta que por fin se sienta y sirve el fondo de la sidra tibia, sin gas, en un vaso que comparte con mamá.

Después quedamos, otra vez los cuatro, en silencio, al desamparo del cielo, sentados en círculo sobre un espacio vacío, como una tribu que duela la ausencia.

Sobre la cama, titila el celular. Tengo muchos mensajes sin leer, varios de ellos de Mara. Me manda una foto de la pared, una sola, que empezó a levantar durante la tarde, sobre los cimientos que hicimos más de un mes atrás. Retomó la obra, dice.

La imagen es oscura, aunque se distinguen el revoque y los ladrillos. El sol del atardecer, de frente a la cámara, se filtra en una esquina, formando un haz de luz que se descompone finalmente en dos burbujas luminosas, como de jabón, que rompen en el lente. En la imagen no aparece el árbol del que me habló la vez pasada.

Le escribo que, más que la foto de la pared, es la foto de un rayo.

El mensaje sale, pero no llega. La batería se está agotando.

El reloj del celular marca las dos.

Me cuesta dormir. Mi cuerpo está cansado, pero la cabeza duele y punza con fuerza en cada parpadeo. Me arden brazos y piernas: cada parte de mí que se apoya en las sábanas, moja.

Voy hasta la cocina y me sirvo un vaso de agua helada que tomo con la puerta de la heladera todavía abierta. Sirvo el segundo, para llevarlo a la cama.

Por la ventana veo que mamá y Octavio siguen, muy quietos, sobre las sillas blancas de jardín.

Ella, con la cabeza inclinada en el respaldo, mira fijo un punto en el cielo.

Él, en cambio, mira hacia abajo. A la tierra.

Olivia no está. El bebé, tampoco.

Me asomo a la puerta y miro hacia arriba: las últimas ramas, el frío de la noche y la luna, corazón vibrante del cielo.

Me desnudo por completo y me siento sobre la cama, apoyando la espalda en la pared, debajo de la ventana abierta. Algo del fresco de la casa, aunque poco, llega. Afuera no hace tanto calor, es adentro. En el cuerpo insolado.

Con los dedos mojo la nuca de agua helada. Me salpico los hombros y dejo que algunas gotas enfríen con su paso las vértebras.

Es una especie de calma. Un triunfo pequeño.

Cierro los ojos y pienso en Mara.

Al rato me despierto con el cuerpo frío, mientras afuera despunta la aurora. En algún lugar, no tan lejano, cantan los gallos.

Sobre la cama sigo desnuda, y trato de recordar qué soñé.

Después me visto y salgo al pasillo.

Tomo un té en la cocina, sosteniendo el tazón con ambas manos. El vapor me empaña la vista.

Recorro la casa vacía y salgo al jardín. El pasto se vuelve una mancha bajo el banco de niebla.

La puerta de atrás está abierta, y eso solo, esa imposibilidad de que alguien entre por ella, me provoca una angustia que anuda el aire en el pecho. Pienso en lo solos que estamos acá, que estuvimos siempre acá, en esta isla que es nuestra casa y que en poco más se va a tragar de nuevo la tierra.

Pienso en que quizás nadie nos recuerde cuando esto sea todo siembra. Tal vez alguien, mucho tiempo después, accidentalmente, encuentre algo nuestro, el fondo filoso de un vaso, o un peine plástico que cayó del bolso de Olivia, o de mamá, en el apuro de la mudanza, sobre la memoria barrosa del suelo, y, con esa parte sola, incompleta y marginal, tire del hilo de la historia.

Y se pregunte por Miró, o por nosotros.

Pienso todo eso mientras estoy parada, con mi taza de té, sobre el pasto húmedo. Los pies cubiertos por una neblina esponjosa que se disipa entre las sillas blancas, ahora vacías. El testimonio de una noche que va cediendo espacio al día.

Pienso en una casa como un refugio, y en la mía, como el último escenario de la infancia.

Me alivia saber que no voy a estar para ver el resto. El pasado reducido a escombros.

En la casa de los idiotas no hay movimiento, y las puertas están cerradas.

La vaca descansa acostada sobre el margen del terreno, como cualquier otro animal doméstico.

De nuevo en la pieza, me calzo y termino de vestirme. Junto mis cosas, al fin tan pocas. El bolso, todavía abierto, espera sobre la

cama.

Con pasos mudos, entro en la habitación de la abuela, que duerme con la boca entreabierta. Agarro el cuaderno de notas y en su lugar dejo otra libreta, completamente en blanco, también de tapa azul.

Antes de irme, la cubro hasta los hombros con las sábanas blancas y le acaricio la frente.

En la cocina, enganchado entre los imanes de la heladera, le dejo un mensaje a mamá: Te llamo cuando llego. Dentro de la misma nota, dibujo un corazón.

Cierro la ventana de la pieza y el bolso, y salgo por la puerta del frente evitando hacer ruido. El silencio afuera es total. No se escuchan ni los pájaros.

La luz se hace de golpe y entibia el aire diurno. El día irrumpe con la fuerza de todo lo nuevo. Sobre el camino de tierra, una brisa sopla en espiral, haciendo bailar las hojas secas de los plátanos sobre la gramilla. Grabo en el teléfono ese último registro sonoro, con la ilusión de atrapar de alguna forma ese viento.

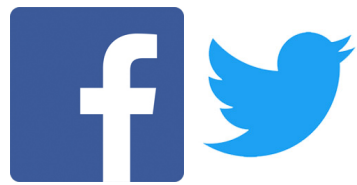
Miro la fachada de la casa. Descubro algunas grietas nuevas en el arco lateral y el revoque picado cerca de la reja. Hago fuerza por fijar ese frente añoso en mi memoria. Miro el paisaje hasta que el paisaje mira dentro de mí.

Me arrodillo. Acerco mi boca al suelo y lleno los pulmones del aroma de la tierra a esa hora. Los restos de rocío.

Con las manos abiertas como raíces sobre el suelo, siento el murmullo subterráneo de los caminos. Algo se mueve debajo.

El sol naciente disipa la niebla del suelo. El cielo está diáfano. La brisa trae unas nubes horizontales, muy bajas, que el viento barre hacia el norte.

Me abotono la camisa sobre el cuerpo afiebrado. Caliento las manos en los bolsillos del pantalón, ajusto las correas del bolso y, una vez más, camino a la ruta.

Grupo Planeta

¡Seguinos!